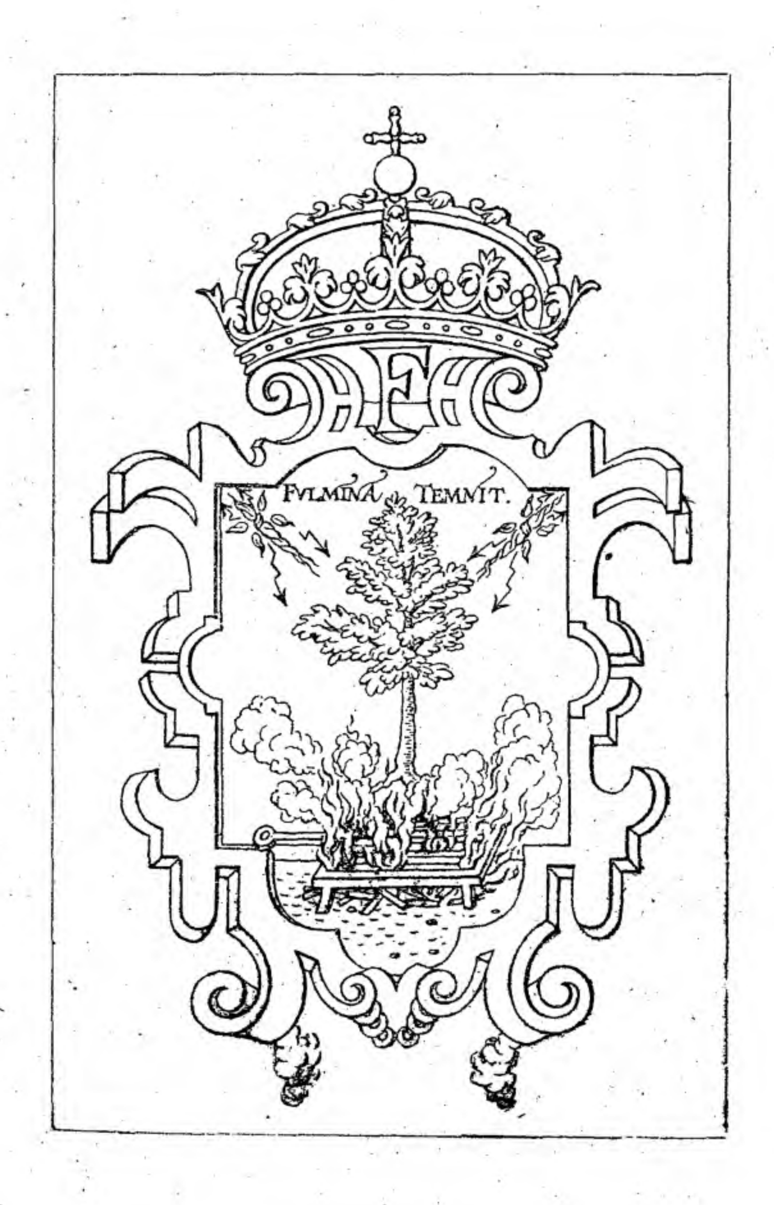
ESCORIAL



SUMARIO

Silverio Aguirre, impresor - Teléfono 30366 - Madrid

MARZO FALANGISTA

Dedícase este mes nuestra sección editorial a conmemorar la importante gavilla de efemérides relevantes en la vida falangista que han acaecido en el mes de marzo: el acto de Valladolid (4 de marzo), la fundación de La Conquista del Estado *y de* Arriba *(14 y 21 de marzo) y la Victoria que confirmó nuestro Caudillo en el parte de guerra del 1 de abril.*

EL separatismo local es signo de decadencia, que surge cabalmente cuando se olvida que una Patria no es aquello inmediato, físico, que podemos percibir hasta en el estado más primitivo de espontaneidad. Que una Patria no es el sabor del agua de esta fuente, no es el color de la tierra de estos sotos: que una Patria es una misión en la Historia, una misión en lo universal. La vida de todos los pueblos es una lucha trágica entre lo espontáneo y lo histórico. Los pueblos en estado primitivo saben percibir casi vegetalmente las características de la tierra. Los pueblos, cuando superan este estado primitivo, saben ya que lo que les configura no son las características terrenas, sino la misión que en lo universal los diferencia de los demás pueblos. Cuando se produce la época de decadencia de ese sentido de la misión universal empiezan a florecer, otra vez, los separatismos;

empieza, otra vez, la gente a volverse a su suelo, a su tierra, a su música, a su habla, y otra vez se pone en peligro esta gloriosa integridad que fué la España de los grandes tiempos.

Los partidos políticos nacen el día en que se pierde el sentido de que existe sobre los hombres una verdad, bajo cuyo signo los pueblos y los hombres cumplen su misión en la vida. Estos pueblos y estos hombres, antes de nacer los partidos políticos, sabían que sobre su cabeza estaba la eterna verdad, y en antítesis con la eterna verdad, la absoluta mentira. Pero llega un momento en que se les dice a los hombres que ni la mentira ni la verdad son categorías absolutas, que todo puede discutirse, que todo puede resolverse por los votos; y entonces se puede decidir a votos si la Patria debe seguir unida o debe suicidarse y hasta si existe o no existe Dios. Los hombres se dividen en bandos, hacen propaganda, se insultan, se agitan y, al fin, un domingo colocan una caja de cristal sobre una mesa y empiezan a echar pedacitos de papel, en los cuales se dice si Dios existe o no existe y si la Patria se debe o no se debe suicidar.

También dicen que somos reaccionarios. Unos nos lo dicen de mala fe para que los obreros huyan de nosotros y no nos escuchen. Los obreros, a pesar de ello, nos escucharán, y cuando nos escuchen, ya no creerán a quienes se lo dijeron, porque, precisamente, cuando se quiere restaurar, como nosotros, la idea de la integridad indestructible de destino, es cuando ya no se puede ser reaccionario. Se es reaccionario, alternativamente, cuando se vive en régimen de pugna; cuando una clase acaba de vencer a otra, y la clase vencida aspira a tomar la represalia; pero nosotros no entramos en este juego de represalias de clase contra clase o de partido contra partido. Nosotros colocamos una norma de

todos nuestros hechos por encima de los intereses de los partidos y de las clases. Nosotros colocamos esa norma, y ahí está lo más profundo de nuestro movimiento, en la idea de una total integridad de destino que se llama la Patria. Con ese concepto de la Patria, servida por el instrumento de un Estado fuerte, no dócil a una clase ni a un partido, el interés que triunfa es el de la integración de todos en aquella unidad, no el momentáneo interés de los vencedores. Esto lo sabrán los obreros, y entonces verán que la única solución posible es la nuestra.

Pero otros nos suponen reaccionarios porque tienen la vaga esperanza de que, mientras ellos murmuran en los casinos y echan de menos privilegios que en parte se les han venido abajo, nosotros vamos a ser los guardias de Asalto de la reacción, y vamos a sacarles las castañas del fuego, y vamos a ocuparnos en poner sobre sus sillones a quienes cómodamente nos contemplan. Si eso fuéramos a hacer nosotros, mereceríamos que nos maldijeran los cinco muertos a quienes hemos hecho caer por causa más alta.

JOSÉ ANTONIO.–Discurso del Teatro Calderón, de Valladolid, 4 de marzo de 1934.

LA RUTA IMPERIAL

NUESTRO resurgimiento consistirá en saber descubrir nuevas ambiciones. Ya se inicia en España una poderosísima apetencia de imperio, representada por el afán de equiparse en un orden hispánico que seccione y supere la leve mirada regional. De ahí que cuanto acontezca en relación a Cataluña signifique para nosotros una especie de prueba de nuestra capacidad de Imperio. Ni la más mínima concesión puede hoy ser tolerada. Compromete la grandeza de nuestro futuro y nublaría las magníficas posibilidades históricas que hoy existen.

España ha de acostumbrarse desde hoy a ambiciones gigantes. Cuando un gran pueblo se pone en pie es inicuo conformar su mirada a los muebles caseros que le rodean. Nos cabe a nosotros el honor —y no tenemos por qué ocultarlo— de ser los primeros que de un modo sistemático situamos ante España la ruta del imperio. Todo está ahí, a disposición nuestra. Los pueblos hispánicos de aquí y de allí se debaten entre dificultades de tipo mediocre, y es deber nuestro facilitar e incrementar su desarrollo.

Para ello hay que cultivar con amorosa complacencia la táctica imperial que nos convierta en el pueblo más poderoso de Occidente. Si España es hoy infiel a este imperativo de grandeza merece el desprecio del mundo.

NI DERECHAS NI IZQUIERDAS

Antes que nada es preciso invalidar estas denominaciones. Los que se empeñan en permanecer anclados en esas viejas filas es que desertan del vitalísimo orden del día. Hay que aislarse de ellos por corruptores, por reaccionarios y enemigos de la Patria. No tienen ya vigencia esas palabras, habiendo dado el mundo un viraje pleno, y hoy sólo debe interesarnos la articulación eficaz de nuestro pueblo, obligándole a hacer en dos meses cincuenta años de historia. Esos que creen que un pueblo hace una Revolución cuando clama y proclama por lo que en otros pueblos hay, carecen de impulso creador, son incapaces y hay que apartarlos de los mandos. Si nuestra ruta revolucionaria va a consistir en copiar los episodios de nuestros vecinos los franceses, no merecería la pena de dar un paso.

Nada, pues, de derechas e izquierdas, grupos que corresponden a las categorías parlamentarias de Europa. Tan sólo debemos admitir entre nosotros tres grupos: 1.º El grupo retrógrado, reaccionario, cuyo programa sea establecer aquí una purísima demo-

cracia parlamentaria, mediocre y burguesa. 2.º El grupo marxista, socializante e internacional, pacifista y derrotista, al que hay que vigilar como posible traidor a la Patria. Y 3.º, el grupo joven, corajudo y revolucionario, que entone marchas de guerra y se disponga a sembrar con sus vidas los caminos del Imperio; a iniciar la doma de las economías privadas y disciplinar el desenfreno capitalista. No tenemos que decir que nosotros formaremos en este grupo último y que todas nuestras fuerzas de actuación y de pelea estarán a su servicio radical.

RAMIRO LEDESMA RAMOS, «La Conquista del Estado», 1931.

UNIDAD DE DESTINO

SE debe partir del concepto de "unidad de destino". La definición de que la Falange ha partido es la exacta. Es la única que rige sin error ante la Historia y la Filosofía. En este punto de partida se armoniza el fin de la Patria con la universalidad y el fin último y sobrenatural del hombre. Y todos los errores de tipo racista, nacionalista, materialista o utilitario se eliminan. Decir "unidad de destino" equivale a decir "QUE LA PATRIA NO ES EL TERRITORIO, NI LA RAZA, SINO LA UNIDAD DE DESTINO ORIENTADA HACIA SU NORTE UNIVERSAL". Desde la fundación de Falange esta ha sido su afirmación fundamental. Para nosotros, sobre la misma lengua, sobre la variedad de las lenguas, está la unidad de destino, donde todo nos cabe del albor de Castilla al Imperio, sobre diversos continentes.

Reconducir a unidad y plenitud la multiplicidad y desorden de España es nuestra tarea firme, neta, perseverante e impasible.

Nadie podrá formular su patriotismo de manera más clara, porque nadie lo siente a nuestro modo simple y total. España es en sí clara y transparente, y en nosotros se hace clara y transparente. Esto es lo esencial. Sabemos que no puede ser una especie de abstracción puramente angélica, metafísica. Es también humana. La superioridad orgánica de lo humano estriba en el íntimo y continuo intercambio de fuerzas y fluencias, en el principio activo de lo que circula, corre y retorna asimismo del centro a la periferia y de la periferia al centro. España es para nosotros una unidad orgánica superior, tan diversa de la unidad centralista del siglo pasado como de la uniformidad autonomista que escinde las mismas facultades en diversos compartimientos. Ni autonomismo viejo, ni viejo centralismo. Nuestro sistema de unidad y variedad —que iremos exponiendo— se funda en la organicidad y reciprocidad de centro y periferia, en la universalidad y distinción de miembros y tejidos en lo territorial, en lo social, en lo histórico. Nuestra unidad es más radical y más viva que la de los centralistas anticuados. Nuestra variedad, más ordenada y más fructífera que la de los autonomistas anticuados. Nada nos es común con la tesis de una y otra banda. Para eso sentimos demasiada homogeneidad con la raíz de aquel incremento armonioso que se llama Imperio. Nuestro propósito no es repetir, en este punto, esa deplorable retórica pululante en torno a la España Imperial. Nuestra concepción del Imperio es otra, y no va a la guardarropía y hojarasca, sino a las raíces y cimientos. No es indumentaria y palabrera, sino arquitectónica, cruda, luminosa, esquinada. No sirve para los periódicos ni para las empresas teatrales, sino para formar penosamente, difícilmente y tercamente la conciencia, el modo de ser, el estilo de una nueva casta de españoles.

Una falsa ciencia predominantemente experimental, positiva, laica, referente, de modo exclusivo, a las cosas existenciales, ha creado ese concepto fragmentario del mundo y del hom-

bre, de la sociedad y de la Patria, al cual se someten —entre oportunistas e incautos— los señores Gil Robles y Anguera de Sojo al defender el Estatuto. Sólo la ciencia de verdad, la que no olvida las esencias, vuelve a crear un concepto unitario del mundo y del hombre, de la sociedad y de la Patria. El pecado original de España, como el pecado original del hombre, conduce a la aplicación destructiva y culpable del principio general de escisión. Porque creemos en la unidad del género humano como armónica conciliación de las grandes unidades civilizadas de la Historia, donde España es una e indivisible. A lo largo de los siglos, el lado bueno de España —el lado civil, heroico, religioso, original y limpio— es el que ha mirado hacia la unidad de destino imponiendo, en el mayor apogeo de su historia, la tesis católica de la unidad del género humano. Á lo largo de siglos, también, el lado malo de España —el lado incivil, antiheroico, irreligioso, obtuso y sucio— es el que ha mirado hacia la dispersión y rotura del destino. Una Patria debe proponerse la imitación de las grandes cosas espirituales y vivas. Y todo lo que es divino y viviente, todo lo que es orgánico, mira hacia la unidad. El apóstol Pablo, el paladín de la unidad, aquel a quien vemos con las manos posadas en el pomo de una gran espada, es el que dió la primera voz católica para decir "España", para nombrar sobre todas las divisiones esta indivisible unidad de destino. Unidad. Esta es la potencia de Dios y del hombre, de la Familia y de la Patria. Ahora, de la Patria quieren hacer leña como de árbol seco y podrido. Pero nosotros somos sobre el viejo tronco, en parte carcomido, el renuevo, el ramo milagrosamente fresco que continúa y salva el ser del árbol. Es la savia la que grita en nosotros al retornar: ¡Arriba España! Arriba, pues, su savia, su esencia en nosotros. Queremos ser, sobre la España vieja, el ramo a la vez fresco y antiquísimo de la España nueva. ¡Arriba España!

Primer editorial de ARRIBA, 21 de marzode 1935.

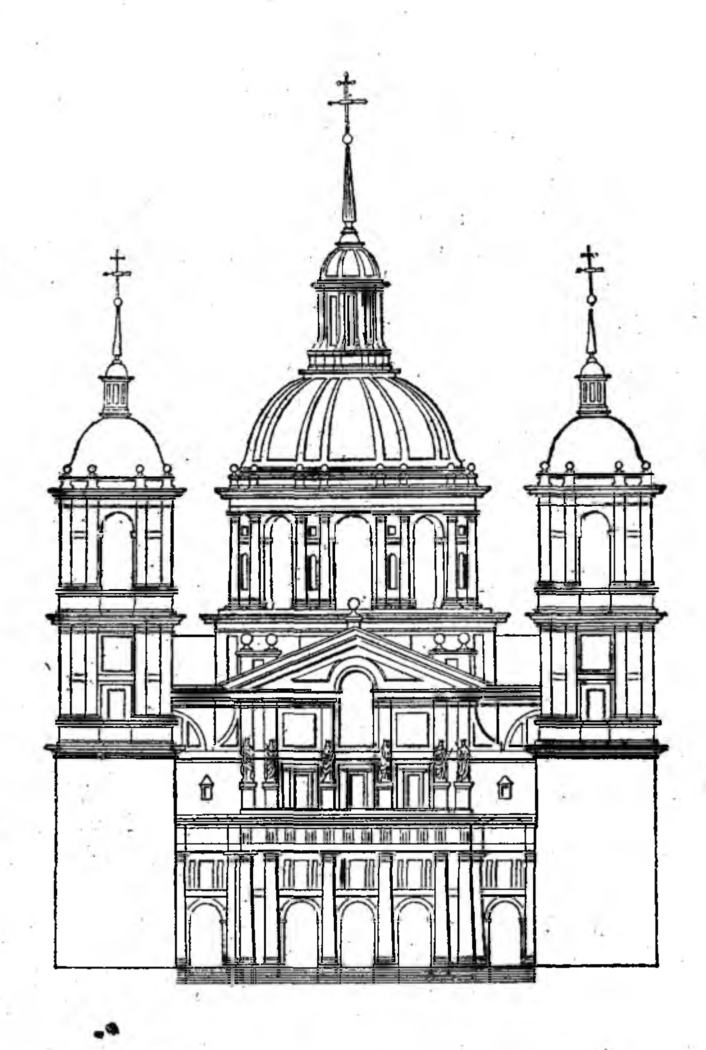
VICTORIA

Parte oficial de guerra del Cuartel General del Generalísimo correspondiente al día de hoy:

En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.

FRANCISCO FRANCO.—1 abril de 1939.





Estudios

Emilio García Gómez: *El* Diwan *del Príncipe Amnistiado (963-1009)*. —Eugenio Fernández Almuzara, S. J.: *En torno a la* Crónica Compostelana.

EL DIWAN DEL PRÍNCIPE AMNISTIADO
(963-1009)

POR

EMILIO GARCÍA GÓMEZ

POESIA MUTILADA

TAN sólo el Occidente ha sabido crear poesía en torno de las ruinas (1). Los deleznables monumentos del Islam, una vez abandonados, se desmenuzan en montones de polvo, y, si la arqueología occidental no los salva, acaban en vertederos sin hierbas. En cambio, las piedras eternas del Occidente, con orlas de yedra y jaramago, despiertan y centran la vida tumultuosa del Renacimiento, ennoblecen los paisajes de la Naturaleza y de la pintura, enmarcan las melancólicas meditaciones de los románticos de levita negra. Las reinas de nuestros museos son siempre cariátides mútilas, Victorias desconchadas y Venus sin

(1) Dicho se está que esta afirmación se refiere al aspecto particular señalado en el texto. Para nada tiene que ver con el llanto sobre las ruinas del campamento abandonado, tópico de la poesía árabe, ni con las consideraciones —ascéticas, históricas o legendarias— provocadas por la contemplación de monumentos anteriores al Islam.

brazos, exquisitos mármoles doloridos. Y amamos los viejos capiteles donde el acanto ha sufrido la ciega poda de los años.

Labor occidental ha sido también salvar las ruinas literarias: sanar palimpsestos, reconstituir poemas, ensartar fragmentos dispersos y llenar con líneas de puntos, como en las figuras geométricas, los espacios vacíos. Fieles a esta consigna, los arabistas europeos y algunos orientales adheridos a los métodos de Occidente restauran osamentas literarias, allegando huesos que acá y allá se pudrían bajo tierra.

El jardín de la poesía arábigoandaluza del siglo XI comienza a ser muy frecuentado: se restablece el trazado de los viejos paseos, y entre los arriates se yerguen estatuas completas. No le ocurre otro tanto al del período del Califato, con ser el de mayor incentivo para una sensibilidad curiosa. Ninguna poesía puede interesarnos más que la que vivió en la Córdoba omeya, árbitro absoluto de España bajo el poder de Abd al-Rahman III y Almanzor, entre los arcos de la Gran Mezquita y las piedras labradas de Madinat al-Zahra.

Con mano piadosa, pero no perfecta —por mi natural limitación y por las circunstancias actuales, que hacen imposible la consulta de libros en bibliotecas extranjeras—, intento contribuir en las páginas que siguen a la reconstitución del *Diwan* de uno de los mejores poetas de la Córdoba de Almanzor: el Príncipe Amnistiado (2).

---

(2) Textos utilizados: al-Dabbi, *Bugya (Bibliotheca Arabico-Hispana,* de Codera y Ribera, III), biogr. 1343; Ben al-Abbar, *al-Hulla al-Siyara* (apud Dozy, *Notices sur quelques mss. arabes,* Leiden, 1847-51), pp. 114-118, y *Corrections* al mismo texto; Ben Hazm, *Tawq al-hamama* (ed. Pétrof), p. 27; Ben Said, *Rayat al-mubarrizin* (edic. García Gómez, en prensa), p. 175, y *Unwan al murqisat* (ed. Cairo), p. 57; al-Himyari, *al-Badi fi wasf al-rabi* (ed. Pérès), pp. 33-34; Ben Sahib al-sala (ms. Oxford Bodl. 758), fos. 15*a*-17*a*; Marrakusi, *The History of the Almohades* (ed. Dozy), pp. 153-154 (= trad. Fagnan, pp. 185-186); Maqqari, *Analectes* (ed. Leiden), II, pp. 133, 264 y 398-399; Asín, *Abenházam de Córdoba,* I, 103; Pérès, *La poésie andalouse en arabe classique au XI*e *siècle,* pp. 46 y 57; García Gómez, *Elogio del Islam español,* p. 65, y *Poemas arábigoandaluces,* 2.ª ed., núms. 41 y 42.—No he podido consultar ms. de la

BIOGRAFIA

Abu Abd al-Malik Marwan b. Abd al-Rahman b. Marwan b. Abd al-Rahman al-Nasir era un príncipe omeya, biznieto —como puede verse por su genealogía— del gran Califa Abd al-Rahman III, que tuvo una descendencia copiosísima, en la que no faltaron buenos poetas. Se le conoce, por razones biográficas que expondremos más tarde, con el nombre de *al-Sarif al-Taliq* ("el Príncipe Amnistiado").

Según su biógrafo al-Dabbi, murió cerca del año 400 de la héjira (1009 de J. C.), y su existencia se divide en tres períodos iguales: dieciséis años antes de su prisión, diecisiéis en ella y otros dieciséis después de amnistiado. Podemos, pues, calcular que nació hacia el año 352 (= 963), fué encarcelado hacia el año 368 (= 978) y excarcelado hacia el 384 (= 994).

Nada sabemos de su infancia, y no mucho del terrible drama que ocasionó su prisión. Dejemos la palabra al mismo al-Dabbi: "Según se dice, estaba enamorado de una esclava con la que le crió su padre y que éste le había destinado. Más tarde, el padre le suplantó y se reservó la esclava exclusivamente para sí. Sintiendo unos celos vehementes, desenvainó una espada y, aprovechando una de las ocasiones en que la esclava estaba a solas con su padre, asesinó a éste. Perseguido por ello, fué encarcelado en los días de Almanzor." Como hemos dicho, tenía dieciséis años y era un hermoso mancebo *(gulam wasim)*.

La poesía, a la que damos el número 7, y en la que describe su cárcel, nos hace suponer que ésta se hallaba en la ciudad califal de Madinat al-Zahra. Dicha poesía, el verso 20 (en nuestra

---

Dajira, I (donde no tiene artículo, pero sí mención en el de Ibn Masud al-Bachchani), por no existir en Madrid. Tampoco he podido ver el ms. de la B. N. de París (Slane 2327), que es la parte 17.ª de un ejemplar de los *Masalik,* de Ben Fadl Allah al-Umari, dedicado a los poetas magribíes y tomado del *Mugrib,* de Ben Said, donde, en el folio 6*b,* se consagra un artículo a nuestro poeta. Pero no creo que en ninguno de los dos textos haya gran novedad.

numeración) de la *Qasida en qaf*, y otro verso de Ben Masud al-Bachchani, personaje de quien hablaremos inmediatamente, nos hacen suponer asimismo que la prisión era subterránea *(mutbaq; chubb* = aljibe o cisterna), como era usual en aquellos tiempos.

Tampoco sabemos gran cosa de lo que le ocurrió en la prisión, donde —según al-Dabbi— compuso buena parte de sus versos (entre otros, expresamente, nuestras poesías números 6 y 7). La única historia suya conocida en este período es la de sus relaciones con otro famoso poeta, llamado Abu Abd Allah Muhammad b. Masud al-Gassani al-Bachchani (3). Había venido éste en embajada para ver a Almanzor; pero, acusado de heterodoxia por los alfaquíes, que en la sutil política del gran ministro tanta importancia alcanzaron, fué encerrado en la misma cárcel que el príncipe parricida, y allí poetizó también. Dirigíase Ben Masud a Almanzor intentando convencerle de que su pleito era más bien de la jurisdicción divina:

Si realmente pienso para mis adentros lo que dicen de mí falsa- [*mente,*
déjame entregado al juicio del Omnipotente, Compasivo,
pues El tiene un fuego "que coge por los cráneos" (4)
y un paraíso lleno de delicias.

Las relaciones entre los dos prisioneros comenzaron siendo de lo más cordiales. Ben Masud, entusiasmado con el príncipe, llegaba a bendecir su cárcel:

El aljibe me ha hecho amigo del hijo de Jacob (5).
¡Y yo que contaba esta historia entre las mentiras!
Mis enemigos han querido castigarme, sin darse cuenta
de que lo que han hecho es lo contrario del castigo.

---

(3) Cf. *Dajira*, I, y Maqqari. *Analectes*, II, 264.

(4) Alusión al *Alcorán*, LXX, 16.

(5) Es decir, el patriarca José, profeta para los musulmanes y prototipo de la belleza masculina. Alude al relato del Génesis, reflejado en *Alcorán*, XII.

Quisieron alejarme del mundo y de sus pompas,
y resulta que me han acercado y aproximado.
No saben (¡gentes sin padre!) que mi cárcel
se ha convertido en el colmo de mis anhelos.

Pero pronto las cañas se volvieron lanzas, y los elogios, sátiras. Entre otras frases mucho más groseras, Ben Masud expresa su radical cambio de opinión:

Verlo es sentir pajuelas en mis ojos;
oír sus palabras lastima mis oídos.
Con su vecindad en la prisión me ha dado
una pena más grave que la misma cárcel.
Aunque, si su carácter fuera el contrario del que tiene,
sería más hermoso que José.

Al cabo de dieciséis años, como ya se dijo, el príncipe fué libertado, antes que Ben Masud. Al-Dabbi y los textos que de él dependen afirman su liberación, sin más detalles. Pero es indudable que su excarcelación —atendidos el rango y el crimen del augusto prisionero— debió de provocar en Córdoba la formación de leyendas más o menos fantásticas. El historiador Ben Sahib al-Sala, y luego Maqqari, afirman que el Profeta Mahoma se apareció en sueños a Almanzor ordenándole la liberación del príncipe Marwan, que por eso recibió el apodo de *al-Taliq* ("el Amnistiado"). Marrakusi es el único, que yo sepa, que da una versión distinta y más bella. Según esta historia, Almanzor se retiró un día a su palacio llevando consigo varios memoriales que había recibido, entre ellos uno en que el príncipe se quejaba de su cárcel. Por aquel entonces solían tener en sus parques los grandes personajes fieras enjauladas o animales exóticos en libertad. Almanzor, para entretenerse, fué arrojando los memoriales, que no había leído, a un avestruz que se acercó. El avestruz se tragaba algunos y rechazaba otros. Sólo con uno

observó una conducta extraña. Varias veces lo recogió, dió con él la vuelta entera al palacio y lo volvió a echar en el regazo del ministro. Intrigado éste, acabó por leerle: era el del príncipe, y ordenó que lo excarcelaran. "Por eso —concluye Marrakusi— se le llamó *Taliq al-Naama*", es decir, "el Amnistiado por el avestruz".

Muy poco sabemos también de la vida del Príncipe Amnistiado después de su salida de la cárcel. Indudablemente, recobró su rango, ajustó su vida a él, y vivió rodeado de la curiosidad y expectación que merecían su augusto origen y las dramáticas peripecias de su vida. Nuestra poesía número 5 nos le muestra invitado por otro príncipe omeya que le ofrece vino dorado en un cáliz de plata. Debió de tener abundante descendencia; pero sólo conocemos de ella a otro poeta —llamado al-Asamm al-Marwani, o sea "el Marwani sordo", y también al-Taliq, en memoria de su antepasado— que tomó parte activa en la audiencia poética que, en su paso a España, concedió el Califa almohade Abd al-Mumin en Gibraltar (6).

Su producción poética parece haber sido abundante (al-Dabbi lo llama *sair muktir* = "poeta copioso"), y debió de ser muy gustada. El gran Ben Hazm de Córdoba, en juicio muy repetido más tarde, afirma que "por su gracia poética y sus bellas metáforas era entre los omeyas de España como Ben al-Mutazz [el Califa muerto en 908] entre los Abbasíes". En el *Collar de la paloma* lo llama asimismo "el mejor poeta andaluz de su tiempo". Sin embargo, su fama se disipó pronto, como la de tantos otros poetas del Califato, oscurecidos por los brillantísimos artistas del siglo XI. Sólo por incidencia lo mencionan algu-

---

(6) Cf. Maqqari, *Analectes*, II, 402; Marrakusi, *The History of the Almohades*, 153 (= trad. Fagnan, 185); Ben Sahib al-sala, ms. Oxford Bodl. 758, fos. 15 *a*-17 *a*, y Ben Said, *Rayat*, en mi edición, 175.

nas historias, y si aparece en ciertas antologías es poco menos que de refilón. De estas citas he extraído algo menos de un centenar de versos, agrupados en trece piezas: una, extensa, la *Qasida en qaf,* la más famosa y citada de las suyas, de la que he hallado 41; otras cinco con menos de 10, y las demás —restos de otras más largas, o breves epigramas— con sólo dos cada una.

No hay ningún panegírico, a no ser el suyo propio *(fajr)* inserto al final de la *Qasida en qaf,* ni tampoco sátira. Fuera de algunas poesías autobiográficas o de circunstancias (números 5 y 7); de fragmentos con alusiones, cuyo papel en un poema más largo nos resulta desconocido (números 11 y 12), y de un epigrama ascético y pesimista (número 6), toda su producción pertenece al género erótico *(tagazzul)* y al descriptivo. Dentro del primer género, sabemos expresamente por Ben Hazm, que lo conoció y trató, que "la mayoría de sus madrigales están dedicados a mujeres rubias", conforme a la preferencia sexual bien conocida de los omeyas españoles, que eran casi todos rubios, y a la moda literaria imperante en Córdoba (7). En el segundo género, le vemos tratar con delicada maestría el tema báquico (también aquí el vino es siempre dorado), y colaborar en la implantación de la poesía floral *(nawriyyat),* que se aclimató en España por esta época (8), creció sobremanera bajo los Taifas (9), y alcanzó su apogeo, con Ben Jafacha y su escuela, a comienzos del siglo XII.

Su estética es, indudablemente, neoclásica (10). La comparación que de él se hace con Ben al-Mutazz, una imitación paladina de Buhturi y el predominio de los temas báquicos y flora-

(7) Cf. Ben Hazm, *Tawq,* pp. 26-27, y Ribera, *Disertaciones y opúsculos,* I, pp. 15 ss.

(8) Cf. Blachère, en *Hespéris,* X, 1930, pp. 15-36, y Pérès, *La poésie andalouse,* pp. 161 ss.

(9) Cf. Abu-l-Walid al-Himyari, *al-Badi fi waçf al-rabi (Anthologie sur le printemps et les fleurs),* ed. Pérès, Rabat, 1940.

(10) Cf. mis *Poemas arábigoandaluces,* 2.ª ed., pp. 13-17.

les así lo comprueban. Pero, claro es, se trata de un neoclasicismo en delicioso agraz, muy lejos aún de las realizaciones seguras y perfectas de un Ben Zaydun, por ejemplo. Los temas "antiguos" y "modernos" no están todavía sólidamente trabados. Las alusiones a los primeros (por ejemplo, números 11 y 12, e incluso el número 10, en lo que puede juzgarse a través de su estado fragmentario) son de un servilismo quizá irónico. Los temas "modernos" no son demasiado audaces. El vocabulario es escogido sin exceso. Todo está en el mismo nivel de las demás artes del Califato: templanza, buen gusto, sensibilidad refinada. En suma, diríamos que una "voluntad de estilo" occidental equilibra la arrolladora irrupción de novedades orientales (11).

Sería sumamente interesante estudiar las fuentes y las consecuencias de la poesía del Taliq. Como se verá en algunas notas al *Diwan,* creo que su influencia sobre grandes poetas posteriores, como Ben Zaydun, e incluso Ben Jafacha, es mayor de la que pudiera sospecharse. Pero me es imposible entrar a fondo en una investigación que, como he dicho otras veces, me parece prematura y superior a mis fuerzas. Tampoco la consentiría el escaso número de versos del Taliq que ha llegado a nosotros. Por último, la dificulta el peculiar concepto que los retóricos árabes tienen de la originalidad poética. "Cuando tope con una bella idea —dice, por ejemplo, Ben Bassam en el prólogo de su *Dajira* (12)—, o encuentre una expresión acertada, mencionaré sus precedentes, indicando los que la usaron para disminuirla o para acrecentarla. Pero nunca afirmaré en absoluto que este poeta tomó tal cosa de otro: Los ingenios se suceden sin interrupción, y la poesía es como un hipódromo donde los poetas son corceles. Es inevitable que sus pasos caigan sobre las huellas de otros anteriores."

---

(11) Cf. mi estudio *Bagdad y los Reinos de Taifas*, en *Revista de Occidente,* núm. CXXVII.

(12) Ed. Cairo (1358 = 1939), I, p. 8.

DIWAN

1.—*Qasida en qaf.*

(Metro *ramal.* Rima *qā.)*

He logrado reunir 41 versos de esta pieza, la más famosa del autor (13). Se amolda en su estructura a la estética neoclásica árabe: *nasib* o introducción erótica, continuada con el tema báquico; descripciones varias *(awsaf satta)*, que sustituyen al viejo *rahil*, o pintura de viajes por el desierto, y, por fin, el *madih* o loa, que, en este caso, pertenece al género llamado *fajr*, vanagloria o autoelogio. Aparecen, así, los fragmentos agrupados en cuatro secciones, como los cuatro tiempos de una sinfonía, sin que falte, para acentuar la semejanza, la descripción de la tempestad.

El tema erótico (en elogio de una mujer rubia, como ya se ha dicho) y el báquico están tratados con sobriedad y exquisita delicadeza; son trozos de la mejor poesía arábigoandaluza. El tema descriptivo, igualmente bello, es interesante como anuncio de posteriores piezas célebres (por ejemplo, la qasida de Ben Zaydun a Wallada desde los jardines de al-Zahra) (14). La alabanza propia con que termina el poema —muy dentro de las costumbres árabes— es el trozo más ajeno a nuestra sensibilidad.

---

(13) La base principal es Ben al-Abbar, apud Dozy, *Notices.* Versos sueltos en Maqqari, *Rayat, Badi,* al-Dabbi y *Unwan al-Murqisat.* He alterado ligeramente el orden de colocación de los versos, cuando lo exigía el sentido.—El texto árabe de todo el *Diwan* aparecerá próximamente en la revista *Al-Andalus.*

(14) Cf. mis *Poemas árabigoandaluces,* 2.ª ed., núm. 54, y mis *Qasidas de Andalucía, puestas en verso castellano* (Plutarco, 1940), pp. 41-51.

[I.—Tema erótico.]

Es un ramo que se balancea sobre una duna
y del que coge mi corazón fruta de fuego.
En su rostro la belleza hace surgir a nuestra vista
una luna que carece de fases.
Tiene los ojos —con el blanco y negro intensos— de la cierva blanca:
su mirada es una saeta asestada contra mi corazón.
Al sonreír, descubre un collar de perlas:
pienso si sus encías se lo robaron a los cuellos.
El lam *de su aladar se desliza sobre la mejilla*
como oro que corre sobre plata (15).
La hermosura llega en ella a su colmo:
sólo es bello el ramo cuando se cubre de hoja.
Su talle es tan sutil, que llego a pensar,
de delgado que es, que está enamorado.
La cadera sí que está locamente prendada del talle,
y por ello aparece cautiva y trémula.
¡El talle angosto junto a la cadera opulenta!
Diríase mi amada abrazada a mi delgadez.
Pero, si se nos parecen, es extraordinario
que no haya surgido ya la esquivez y no se separen.

[II.—Tema báquico.]

¡Cuántas veces la copa vistió el ala de la tiniebla
con una túnica de luz resplandeciente!
Pasé la noche escanciando a una gacelita en cuyos ojos
había una deliciosa somnolencia que a mí me impedía dormir.
Se escondía el vino, y llegué a pensar
si, como todos, temía su mirada.
Mas luego brillaba en su mano purísima
como van los rayos de sol al encuentro de la aurora.

---

(15) El *lam* es una letra del alfabeto árabe que suena como nuestra *ele,* y tiene forma de gancho.

El cáliz de dorado vino entre sus dedos blancos
era un narciso amarillo en un búcaro de plata.
Salía el sol del vino. La mano del copero cortés,
era el oriente, y el occidente la boca de mi amada:
Cuando se ocultaba en el delicioso ocaso de sus labios,
dejaba un rosado crepúsculo en su mejilla.

[III.—TEMA DESCRIPTIVO.]

La nube de tormenta con sus chubascos
es un comensal del jardín: canta y escancia.
El trueno declama, lleno de deseo, y en la espesura
circulan copiosamente los cálices de la lluvia.
La tierra del vergel es una cárcel
y la lluvia un criminal que allí aprisionan.
Cuando, de noche, los luceros caminantes
quedan perplejos, sin distinguir sus veredas,
el relámpago enciende su antorcha,
y la faz de las tinieblas se torna iluminada.
Cuando brilla el relámpago, viste los arriates
con radiante túnica de tisú.
El oscuro nubarrón parece un corcel negro,
al que el relámpago alborota las crines cenicientas.
Los vellones que el viento arranca de él,
son bandos de picazas que levanta su trote.
El sol lo arrea para alejarlo,
y pone un cojín de luz sobre su silla.
Porque el sol resucita al jardín,
como el resplandor de la amada hace revivir al amante enardecido.
La rosa coronada de escarcha
es la mejilla de la amada, perlada de sudor.
Está entreverada con el narciso, de un puro amarillo,
al que pensarías secretamente prendado de la rosa,
y que mira al sol de la mañana,
pupila de flor que cautiva nuestras pupilas.
Son dos amantes reunidos, de los cuales
uno está ruborizado y otro pálido de miedo.

En el jardín las flores son bellísimos luceros
que han trepado de las colinas a los horizontes.
Cuando las riega la lluvia generosa,
deposita en sus pétalos esferillas de azogue.

[IV.—Tema de vanagloria.]

¿Qué mancebo hay como yo en valor y generosidad,
en hablar, en obrar y en temer a Dios?
Mi nobleza es mi propia alma; mis alhajas, mi saber;
mi sable en el encuentro es la elocuencia.
Porque mi lengua para quien la prueba
es una víbora que no desvían los conjuros.
Mi diestra, felicidad del pedigüeño indigente,
reunió los loores que andaban esparcidos.
Mi abuelo es al-Nasir li-l-din,
cuyas manos separaron de sí la separación (16);
noble entre los nobles, por sí y por su alcurnia,
y el que subió más alto al superarla.
Gloria soy de los descendientes de Abd al-Sams (17):
en mí se renueva su envejecido lustre.
Si algo se borró en su noble ejecutoria, yo le devuelvo
el esplendor con el esplendor enjoyado de mis poemas.

2.—*En la Fiesta del Sacrificio.*

(Metro *tawīl.* Rima *hū.)*

Poesía conservada en *Notices*, 115-116.

Resulta desigual de factura y de tono, pues la intensidad pasional de los primeros versos se va disolviendo hasta llegar a los tópicos fríos y convencionales del final.

---

(16) Alude a que Abd al-Rahman III, cuyo título califal era *al-Nasir li-din Allah* («el que ayuda a la religión de Dios»), unificó el imperio, reduciendo todos los focos de rebeldía y secesión.

(17) Un antepasado de los Omeyas.

Digo, en tanto mis lágrimas se escapan y corren,
y mientras la pasión abrumadora se desborda en mi pecho:
¡Dejadme de bella paciencia! *Yo he visto*
que la bella paciencia *no es laudable en amor* (18).
La Fiesta del Sacrificio (19) *ha excitado en mí un ardor desespe-*
[rado;
ese fin repugnante de las bestias me haría mayor bien.
Porque parece que en mis ojos anegados está su garganta sangrante,
y en mi pecho su corazón, cuando las degüellan.
Ay, quisiera saber si hay en mi dueño algo de afecto
para medicinar en mí un corazón herido,
que suspira por una luna en cuya mejilla,
en vez de las manchas negras de la luna, hay una rosa abierta.
Cuando surge, la luna llena se vela la faz,
por miedo de que vaya hasta ella y la deje afrentada.
Pero yo le digo: "—¡Oh luna, puedes descubrirte!", porque ya
[aparece
el espía tenaz que nos tienen puesto los enemigos.
¡Por vida mía, esta luna es más hermosa de ver,
y más bella y más graciosa que la luna llena!

3.—*Tiempo feliz.*

(Metro *jafīf*. Rima *ībī.)*

Conservada en Maqqari, II, 398-399.

Parecía aquella tarde el alba de una fiesta:
era a la vez hermosa y melancólica.
Soplaba en ella el céfiro como un amante obsequioso
que hubiera tomado en préstamo las buenas prendas de la amada.

---

(18) Alusión al *Alcorán XII*, 18. Cuando los hermanos de José trajeron a Jacob la túnica de aquél, teñida en mentida sangre, exclamó Jacob: «Sé que sois vosotros mismos los que habéis hecho esto; pero bella paciencia *(fa-sabrun chamilun)*». La frase es usadísima.

(19) También llamada «la gran fiesta» *(al-id al-kabir)*. Se celebra el 1.° del mes du-l-hichcha y los tres días siguientes. Todo musulmán libre, en estado de hacerlo, debe sacrificar en ella una víctima.

La pasé entre dos soles: el de mi amada que estaba en el orto,
y el del horizonte que estaba en el ocaso.
El sol de la tarde se iba; pero mi sol
no dejaba de lucir sobre el descote.
¡Señor mío, qué maravilla creaste!
¿Quién vió nunca al sol salir sobre una rama?
¡Horas aquéllas! La Fortuna se mostró favorable,
y los deseos nos complacían al punto.
Las pasamos entre vino y amor,
y las llenamos de grandes pecados,
cuando la faz de la felicidad se serenaba alegre
y no había indicio de que frunciese el ceño.
¡Pierda Dios a quien pierda una hora
libre de encizañadores y de espías!

4.—*Despedida en un jardín.*

(Metro *kāmil.* Rima *āhū.)*

Esta bella poesía (conservada en Maqqari, II, 398) es buen indicio de la boga que las poesías florales *(nawriyyat)*, importadas de Oriente, alcanzaron en la Córdoba de Almanzor, y de las que ya hemos visto ecos en la *Qasida en qaf*. Los poemas jardineros habían de arraigar sólidamente en la España musulmana. Se inicia aquí un proceso, que pudiéramos llamar de humanización de los jardines, que había de culminar en Ben Jafacha (m. 1138), cuando dice, suprimidos ya los términos intermedios: "Yo enamoro a este jardín donde la margarita es la sonrisa, la murta los bucles y la violeta el lunar." (cf. mis *Poemas arábigo-andaluces*, 2.ª ed., núm. 98).

Me despedí de quien amo al caer la tarde.
¡Ojalá hubiera gustado la muerte antes que su ausencia! (20).

---

(20) Cf. un verso análogo de Ben Abd Rabbi-hi, en Pons, *Historiadores y geógrafos arábigo-españoles*, p. 57, nota 2.

Me parece que hasta el sol se queja del mismo amor que yo,
y que por su querer zurean tristes las palomas.
Porque se va mi amada, languidece el crepúsculo:
diríase que sufre lo mismo que yo.
La brisa habladora cuenta nuestros secretos:
por eso desmaya de amor y es delicioso su aroma.
Al alba, el agua del jardín se mezcló
con su nombre, más penetrante que todo perfume.
El azahar es su sonrisa; el céfiro su aliento;
la rosa, perlada de rocío, su mejilla.
Por eso amo los jardines: porque siempre
me traen al recuerdo la que adoro.

5.—*Brindis.*

(Metro *sarī*. Rima *ab.)*

Poesía conservada en Maqqari, II, 399, con esta cabeza: "Habiendo pasado la noche en casa de un magnate de los Banu Marwan [un omeya], este magnate le presentó una copa de plata con vino dorado, diciéndole: Bebe y describe, pues tu anfitrión es primo tuyo. Él se levantó reverente y brindó con alegría. Luego pidió tintero y papel, y cuando se los trajeron, escribió estos versos."

Bebe con felicidad —¡no se te resista el placer!—
lo que te ofrece un hombre noble y lleno de gloria.
Te trajo un vino que se vistió
la túnica de oro del crepúsculo, con orla de burbujas,
en un cáliz en el cual no se escancia
sino a varones principales e ilustres.
No obró mal al escanciarte por su mano
oro fundido en plata sólida.
¡Levántate obsequioso en honor suyo!
¡Bebe por que su recuerdo perdure siempre!

6.—*Caducidad del mundo.*

(Metro *tawīl.* Rima *nī.)*

Poesía (conservada en *Notices,* 115), compuesta en la prisión, sobre un tema ascético y pesimista muy trillado. El segundo hemistiquio del primer verso —según nos advierte Ben al-Abbar— está imitado del oriental Buhturi (m. 897).

En verdad, el Destino —que derriba cuanto edificamos—
será afligido como nos aflige y aniquilado como nos aniquila.
Vencer en este mundo no es victoria:
el mancebo que gana en él es con fraude.
Pero ya pagará en desgracias el placer de la que ahora goza,
y la muerte acabará por cosechar lo que cosecha su mano.
No hay duda de que la tristeza debería llegar a su colmo;
pero el alma humana siempre piensa disparatadamente.

7.—*Describe su prisión.*

(Metro *kāmil.* Rima *āchī.)*

Conservada en *Notices,* 115.

Es un aposento lóbrego y oscuro como la noche,
sombrío en los contornos, del todo tenebroso en el centro.
De tan negro, mientras la blanca al-Zahra brilla en torno suyo,
parece la tinta encerrada en un tintero de marfil.

8.—*La nube.*

(Metro *jafīf.* Rima *ā'ā.)*

Conservada en *Notices,* 118. Ben al-Abbar dice tomarla del *Kitab al-faraid fi al-tasbih min al-asar al-andalusiyya,* de Abu-l-Hasan Ali b. Muhammad b. Abi-l-Husayn al-Qurtubi.

La nube es como un amante apasionado:
en el trueno está el ardor y el lamento;
los relámpagos son el fuego de su amor;
la lluvia, sus lágrimas fluyentes.

9.—*A unos ojos chispeantes.*

(Metro *sarī*. Rima *nū.)*

Conservada en *Notices*, 118.

La niña de sus ojos, de tan alegre,
parece un borracho empedernido.
No es, no, una niña, sino que es
Harut que habita en su pupila. (21)

10.—*La noche larga.*

(Metro *tawīl*. Rima *uhū.)*

Conservada en *Notices*, 118. Tema trilladísimo.

¿Qué le ocurre a mi aurora? Ya debería estar cerca
y se retrasa, hasta hacerme desesperar de que llegue.
Sin duda las tinieblas han maniatado a los luceros,
y los han detenido donde no querían.

---

(21) Lo que nosotros llamamos «niña del ojo» es llamado por los árabes «hombre del ojo» (es decir, la figurilla a que queda reducida la imagen al reflejarse en la pupila). –La metáfora es, por tanto, mucho más expresiva en árabe.– Harut y Marut son dos ángeles mencionados en el *Alcorán,* II, 96. Según la leyenda, hablaron delante de Dios en términos de menosprecio para los hombres pecadores; pero, enviados luego a la tierra, pecaron como los hombres enamorándose de una mujer maravillosamente bella, y matando a los que descubrieron su pasión. En castigo, fueron aprisionados en Babel, donde sufren tremendos castigos. Se les considera con poderes mágicos. Cf. *Encyclopédie de l'Islam,* II, 289.

11.—*Ruinas.*

(Metro *kāmil*. Rima *sā.)*

Conservada en *Notices*, 118. Tema trilladísimo.

Es una morada para cuyos habitantes se sentaron (22) *las estrellas:*
la voltaria suerte los asaeteó con tino.
De tan vieja que es, parece
la mansión del antiguo Imru-l-Qays en Asasa (23).

12.—*Ruinas.*

(Metro *kāmil*. Rima *dū.)*

Conservada en *Notices*, 118.

Cuando se fueron me quedé solo en los patios,
perplejo, entre moradas desconocidas.
Parecían las casas de Mayya, cuando las abandonaron,
y yo, en ellas Gaylan recitando (24).

13.—*El arroyo.*

(Metro *jafīf*. Rima *āqī.)*

Conservada en *Notices*, 118.

Parece que entre las aguas hay serpientes
de plata, que corren por las acequias.
Los guijarros entre el agua brillante
tienen la claridad de la perla sobre la blanca garganta.

---

(22) Es decir, que para ellos ya no caminan, no recorren sus órbitas las estrellas.

(23) Imru-l-Qays es quizá el más famoso de los poetas anteislámicos.—Asasa es un lugar del desierto de Arabia. Cf. Yaqut, *Mucham al-buldan* (ed. Wüstenfeld, *Geographisches Wörterbuch),* II, 672-673.

(24) Gaylan b. Uqba, llamado Du-l-Rumma, es un famoso poeta que murió en 117 = 735-36. Su amada se llamaba Mayya. Cf. *Encyclopédie de l'Islam,* I, 990.

EN TORNO
A LA «CRÓNICA COMPOSTELANA»

POR

EUGENIO FERNÁNDEZ ALMUZARA, S. J.

(Conmemoración del VIII centenario de la muerte de Diego Gelmírez).

I

TODA creación literaria, y más si es de carácter histórico, suele tener anejo un horizonte real que en parte la explica y en parte la completa. Nada nace por generación espontánea. Nada, tampoco, viene a la vida sin el benéfico influjo del sol y las constelaciones del cielo que lo cubre. He aquí por qué, cuando se trata del estudio de una obra literaria, no puede prescindirse, en ningún modo, de las circunstancias históricas y del medio ambiente en que la obra ha nacido y se ha desarrollado.

La época en que se escribió la *Historia Compostelana* fué, en España, una de esas épocas germinales en la que, como en los días de la creación, todo hervía y se agitaba, sobre el vacío, en ingente y caótico torbellino, esperando la palabra ordenadora de Dios que pusiera sosiego al vendaval y esclareciera la bruma tormentosa y acuñara, con la dureza del mármol y del bronce,

dándoles precisión, las nuevas formas indecisas que, con ímpetu sordo, pugnaban por definirse y por salir a la luz del día.

Muerto Alfonso VI, que había llevado la frontera de los reinos cristianos hasta el Tajo y que había bautizado y hecho cristiana la ciudad de Valencia, una terrible anarquía se apodera, en el terreno político, de Castilla y Aragón, amenazando esterilizar el generoso esfuerzo que puso a los españoles en trance de rematar, en pocos años, la obra de la Reconquista. Las gentes de Alfonso el Batallador y de D.ª Urraca, olvidándose del enemigo común que tienen enfrente, parecen entregadas, por destino fatal, a la loca empresa de destruirse a sí mismas. La España cristiana semeja un cuerpo en disolución más bien que un cuerpo sano y robusto que pasa de la adolescencia a la juventud pletórico de vitalidad.

Por si esto fuera poco, germinan en la burguesía turbios y confusos anhelos de liberación que convierten, con frecuencia, las ciudades en campos de Agramante. La tutela de los antiguos señores comienza a serle poco grata, y hasta molesta, y el pueblo exterioriza su disgusto con la misma ruda violencia con que lo haría un niño áspero y mal educado. Por todas partes se nota que el alumbramiento de los nuevos tiempos se hace con desgarramientos y convulsiones, que es como ir rescatando la vida, a pedazos, de las garras de la muerte.

Por dicha, la germinación que en la esfera del Arte y de las Letras se advierte, se manifiesta con señales menos dramáticas y dolorosas.

El alejamiento de la frontera musulmana cambia por completo la concepción de la vida en los reinos cristianos peninsulares. La guerra deja de ser tarea cotidiana donde cada español ha de luchar *para ganar su pan*, como dice el venerable poema del Cid, y se convierte en mero episodio heroico. Se organiza, en consecuencia, la vida ciudadana y se cultivan las artes de la paz. Se estimula el comercio; se atiende a la policía urbana; se edifican

iglesias y palacios; se esculpe; se pinta; se escribe; se canta. La vida tiene ya valor objetivo. Y el espíritu encuentra satisfacción intelectual en el ejercicio de toda actividad humana.

Si hubiéramos de buscar un símbolo adecuado que nos diera, en forma plástica, el sentido de los nuevos tiempos, no encontraríamos otro mejor que la ciudad de Santiago, que, arrasada hacía poco más de un siglo por los ejércitos de Almanzor, comenzaba a levantarse de su postración y pobreza. Sus casas, míseras y sórdidas, son reemplazadas por palacios. Al mismo tiempo que la catedral, y siguiendo el mismo estilo románico, se construyen iglesias y monasterios, se abren nuevas calles, se fabrican fuentes y acueductos y se edifican grandes plazas adonde afluye la vida de la ciudad, dándonos el sentido de solidaridad y hermandad que ha de caracterizar la nueva época.

La vida de España, como nación, sale también de su aislamiento, y en las plazas de Compostela se pone en contacto con el mundo creando un ámbito cultural. Para ver, como en un panorama, lo que era la vida española en el siglo XII, nada mejor que asomarse a estas plazas de Compostela, adonde concurren, en piadosa romería, gentes de toda la Península: de Portugal y de Levante; de Cataluña y Aragón; de León y de Castilla. Los dialectos de la Península se han enriquecido en los primeros años del siglo XII. Al lado del asturiano, del gallego-portugués, del catalán y del leonés, se habla ya el castellano, que, aun en sus formas rudas y primitivas, manifiesta una armonía y una poderosa fuerza expansiva que le han de conquistar muy pronto la hegemonía lingüística. Los mozárabes procedentes de la España musulmana se expresan en aquel singularísimo romance, hijo del naciente romance de la España goda, de características muy semejantes al catalán y al gallego-portugués. Las gentes eruditas escriben todavía en latín; pero en sus escritos se filtran insensiblemente giros y palabras del naciente romance popular, que lucha por libertarse de la postergación en que ha vivido, aspi-

rando a convertirse en nobilísima lengua literaria, vehículo de las más variadas y hermosas formas del pensamiento. Estos mismos eruditos, cuando quieren manifestar el fondo lírico de su espíritu, se expresan en gallego-portugués, lengua sonora y elegante, tejida de sentimientos, hecha para desahogar el afecto y la ternura.

Con el gallego-portugués comparte el dominio de la lírica el lenguaje provenzal, traído a España por los juglares de ultrapuertos, que pueblan de sonoridades el *camino de Santiago* e importan en nuestra lengua los primeros galicismos.

A través de los árabes, a las plazas de Compostela llegan, también, los ecos de la brillante poesía de las minúsculas cortes de Taifas: poesía que, alejada del aire libre del desierto, se pulverizaba en mil varias irisaciones en los surtidores de los patios andaluces y se afinaba con ritmo voluptuoso en la atmósfera cargada del harén.

En medio de este enjambre de mundos literarios en germinación, que forman como una nebulosa, semejante a la vía láctea o *camino de Santiago,* nace la *Crónica Compostelana* como una manifestación más de aquella literatura latina cultivada por los doctos, que parecen empeñados en prolongar artificialmente su vida y en prepararle una muerte suave destilando sobre ella el jugo narcótico de mil flores retóricas. Porque el estilo de la *Crónica Compostelana* no es el estilo árido y seco de los *Cronicones latinos.* La narración ya no se contenta con darnos por manera fría, impersonal y escueta la noticia de una batalla, de la muerte de un rey, o de la conquista de una plaza fuerte, sino que gusta de revestirse de plasticidad y colorido para halagar nuestra imaginación y ganar nuestra simpatía y entusiasmo. Los autores que la escribieron tuvieron un propósito bien definido; y si trataron, alguna vez, de celar sus sentimientos, no lo hicieron de manera que no se transluzca siempre el amor del panegirista asalariado o el odio del libelista. Pues no se ha de negar

que algo de panegírico y de político libelo hay en esta obra empeñada en levantar la figura del Gelmírez hasta las estrellas y en deprimir hasta el abismo a sus émulos y adversarios.

¿Quiénes fueron los autores de esta curiosa obra, último resplandor de una literatura que fenece, que se escribe por los mismos días en que se rima el poema de *Mio Cid,* y que viene a ser lazo de unión entre el espíritu culto en decadencia y el espíritu popular que se levanta? El P. Flórez, que editó por vez primera la *Crónica Compostelana,* como otras muchas de nuestras crónicas primitivas, dice que los autores fueron tres: el tesorero Munio Alfonso, el arcediano Hugo y el maestrescuela Giraldo o Gerardo. López Ferreiro, en su monumental *Historia de la iglesia de Santiago,* basándose en la repetición del relato de algunos hechos y en lâ diversidad de métodos de narrar, afirma que, sobre los tres autores dichos, fueron varios los que colaboraron en la *Compostelana.* López Ferreiro no determina número ni cita nombres. Pero así es. Si hemos de atender al estilo, es fácil señalar hasta siete plumas distintas en la redacción de la obra, tal como ha llegado hasta nosotros.

El primero, llamado Munio, o Nuño, Alfonso, parece haber sido santiagués o, por lo menos, gallego. Fué de los primeros canónigos nombrados por Gelmírez y gozó en la iglesia compostelana la dignidad de tesorero. Varón culto, de fidelidad inquebrantable y de acendrado espíritu religioso, mereció ser promovido, en 1112, a la sede de Mondoñedo. Muy modesto en sus aspiraciones y hastiado por las vejaciones y violencias que hubo de sufrir, suspiró siempre por la paz de su hogar compostelano. A él se retiró en 1134. Compró en la amena ribera del río Sar una extensa heredad con el propósito de edificar en ella una iglesia y un convento de la regla de San Agustín, donde pensaba pasar sus últimos días entregado a la oración. Murió el 26 de junio de 1136 sin ver realizados sus deseos. Pero dejó ya

edificada la iglesia y la colegiata de Santa María de Sar. Su cuerpo descansa en la catedral compostelana.

Munio Alfonso fué el iniciador de la *Crónica* por encargo de Gelmírez, que, valiéndose de su diligencia, quiso dejar en la memoria de los venideros un perenne monumento, así de sus hazañas como de sus trabajos por la exaltación de la iglesia de Santiago. Escribió hasta el capítulo 83 del libro I, teniendo que dejar el relato para ir a regir la diócesis de Mondoñedo.

Munio Alfonso tiene un concepto pragmático de la historia. Escribe para edificación y escarmiento de los lectores. Munio Alfonso deriva su teoría de San Pablo; pero la raíz de ella es mucho más lejana: está en los historiadores latinos a la manera de Tácito y Tito Livio, que la tomaron de Tucídides y Polibio. Hay que confesar que su estilo nada tiene que ver con el de estos autores. El lenguaje es descuidado y bárbaro. Y aunque la narración es, por lo general, fácil y suelta, no tiene nervio y es floja y desleída, y está plagada de asonancias internas, herencia, sin duda, de la literatura litúrgica visigoda. Munio Alfonso debía no ser mal versificador latino, porque abundan en su historia versos de una y otra medida. Le faltaba, con todo, para ser verdadero poeta, plasticidad y colorido.

Como historiador no se le ha de negar diligencia y puntualidad en la narración de los hechos y seriedad en la elección de los documentos, que, ordinariamente, copia íntegros, para dar mayor autoridad a lo que cuenta. Pero carecía de penetración psicológica y de aquel don que tanto estimamos en los autores clásicos de darnos en dos palabras el retrato acabado de un tipo o de un carácter. La narración corre fría y desvaída. A veces, con todo, la pasión política le hace vibrar y estremecerse y prorrumpir en elocuentes protestas de indignación, como, cuando narrando los desafueros y violencias de Alfonso el Batallador por tierras de Castilla, exclama: "¿A qué recordar la gloria de los próceres españoles, convertida de repente en deshonor, y el

hambre y la desnudez de los pobres, oprimidos con todo género de vejaciones? ¿Cómo contar las iglesias españolas violadas y destruídas por el aragonés, con agravio de toda ley divina y humana? ¿Cómo expresar el nefando crimen con que hizo cautivo y expulsó al metropolitano de Toledo, varón venerabilísimo y legado de la Iglesia Romana? Por si eso fuera poco, redujo, además, a cautiverio a los obispos de Palencia, Osma y Orense; y tras de afrentarlos con toda clase de vituperios, arrojó de su iglesia al abad de Sahagún y expulsó de sus sedes a los prelados de Burgos y de León. ¿Qué más? Merced a su violencia fueron desterradas las leyes y la justicia y se entronizaron, en lugar de ellas, el fraude y el perjurio con todo su séquito de males."

En estas ocasiones, muy escasas, por desgracia, logra interesarnos y aun conmovernos con el espectáculo apasionado de la vida que palpita en el fondo y que es como un anticipo de nuestra historia artística.

El período historiado por Munio Alfonso abarca únicamente desde el año 1095 hasta el año 1113; pero tiene, como introducción, una breve historia de la Diócesis iriense o compostelana, desde sus orígenes hasta los días de Gelmírez. A partir de esta fecha, el relato de Munio Alfonso comienza a extenderse y a dilatarse, contándonos por menudo la elección y consagración del arzobispo, la concesión del palio, los primeros pasos dados por Gelmírez para ensalzamiento de la iglesia compostelana y los primeros sucesos de la turbulenta minoría de Alfonso VII.

A través de la narración, Munio Alfonso se nos aparece como un hombre amable, de finos y delicados sentimientos, que gozaba con la armonía y suavidad de la música, que apreciaba la amistad y la fidelidad, que estimaba las obras de arte y que se deleitaba en ir a Padrón para abismarse en la contemplación de la Naturaleza, para perderse en el ideal camino de una vela

blanca sobre las ondas azules y para ver salir el sol sobre las aguas del mar.

El segundo autor de la *Crónica* es el arcediano Hugo, francés de nación, que parece haber venido a Compostela el año 1094 con el obispo Dalmacio Geret, monje de Cluny, varón de no común ilustración, virtud y prudencia. Fué Hugo hombre de la confianza de Gelmírez, que le nombró su capellán, primero, y luego arcediano. En 1112 fué consagrado obispo de Oporto, y en Oporto murió el año 1136. La colaboración del arcediano Hugo en la *Crónica Compostelana* fué muy escasa. Se redujo, por lo general, a suministrar datos e informes a Munio Alfonso para que compusiera la obra. Hugo no redactó personalmente más que el capítulo XV del libro I, en que se narra el viaje de Gelmírez a Portugal, en el otoño de 1102, y la traslación de las reliquias de Portugal a Santiago. El arcediano Hugo, que acompañó a Gelmírez en la expedición, cuenta, con animación y viveza, los lances de aquella especie de piadoso y sagrado latrocinio, que nos recuerda el consumado en Troya por Eneas.

El estilo de Hugo, en lo poco que escribió, no es más escogido que el de Munio Alfonso; pero nos da la impresión de algo vivo y palpitante, de algo que conserva todavía la vibración de la ira popular y de los sobresaltos y temores de la fuga, a la manera que el caracol marino conserva el eco de las tempestades del océano.

Las pocas páginas que compuso nos le muestran como un hombre piadoso, dulce y conciliador, educado y urbano, enemigo de toda violencia y amigo de la hospitalidad.

Mucho más exquisito literato que los dos anteriores es Giraldo, autor de la mayor y mejor parte de la *Crónica.* Era francés, como el arcediano Hugo, y, según nota el P. Flórez, parece haber sido natural de Beauvais. Amigo y confidente de Gelmírez, fué uno de los miembros más esclarecidos del Cabildo compostelano, en el cual desempeñó la dignidad de maestrescuela.

Sus cualidades de tacto, de prudencia y de hábil diplomacia hicieron que fuera elegido por Gelmírez como legado para ir a Roma a fin de rendir acatamiento al recién elegido Pontífice Calixto II, y a fin de recabar de él la dignidad metropolitana para la sede de Santiago. Su figura, de preponderante importancia en todos los asuntos de la iglesia compostelana, se eclipsa de repente en 1125, lo que nos lleva a creer que murió por entonces. El período historiado por Giraldo abarca doce años: desde 1113 a 1125, y es el más interesante de la vida del arzobispo. Se abre con las hostilidades de Alfonso el Batallador, en Castilla, y se cierra con la muerte de D.ª Urraca, acaecida en Saldaña el 8 de marzo de 1126. O sea desde el capítulo 83 del libro I hasta el 81 del libro II.

Período tan dramático hubiera bastado a cualquiera para escribir páginas de intensa emoción y colorido, y mucho más a Giraldo, hombre de fina sensibilidad artística, de rica imaginación, de palabra dócil y de afecto vehemente y apasionado.

La narración de Giraldo corre impetuosa y fulgurante, dándonos la impresión de una tormenta en tierras montañosas donde el paisaje refleja y multiplica el sonido del trueno y la luz del relámpago.

Tenía Giraldo excelentes condiciones de historiador a la manera clásica. Sabe dar unidad orgánica a la narración, como si fuera un poema o una novela; gradúa los efectos; subordina las acciones secundarias a la principal y constituye a su héroe en eje dramático del relato. En época menos bárbara y de mayor florecimiento de las letras, Giraldo hubiera podido emular la gloria de Tácito. Porque, como Tácito, poseía el don de la caracterización psicológica; conocía y sabía poner de manifiesto los más secretos resortes de la voluntad y de las acciones humanas, y tenía el arte de dar a las cosas plasticidad y colorido, señalándolas con su predilección y simpatía o marcándolas con el estigma de su odio o de su desprecio. Lástima es que no fuera él el encargado

de escribir toda la *Crónica Compostelana.* Porque hubiera tenido una unidad de pensamiento, de método y estilo de que carece, y hubiera sido, dentro de la literatura románica del siglo XII, lo que es el *Pórtico de la Gloria* en arquitectura. Aun así, hay en lo que escribió cualidades y excelencias que no sólo le ponen muy por encima de sus colaboradores, sino que le levantan y equiparan a los historiadores de gran estilo. Véase, por ejemplo, con qué gallarda emoción y con qué vida y colorido describe, conciliando al artista con el historiador, el alboroto de los compostelanos contra la reina y el arzobispo. Dice así, traducido en prosa castellana:

"Agradó al obispo y a los circunstantes el parecer de la reina, y se ordenó a los conjurados, refugiados en la catedral, que depusieran las armas. Sabido lo cual por los traidores braman de coraje y, persiguiendo a los legados del obispo y de la reina, les amenazan con la muerte. Huyen los legados a las galerías del templo. Vociferan los criminales traidores. Llegan a los oídos de todos los gritos de los que pelean. Incéndiase el ánimo de los sediciosos y al fin declaran lo que por largo tiempo habían meditado. Alborótase la ciudad y todo el mundo se precipita a las armas. Más veloz que la noticia de un infausto suceso se propaga la fama de que los soldados del obispo y de la reina habían atacado a los compostelanos refugiados en la catedral. De nada sirvió entonces que algunos canónigos y ciudadanos quisieran desenmascarar tamaña invención. ¿Qué vale un puñado de hombres contra tantos millares? Los cómplices de la traición se lanzan al combate y, rodeados de sus allegados y conocidos, tratan de perder al obispo y a la reina. Los cuales, luego que oyeron el clamor y alboroto de la ciudad, excitada contra ellos por aquellos compañeros de Judas, comenzaron a temer, sobre todo cuando vieron que la sedición, lejos de aplacarse, cobraba incremento y que los revoltosos tenían ya cercados y guerreaban con sus armas la iglesia de Santiago y los palacios

del obispo. Ignoran qué partido tomar contra tan nefanda osadía. Es combatida la iglesia apostólica con frecuentes asaltos. Vuelan sobre el altar las piedras, los dardos y las saetas, y un ataque sucede a otro ataque. ¿Qué no osarán las manos criminales? Al fin ponen fuego a la iglesia de Santiago y logran incendiarla por dos lados, pues una gran parte de la techumbre estaba cubierta con tablas y ramas de tamariscos. ¡Oh qué grande maldad! Sin consideración al precioso patrono, quémase el templo del Apóstol, tan digno y venerando. Y las llamas suben al cielo, ¡ay dolor!, y por todas partes dan horrendo espectáculo. Y los que lo contemplan, ya sean mujeres, ya varones, maldicen a los autores de tan espantoso delito y lloran y gimen temiendo el castigo de Dios. ¡Ay, cuán grande fué, en aquella ocasión, el llanto de los peregrinos que de diversas regiones habían venido a visitar el cuerpo del Apóstol!

Cuando la reina y el obispo vieron el incendio de la iglesia y que los amotinados y sus cómplices estaban dispuestos a toda maldad, juzgándose poco seguros en los palacios, se refugiaron con su séquito en la torre de las campanas. Suben entonces los compostelanos a las galerías de la iglesia, penetran en el palacio del obispo y se entregan al saqueo y al pillaje. Vestidos, vasos de plata y oro y cuantas cosas pertenecían al obispo y a la reina son presa de los conjurados, que todo lo rompen y destruyen. Invaden luego la torre del palacio y se aprestan a combatir con su ejército la torre de las campanas, donde la reina y el obispo intentaban todavía defenderse. Ocupaban los conjurados los tejados de la iglesia, las torres y los alrededores, y comienzan a asediar y combatir la torre con piedras y saetas, amenazando al obispo, a la reina y a sus secuaces con la muerte. Mas ellos, a pesar de la inferioridad del lugar y dèl número, se defendían bravamente y respondían a las armas con las armas. Largo tiempo se prolongó la contienda. Al fin, viendo los compostelanos la resistencia de tan pocos contra tanta muchedumbre y que no siem-

pre les era favorable la suerte, apelan al incendio como arma suprema. Protegidos con los escudos, unidos en forma de concha de tortuga, introducen fuego por la ventana que había en la parte inferior de la torre y lo ceban con leña. ¿A qué decir más? La torre fué presa de las llamas, viéndose los sitiados en grave peligro."

Con el mismo recio, movido y apasionado estilo sigue contando Giraldo la salida de la reina y la afrenta que padeció en su persona y vestidos, la muerte en el combate de Gundesindo y de otros caballeros y la fuga de Gelmírez disfrazado con un viejo y grueso manto. Todo lo cual nos persuade, una vez más, de que Giraldo fué un historiador malogrado que no rindió el fruto que de su ingenio y cualidades se podía esperar. Con todo, en el relato de Giraldo vive y alienta aquella Castilla de los días de Alfonso VI, vigorosa y activa, juvenil y emprendedora, que empieza a luchar por la supremacía. Aquella Castilla que el historiador recordaba con inefable melancolía en las anárquicas y luctuosas jornadas de la minoría del nieto, las cuales hacían temer, no sin harto motivo, que los gloriosos ideales de Imperio y de restauración nacional concebidos y acariciados por el conquistador de Toledo se disiparan como el humo. Giraldo se rebela noblemente contra esta idea. No; Castilla se levantaría de aquella accidental y pasajera decadencia. Alfonso VII heredaría, con el trono, las cualidades y altos pensamientos de su abuelo, y Gelmírez sería su hombre de acción, su Cid, merced a su voluntad ambiciosa y a su energía.

Dada esta situación de ánimo, se comprende muy bien el apasionamiento de Giraldo por el arzobispo, la ternura hacia el rey infante y su ira, y hasta su odio, contra los que no le favorecían y ayudaban. Así, reprocha y maldice la liviandad, inconstancia y volubilidad de la reina; la flojedad, pereza y afeminamiento de los soldados castellanos, en otro tiempo tan guerreros, pacientes, audaces y valerosos; la perfidia, doblez y desleal-

tad de los condes gallegos, que le llevan a afirmar, con manifiesta injusticia, que en sus tierras ni siquiera había noción de lo bueno y de lo justo, y, en fin, la codicia, la impiedad y la ausencia de todo escrúpulo del rey aragonés, a quien concede la grandeza del mal considerándole como una cifra y quintaesencia de todos los vicios.

Todo lo cual, si resta méritos al relato de Giraldo, como obra histórica, por su falta de objetividad e independencia, se los añade como obra literaria y hasta como obra humana, en la que se pintan y retratan en actitudes casi épicas y sublimes los sentimientos, intrigas y pasiones de toda una época.

Hombre fino y culto, tenía Giraldo un alma de burgués amiga de la moderación y de la prudencia, del orden y el sosiego. Y no podía menos de sentirse incómodo y molesto en aquella sociedad inquieta y efervescente, erizada de lanzas y de espadas, que no había encontrado todavía su cauce. Giraldo rehuía las emociones fuertes y gustaba del vivir confortable y de pasar sus ocios leyendo junto al fuego a Horacio y a los buenos poetas latinos, mientras la lluvia azotaba las calles de Compostela y chisporroteaban alegremente los leños en el hogar. Tenía, además, sus delicias en salir a conversar con sus amigos y con los peregrinos franceses en las plazas y en tomar el sol, cuando lo había, en los amenos campos circundantes. ¿Qué extraño que le desagradaran los movimientos y alborotos que traían perturbación a sus gustos y a su vida? En cambio, se le ensanchaba el corazón y se sentía feliz cuando, llegada la hora de la paz, trasponía los Pirineos y espaciaba la mirada por los dulces campos de su tierra nativa; cuando visitaba y trababa conversación con sus viejos amigos y allegados, y cuando gozaba unos días de sosiego en los claustros del monasterio de Cluny. El sentimiento de añoranza y melancolía con que miraba todo lo francés era como un vidrio oscuro que le hacía ver la vida española más ruda y sombría de lo que era en realidad. Por lo cual el relato de Giral-

do, aunque muy estimable y precioso, no puede servir de fuente única para quien quiera conocer la historia de Galicia y de Castilla y, en general, de la España cristiana en el período por él narrado.

A partir del relato de Giraldo, si hemos de fiarnos del estilo, cuatro fueron los autores que colaboraron en la redacción de la *Crónica Compostelana,* todos ellos anónimos. Y como de ellos nada se sabe, es muy poco lo que de cada uno puede decirse.

El primero escribe desde el año 1126, en que se hunde en la sombra la figura de Giraldo, hasta el año 1128. O sea desde el capítulo 81 hasta el final del libro II. El estilo de este autor, flojo, abundante y descuidado, nada tiene de común con el estilo nervioso y conciso de Giraldo. Le faltan, además, aquel poder de síntesis, aquella fuerza de pasión y aquel interés que hacen tan simpática la narración del escritor de Beauvais. Su latín es también mucho más sencillo y vulgar, como derivado, no de los grandes historiadores latinos, sino de los historiadores eclesiásticos. Quienquiera que lea, por ejemplo, el capítulo 86, advertirá fácilmente que el pasaje en que el obispo se niega a satisfacer la avaricia del rey está inspirado en las *Actas del martirio de San Lorenzo.*

Por otra parte, hay en el autor un propósito moral manifiesto. Así, diserta sobre la envidia, causa primera de la ruina del género humano, de la muerte de Cristo y de las alteraciones de los pueblos, cuyos males ni la mente puede comprender ni la lengua explicar.

El segundo autor anónimo de la *Crónica* compuso los treinta y cinco primeros capítulos del libro III, que comprenden el relato de los hechos acaecidos entre 1128 y 1133. La repetición de los motivos de la composición de toda la obra que en el prólogo se hace bastaría, por sí sola, para convencernos de que fué distinta de los anteriores la pluma que los redactó. Añádese que los primeros autores de la *Compostelana* nunca pensaron en es-

cribir más de dos libros, y así se dice expresamente en la introducción al libro I. Un tercer libro sobre las cosas del arzobispo, cuando para ellas se destinaba todo el libro II, nunca estuvo en su mente. El anónimo autor de estos treinta y cinco primeros capítulos es más literato que el anterior, aunque no tanto como Giraldo. Tiene un estilo fácil y abundante y es excelente observador y psicólogo. A través de su narración podemos admirar una variada galería de semblanzas o retratos morales, hechos con rapidez, seguridad y precisión, que, aun en medio de su primitivismo, nada tienen que envidiar a los que siglos más tarde habían de trazar con clásica pluma Fernán Pérez de Guzmán en las *Generaciones y semblanzas*, y Hernando del Pulgar en los *Claros varones de Castilla*. Son como retratos románicos, de colores simples e intensos, de sobrio y elegantísimo dibujo, llenos de vida y lozanía, que se graban profundamente en la imaginación y en la memoria. ¿Quién no recuerda a aquel Arias Pérez, uno de los más esforzados y diestros guerreros de Galicia, pérfido y engañador, elocuentísimo en la conversación y habilísimo en el manejo del sofisma, que hacía parecer lo negro blanco y lo blanco negro? ¿Cómo olvidar a D. Pedro, conde de Traba, hombre de gran autoridad y poder, sabio y discreto, y a la condesa D.ª Mayor, dechado de virtudes, cuya prudencia, sabiduría y discreción corrían parejas con las de su marido? Con resplandeciente vida inmortal vivirán siempre en nuestra memoria el archidiácono Arias Muñiz, varón apostólico, lleno de mansedumbre y caridad, maestro de los rudos y amparador de los pobres, y el degradado abad del monasterio de Antealtares, especie de monstruo prodigioso de las fuerzas más oscuras y elementales de la humana naturaleza.

El año 1134 toma la narración el tercer autor anónimo de la *Crónica*, hombre de excelente formación literaria, de instinto musical y buen conocedor del genio de la lengua latina, aunque de escasa o ninguna imaginación, cuyo estilo corre con cadencia

flúida y sonora que recuerda el ritmo y el número clásicos. Su relato se extiende desde el capítulo 36 del libro III hasta el capítulo 45 del mismo libro y comienza con una breve introducción para reanudar el hilo de la crónica. Narra las construcciones arquitectónicas del arzobispo, sus desavenencias con el conde Fernando y la conjuración del archidiácono Pedro Helías y del arquitecto y tesorero Bernardo para obligarle a renunciar la mitra. Breve fué la colaboración de este autor en la *Crónica Compostelana.* Historió solamente dos años, dejando bruscamente interrumpida la narración en los últimos sucesos de 1135.

Por dicha, años más tarde, muerto ya el arzobispo, una cuarta pluma, anónima también, prosiguió la *Crónica,* dándonos el relato de los hechos acaecidos desde los primeros días del año 1136 hasta 1140. López Ferreiro juzga que el autor de esta última parte de la *Crónica* pudo ser el maestro Rainerio, natural de Pistoya y educado en Inglaterra, que había venido a España en 1134 y a quien Gelmírez había conferido la dignidad de maestrescuela. López Ferreiro basa su opinión en la tendencia de Raineiro a exornar la narración con símiles tomados principalmente de la Sagrada Escritura, tendencia que se manifiesta también en las cartas que de él se conservan dirigidas al obispo de Pistoya San Attón.

Varón muy versado en las sagradas letras y no desconocedor de las profanas, es un historiador moralizador, enamorado de la filosofía de Cicerón, a quien llama supremo filósofo en su tratado *De Amicitia.* Con un estilo medio, entre la elegancia y el desaliño, plagado de reminiscencias de los libros sagrados, nos cuenta las vejaciones y persecuciones de que fué blanco el arzobispo, recargando las tintas del cuadro a fin de hacer resaltar más, con el contraste, la magnanimidad y generosidad de Gelmírez, que, a pesar de la edad y de los achaques, estaba lleno de afabilidad y clemencia y que, olvidado de las injurias, se mostraba siempre partidario de la conciliación y de la paz.

Fruto de la colaboración de muchos autores, la *Crónica Compostelana* se nos presenta como una de esas catedrales que han tardado siglos en edificarse y donde cada maestro y arquitecto ha dejado la huella de su genio. A semejanza de esas catedrales, la *Crónica Compostelana* carece de unidad de estilo y hasta de plan. Pero eso mismo le da una variedad y un encanto singular que en balde buscamos en otras obras. En la *Crónica Compostelana* no nos sentimos subyugados por la unidad, sino por la pluralidad de muchos sonidos acordes que vienen a darnos aquel placer que resulta de los coros de muchas voces donde se persigue una fundamental melodía. Porque todos los autores de la *Crónica Compostelana* se coordinan armónicamente en la exaltación, poco menos que ditirámbica, de Gelmírez y en la depresión y rebajamiento de sus adversarios.

Hay en los siete autores de la *Crónica Compostelana* una preocupación artística y literaria que no se encuentra en los cronistas anteriores, si se exceptúa al anónimo autor del *Cronicón Silense*, y que es como vaticinio y pregón de un futuro florecimiento de las letras nacionales próximo a despuntar. Su erudición no se nutre únicamente de los hechos que narran. Todos ellos conocen al dedillo la Sagrada Escritura; son asiduos lectores de San Gregorio y de San Agustín; saben los proverbios de los filósofos profanos; se recrean con Virgilio y con Cicerón y les son familiares la fábula de las Sirenas y la historia de Craso, avariento dictador romano.

No les son tampoco desconocidos los relatos épicos que por estas fechas corrían ya en boca de los juglares y eran recitados en las plazas de Compostela sobre el último rey godo, los infantes de Lara, el infante García y otros héroes nacionales, adelantándose al del Cid, que se rimaba por entonces. Y así, con frecuencia, salta en la narración la frase de sabor y colorido y grandeza épica. El sudor mana a torrentes de los miembros de los que pelean. Los revoltosos bullen como leones agitados por el

hambre al ver la presa desde la jaula, y el ruido que levantan es semejante al fragor del trueno. Los caballeros se alegran con el peligro de la guerra más que con la tranquilidad y deleite de la paz. La tristeza invade al arzobispo como negra tiniebla. Los enemigos le persiguen como los lobos al rebaño, como los fariseos a Cristo, y las piedras caen sobre él como la espesa lluvia que acarrean en el invierno el Euro y el Bóreas.

Hasta en el método mismo de relato hay mucho del método propio de la épica popular naciente. Y usan con sobriedad las comparaciones y excitan el interés con la interrogación y recurren a la exclamación para hacer más patética la historia.

II

No se crea que son únicamente los valores literarios los que hacen estimable la *Crónica Compostelana.* A pesar de la parcialidad y pasión que los siete autores muestran, por lo común, en las cosas del arzobispo, no se puede negar que hay en todos ellos un recto y hondo sentido histórico. Y así atienden a señalar puntualmente los nombres y las fechas y a relatar los sucesos, dándonos las fuentes que han sido su origen y en las cuales se basan. Por donde podemos decir que esta crónica es el primer ensayo de historia razonada o genética que se compone en nuestra Patria. Cabe, sí, y hay parcialidad en la exposición y en la interpretación de los hechos; pero de la realidad de los hechos mismos no podemos dudar, porque de ella dan fe y la están pregonando a gritos las cartas y despachos de papas y reyes, los decretos de los Concilios, los contratos, los privilegios, las confirmaciones y los documentos públicos y privados de todo género que en la *Crónica* se insertan. Cuando se peca no es por fingir historia, sino por ver con mirada miope las cosas, por una sola

cara, como acontece en las relativas al Batallador. De ahí que, si no toda, siempre conozcamos, a lo menos, parte de la verdad.

Muy largo sería analizar por menudo otros valores harto preciosos que en la *Crónica* se encierran, en los cuales no han reparado hasta ahora, que yo sepa, los historiadores. Y, en primer lugar, el sentido hispánico.

Nadie, antes de estos humildes cronistas, expresó con tanta fuerza y amplitud el carácter nacional de nuestra Cruzada. Triunfando o sucumbiendo en la lucha, todos los españoles se mueven y combaten briosa y desesperadamente por el mismo sublime ideal. El concepto de España no es ya una abstracción que vive únicamente en el pensamiento de los doctos, sino una realidad amabilísima, clara y tangible, que está en el corazón de todos y que es menester ir ganando palmo a palmo. La restauración de las Españas y del Imperio es aspiración común a todas las gentes de los reinos peninsulares. Y si distraídas accidentalmente llegan por acaso a olvidarlo, no faltan voces graves y autorizadas en el extranjero que los amonesten y les hagan tornar en su acuerdo. En 1101, por ejemplo, el Papa Pascual II se conduele en carta a Gelmírez del triste infortunio de los cautivos cristianos españoles, y prohibe a clérigos y guerreros que peregrinen a Jerusalén abandonando la patria. En otra carta al rey, escrita el mismo año y fechada, como la anterior, en Amalfi, vuelve a repetir lo mismo, y concede indulgencia plenaria a cuantos se empleen en combatir a los árabes en tierras de España. Y en 1109 da un decreto expreso en ese sentido.

Si algunos caballeros españoles necesitaban que les predicaran los ideales patrios, no lo necesitaba, ciertamente, Gelmírez, que era, en su tiempo, como el representante y la suprema encarnación de ellos. De la fuerza y entusiasmo con que los sentía nos dan excelente prueba la prisa con que en 1108, tras la rota de Uclés, donde perdió la vida el infante D. Sancho, acudió a contener a los moros; el generoso ardor con que planeó y llevó

a término dichoso, en 1120, la batalla naval contra los corsarios musulmanes, y la resolución con que se prestó siempre, el primero de todos, a defender la tierra. Todo lo cual le valió, con justicia, el dictado de *escudo de la Patria* y que se dijera de él en proverbio: *el obispo de Santiago es báculo y ballesta.*

Con razón subraya la *Crónica* el ánimo con que juntó gruesos ejércitos, equipó naves, montó astilleros y construyó escuadras para quebrantar el creciente poder de los árabes y limpiar de piratas los mares de España. No contento con esto, en el Concilio celebrado en Compostela el año 1125 promueve una universal cruzada contra los moros y exhorta por medio de cartas a todos los príncipes y obispos de la cristiandad a acudir a ella, incitándoles a "buscar por Occidente un camino más breve y menos trabajoso para llegar al sepulcro de Cristo"; con lo que establecía implícitamente la redondez de la tierra y la posibilidad de llegar por Occidente a las costas de Asia, pensamiento fecundo que originó siglos más tarde el descubrimiento de América por Colón: *Ita et nos Christi milites efficiamur, et ejus hostibus debellatis pessimis Sarracenis, "iter quod per Hispaniae partes brevius, et multo minus laboriosum est, ad idem Dni. sepulchrum ipsius subveniente gratia aperiamus".*

Nadie, como Gelmírez, sentía el menoscabo y afrenta de la Patria. Y nadie, como él, deploraba los bandos y parcialidades en que estaba dividida, que, además de consumir su fuerza interior, la ponían en grave peligro de ser combatida, con fortuna, por los enemigos externos. Con fervoroso ahinco se dedicó Gelmírez a aplacar y remediar estos males. A este fin, no duda en rogar al Papa, el año 1112, que intervenga para atajar la guerra civil entre D.ª Urraca y el rey aragonés, que causaba en España mayores y más graves daños que las incursiones y guerras de los moros. La misma solicitud por la paz interior le lleva a convocar un Concilio general en Palencia, el año 1129, en el que se trata de poner remedio a todas las calamidades nacionales.

Grande es la importancia que la *Crónica* concede a los ideales caballerescos, adelantándose a los libros de caballería. Castellanos, gallegos y leoneses combaten por mantener el nombre y la dignidad de sus reyes. El sentimiento de lealtad a su señor, de rebeldía contra el tirano, de protección y auxilio a la reina viuda y al rey niño mantiene a los gallegos en la pelea; y los mismos caballerescos ideales y una causa justa les saca triunfantes sobre los aragoneses. "¡Oh cuán distinta, exclama la crónica, era la causa que a unos y a otros empujaba a la guerra! Iban los gallegos movidos por las leyes, por el derecho, la paz y la justicia. Mientras que conducidos por sus contrarios se arrojaban a todo crimen los aragoneses." Los cronistas exaltan el valor de los soldados, alaban la divina temeridad con que se afronta y vence el peligro y odian el afeminamiento, la pusilanimidad y la cobardía. Nada más grande, para ellos, en la tierra, que el sentimiento del honor, especie de maravillosa ley de gravitación universal que liga, rige y gobierna a los individuos dentro de la sociedad. El honor enciende las guerras y dicta los tratados de paz. El honor, como más tarde, en los días de Calderón, está sobre la propia vida. Y cuando el conde Munio Peláez de Monterroso y el conde Velaz de Sarriá juran defender el honor del obispo, saben que se obligan a ello con su sangre.

Aspecto interesantísimo de la *Crónica* es el que se refiere a las relaciones internacionales de la España cristiana en los días de Gelmírez. La España cristiana no sólo rompe su aislamiento y toma parte y se sienta dignamente en el concierto europeo, sino que comienza ya a pesar en el orden internacional. Lo cual se ha de atribuir al comercio y a las gestiones diplomáticas de Gelmírez. Que la ciudad de Santiago era en el siglo XII un centro activísimo de comercio, tanto interior como exterior, es cosa que no puede ponerse en duda. Mercaderes ingleses y franceses hacen comercio con Santiago, restando importancia y llegando a eclipsar al centro mercantil de Sahagún, donde en tiempo de Al-

fonso VI traficaban mercaderes gascones, bretones, alemanes, ingleses, borgoñones, provenzales y lombardos. Gelmírez les favorece y castiga severamente a los que les inquietan y molestan. El capítulo dieciocho del libro III de la *Crónica Compostelana* nos habla de una famosa expedición de estos mercaderes que llegó a Padrón el año 1130. El valor de las mercancías se elevaba a 22.000 marcos, que hacían 176.000 onzas de plata. Entre los cánones o decretos del concilio XII de Santiago se dictó uno prohibiendo prender y embargar a los mercaderes y peregrinos, a no ser que dieran grave motivo para ello. En el concilio celebrado en León el año 1114 se manda respetar a los negociantes, peregrinos y labradores, a fin de que puedan transitar seguros por las tierras, y se defienden sus personas y haciendas contra toda osadía. Y, con frecuencia, se presentan demandas y reclamaciones ante los condes a fin de que los mercaderes puedan moverse y ejercer libremente su oficio.

Protegido por Gelmírez, pronto fué Santiago un florecientísimo emporio de riqueza. El *Códice de Calixto II* nos dice que había cambistas y mercaderes que moraban en la ciudad cerca de la puerta del camino. Estando en cierta ocasión necesitado de recursos el rey Alfonso VII, envía a Compostela un preciosísimo cáliz de oro, porque en ninguna otra parte de España podía ser vendido con mayor lucro. En Santiago se conocía y usaba toda clase de moneda extranjera. Maravedís de oro, sueldos pictavienses, sueldos de Tolosa y de Milán son regalados a Calixto II por Gelmírez.

Mérito sobresaliente de Gelmírez es, tras de haber creado la marina nacional, haber creado la diplomacia española. El arzobispo compostelano traba contacto y mantiene relación con los principales Estados europeos. Raro es el año que no envía legados al Papa. Y él mismo acude a Roma por dos veces. Es personal amigo de la reina D.ª Teresa de Portugal, de Calixto II, de la condesa de Flandes, de los cardenales Bosso y Deusdedit, de

Guillermo VIII, duque de Aquitania, del abad de Cluny y de otros personajes no menos ilustres e influyentes. Merced a esto, no hay asunto importante, a la sazón, en Europa que no tenga en España eco y resonancia; así como los asuntos de la Península suscitan también repercusión más allá de los Pirineos. La *Crónica Compostelana* nos transmite el encono y la violencia de la lucha por las investiduras; el cisma ocurrido a la muerte de Honorio II, en el que el antipapa Pedro de León, que había usurpado el nombre de Anacleto, se esforzó vanamente en atraer a su partido con promesas y halagos a Gelmírez; el reconocimiento de Inocencio II como verdadero papa en el Concilio de Etampes, gracias al apoyo de Luis el Gordo, de Francia, y de San Bernardo; la entrevista del Papa con Lotario, rey de Romanos, en Lieja, y el concilio general de Roma, donde se trata de dar solución al apremiante problema sarraceno. La persona de Gelmírez llegó a tener tal importancia en el terreno internacional, que los príncipes procuran su amistad; los monjes de Cluny le dan carta de hermandad, haciéndole participante en los méritos de sus buenas obras, y Veremundo, patriarca de Jerusalén, acude a él solicitando su protección y auxilio en el hambre terrible que por los días de 1121, junto con las correrías y embestidas de los árabes, asoló y devastó las regiones de Palestina.

El mérito de la *Crónica Compostelana*, más todavía que en los detalles, está en el fondo histórico de la misma. No hay valor humano, ético y social de la España cristiana del siglo XII que en la *Crónica* no se recoja, tallado y pulido como un diamante, a fin de que resalte y hiera más nuestra atención. Los cronistas gozan de la unión y de la amistad con espíritu benedictino; alaban la hospitalidad; manifiestan entrañas compasivas con los infortunados y se alegran con los dichosos. Persuadidos de la esencial igualdad de todos los hombres, tienen un concepto altamente humano del gobierno, de suerte que tiranizar a la criatura es hacer agravio al Criador; se conduelen con los menes-

terosos, viudas y pupilos, y son magnánimos en conceder perdón, porque saben que las faltas de los hombres nacen más de flaqueza que de malicia. Aman a la patria y al rey que es como su rostro y encarnación. Y aunque el rey peca gravemente contra el arzobispo, éste no quiere descargar sobre su frente el rayo de las penas canónicas por el daño que a España y a la Iglesia se seguiría. Aprecian la armonía del canto litúrgico y son estimadores de toda manifestación artística. Así, se alegran con el fulgor de los metales preciosos, de las púrpuras y de las sedas; se extasían ante los esmaltes, las piedras talladas y los camafeos del antiguo altar románico de la catedral compostelana, y gustan de los objetos de cristal de roca primorosamente labrados. Hasta el mismo paisaje suscita en ellos una vibración estética. Y si las profundas hoces de los ásperos y pedregosos montes de Asturias les dan cierto estético terror dramático, los plácidos valles de Galicia les serenan y deleitan. Todo lo que vive y se mueve, vence y supera a la Naturaleza muerta y pone en ella decoro y hermosura, como el árbol en el paisaje y el pez en las aguas quietas del lago. Hay, además, en ellos un afán nobilísimo de superación y de progreso. Y ven con alegría que se atajen los abusos de la ordenación política y económica de entonces. Gelmírez no descansa hasta que el conde D. Ramón suprime el portazgo de Puente Sampayo, que daba ocasión a mil vejámenes sobre los viandantes, que a veces eran despojados de su dinero y hasta de sus vestidos. Gelmírez atiende a la sabia ordenación de la vida y pone tasa a las mercancías. Vela también por la recta administración de la justicia; cuida de suavizar las costumbres y funda la *paz de Dios.*

Por los autores de la *Crónica Compostelana* sabemos la servidumbre de una casa grande del siglo XII. La componían el capellán, el médico, el mayordomo, el repostero, el escanciador y el caballerizo. Y del séquito nos formamos una idea viendo el que acompañó a Gelmírez en su viaje a Aubernia el año 1118.

Ellos nos describen también los palacios de los grandes y de los reyes, las ciudades, las aldeas, las alquerías, las iglesias, las plazas, las fiestas religiosas, las coronaciones de los reyes, los monasterios, las casas de los burgueses, los tumultos, las asambleas, los regocijos populares, las paces y convenios, las luchas y banderías, las vejaciones y todo aquel conjunto de cosas que formaban aquella época tan singular, mezcla de refinada cultura y de desenfrenada barbarie. Por donde podemos concluir que nó hay monumento literario, anterior o contemporáneo, que nos dé un cuadro tan completo, y al mismo tiempo tan vasto, de lo que era la vida política, religiosa, militar, artística y social de la España cristiana del siglo XII. Y ese es cabalmente su gran mérito.

Capítulo aparte merecería el valor geográfico de la *Crónica*, que ni siquiera trato de apuntar.

Muy interesantes son las noticias que los autores de la *Crónica Compostelana* nos dan acerca de la cultura, ya artística, ya literaria, de Galicia en el siglo XII. Santiago era, por esta época, un centro artístico de primera clase. En Santiago se bordaba, se pintaba, se esculpía, se labraba la piedra con carácter propio y original. Se fabricaban, además, campanas, cruces, cálices, arquetas, vasos y toda clase de objetos en materias preciosas de oro y plata. Singular importancia alcanzó en tiempo de Gelmírez el arte de la encuadernación en metales nobles. El capítulo cincuenta y siete del libro II de la *Crónica* nos refiere que el obispo compostelano regaló a la catedral, entre otros muchos objetos de valor, dos evangeliarios con tapas de plata y otro con tapas de oro que restauró y compuso; un misal con tapas de plata y un epistolario con tapas de plata también.

Entre los artistas compostelanos de esta época se ha de hacer particular mención del tesorero D. Bernardo, hombre de vario y riquísimo ingenio, de sólida y vasta cultura, digno de parangonarse con los grandes genios del Renacimiento que fueron Vinci y Miguel Angel. Diplomático, arquitecto, escultor, pintor,

mecánico y calígrafo, fué autor del primitivo claustro románico de la catedral y de la primera parte del célebre *cartulario o Tumbo A*, que todavía se conserva exornado por él con elegantísimas viñetas y dibujos. Admirador de la Naturaleza, dió importancia singularísima a la flora, como elemento decorativo, dentro del arte de la época. Debió de ser natural de Compostela o de tierra muy próxima, pues era pariente del compostelano Pedro Helías, que sucedió a Gelmírez en el arzobispado. Al fin de su vida se indispuso gravemente con el arzobispo, y aunque éste trató de atraerle de nuevo a su amistad, no lo consiguió. Murió el año 1134, lejos de la patria chica, entre los chopos de Burgos, que, con nostalgia de caminantes en prisión, contemplaban y señalaban la vía láctea.

El mecenazgo de Gelmírez se extendió también a las Letras, dedicándose con entusiasmo a promoverlas, desde el principio de su pontificado. Antes de Gelmírez hubo ya en Galicia y en Santiago escuelas monacales y episcopales que atendían a la educación y a la formación de los niños y de los jóvenes, particularmente de aquellos que se sentían inclinados por divina vocación a la Iglesia. Así nos lo persuade el canon segundo del concilio compostelano de 1060, que manda fundar escuelas en todos los monasterios y parroquias canónicas. Y otros documentos de diversa índole vienen a confirmarlo. En un documento del monasterio de Celanova, fechado el año 1002, figuran como testigos los niños que asistían a la escuela de la abadía. Tres años más tarde, en 1005, los escolares provocan un incendio en el monasterio de San Pedro de Rocas. Y en la donación que el año 1037 hace Oduario Bermúdez al convento de Celanova dice que había enseñado allí las Letras. Sin temeridad podemos, por tanto, suponer que el monasterio de San Martín y la catedral tenían también en Santiago, en el siglo XI, sus respectivas escuelas. No hay efecto sin causa. Y en Santiago recibió esmerada instrucción en las artes liberales, por los días de 1053, el hijo de Fernando I,

D. García, que luego fué rey de Galicia. En las escuelas compostelanas se formaron, asimismo, el notario del rey Alfonso VI, Arias Díaz; el obispo de León D. Pelayo, varón eruditísimo en toda suerte de disciplinas eclesiásticas, y el jurisconsulto Ecta Gundesíndez, a quien Alfonso VI encomendó el año 1083 la solución de un famoso pleito entre el obispo de Oviedo D. Arias y el conde asturiano Rodrigo Díaz, homónimo y contemporáneo del Cid.

Las escuelas de la catedral de Santiago estaban en las cercanías, pues el *Códice de Calixto II* nos habla de la *puerta de los Gramáticos.* Y esa era la costumbre general, cuando no estaban dentro de los mismos claustros.

El advenimiento de Gelmírez al solio compostelano fué de saludables y trascendentales consecuencias para la escuela episcopal de Santiago, que, merced a él, se vió convertida, en los primeros años del siglo XII, en una pequeña Universidad naciente. Hasta entonces la escuela episcopal no tenía, por lo común, más que un solo maestro, encargado de transmitir, con esfuerzo indecible, las siete artes del *Trivium* y el *Quadrivium.* Y los alumnos eran casi exclusivamente eclesiásticos o gente destinada a la Iglesia. Gelmírez echó los primeros cimientos del mundo escolar universitario, abriendo las aulas a todos los jóvenes de buen ingenio, ora siguieran la carrera de la Iglesia, ora no. Puso, además, en ella diversos maestros, y uno especial para la Retórica, que fué el maestro Raineiro, clérigo, natural de Pistoya, en Toscana, formado en las escuelas inglesas de Quintonia. La enseñanza de la dialéctica fué encomendada al maestro Raucelino, francés de nación, de quien hace memoria el capítulo VIII de la *Crónica Compostelana.*

A partir de estos hechos cambia sustancialmente la estructura interna de la escuela episcopal de Santiago. Se establecen Facultades superiores de Filosofía, Teología, Derecho y Medicina, y el estudio de las artes liberales no es más que el pórtico y el

escalón para subir a ellas. En el terreno de las artes, la escuela compostelana concedió excepcional importancia en los últimos días de Gelmírez al estudio de las ciencias, particularmente de las Matemáticas, de la Astronomía y de la Alquimia, merced a las obras de algunos autores árabes, como Algazel, Alquendi y otros, vertidas al latín por la escuela de traductores de Toledo.

El estudio de la Filosofía en la escuela episcopal compostelana reformada por Gelmírez no se limitaba únicamente a la lógica y a la dialéctica. A ejemplo de las escuelas de Chartres, comprendía, también, la Cosmología y la Psicología: los tratados del *Alma*, la *Historia de los animales* y la *Meteorología;* y hasta no es improbable que se estudiaran algunas obras de Platón, particularmente el *Timeo*, obra divulgadísima desde los días de Juan Escoto Eriúgena.

De esta manera, la escuela episcopal de Santiago, aunque falta del talento organizador de un Juan de Salisbury, de un Arnaldo de Brescia o de un Pedro Lombardo, contribuyó, en no pequeña parte, dentro del territorio español, a la formación de aquella primitiva filosofía escolástica, realista y aristotélica en el fondo, pero abundante en elementos neoplatónicos, que presentaba por primera vez en el mundo el singular fenómeno de un sistema regular de ideas, el cual explicaba y reducía a unidad la vasta multiplicidad del universo.

Para el estudio de la Filosofía introdujo Raucelino en la escuela compostelana el método usado en las escuelas francesas, que no era otro que la manera socrática de las disputas, que tenía ya una noble ascendencia cristiana en las *colaciones* de los primeros ascetas.

Por lo que hace a la Teología, se estudiaban el dogma y la moral basándose en las obras de los padres de la Iglesia, principalmente de San Atanasio, San Juan Damasceno, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio y San Agustín. Los libros más usuales, en un principio, fueron el tratado agustiniano de la *Doctrina*

cristiana, la compilación de San Isidoro en su libro de las *Sentencias,* los libros de Hugo de San Víctor y los *Artículos de la Fe católica* de Alain de Lille. Pero en la segunda mitad del siglo XII fueron destronados por las *Sentencias* de Pedro Lombardo, verdadero tratado sistemático de teología dogmática y moral.

En la cátedra de Sagrada Escritura se hacía una exégesis rudimentaria y elemental basada en los escritos de Rábano Mauro, en los dos libros de *Instrucciones a Solonio,* de San Euquerio, y, sobre todo, en los tratados exegéticos de San Isidoro. No se descuidaba tampoco el estudio de la teología mística a través de las obras del falso Dionisio y del arzobispo hispalense, cuyos escritos servían también de apoyo para la inteligencia de la liturgia.

En el terreno del Derecho, la escuela episcopal de Santiago se nos aparece como una de las más progresivas de su tiempo, émula de las de Vicenza, Vercelli, Chartres y Worms. Junto con el Derecho canónico se cultivaba en las aulas compostelanas del siglo XII el Derecho civil, cuyo estudio se basaba en la obra jurídica de Justiniano, ampliada por las glosas de Irnerio y de sus continuadores, Vacario, Hugo, Alberico de la Puerta de Ravena, Placentino, Azón y otros. Con ello los españoles salían del imperio de la fuerza y entraban en el imperio de la ley. El estudio del Derecho civil en las aulas compostelanas trajo, entre otras afortunadas consecuencias, el florecimiento jurídico de los días de Alfonso el Sabio, la creación del Derecho civil como ciencia académica y la conversión del Derecho romano en Derecho español.

Grande fué la obra cultural de Gelmírez. Pero exagera y es injusta la *Crónica* cuando, para ponderarla, nos pinta una España ruda e iletrada, un clero compostelano inculto, zafio y semibárbaro y un pueblo despreocupado, cuando no despreciador de todo lo que significara ciencia y cultura. Sólo el ciego apasionamiento que los autores sentían por Gelmírez y por la cultura francesa pudo dictar estas y otras frases por el estilo que están

en manifiesta contradicción con la realidad histórica. Gelmírez fué afortunado impulsor y, si se quiere, creador de una renovación cultural; pero no edificó en el desierto ni en el vacío. El mérito de Gelmírez estuvo en robustecer, mejorar, ampliar y ordenar lo que ya existía. Lástima es que esta naciente Universidad no lograra sobrevivir muchos años al arzobispo. De lo contrario no hubiera sido menester que Lope Gómez de Marzoa y Diego de Muros acudieran a fundar, tres siglos más tarde, el *Estudio viejo;* y la Universidad compostelana gozaría hoy en la memoria de las gentes el alto prestigio de que goza la Universidad de París. Sin embargo, nadie le podrá disputar el ser igualmente noble por sus orígenes y antigüedad. *Nimpharum sanguinis una.*

El mecenazgo de Gelmírez no se contrae a reformar y a dar nueva vida a la escuela episcopal de Santiago y a importar en ella habilísimos maestros de todas las disciplinas, sino que, a fin de intensificar la cultura con nuevas influencias, manda adolescentes a las escuelas de Francia y sufraga sus gastos con magnánima generosidad. Y es muy probable que a éstos y a la escuela episcopal de Santiago se deba en gran parte el renacimiento literario de los días de Alfonso X.

Enamorado Gelmírez de todo lo que significara cultura, amó con singular predilección al libro, que es su vehículo principal. Era, como se dice en nuestros días, un bibliófilo. El libro era para él una cosa viva, palpitante y vibrante. Gustaba de los libros pulcramente escritos, hermosamente iluminados y encuadernados con lujo. Libros que servían no solamente para aprender, sino también para gozar. Con algunos de estos había enriquecido el tesoro de la catedral compostelana. No tenemos un catálogo de los libros de su biblioteca, que debía de ser muy escogida y copiosa. Pero los autores de la *Crónica* nos han conservado, con cariño, el catálogo de los libros que, a lo largo de su vida, regaló a la librería de la catedral: un oficiario, un misal, tres breviarios, un cuadragesimario, un libro de *Vita episcoporum,* una colección

de cánones, dos volúmenes de diversas sentencias, un tratado *De Fide Sanctae Trinitatis*, el *Liber comicus* con las epístolas y evangelios, un libro con el oficio eclesiástico de todo el año; otro de bendiciones y el *Libro pastoral* de San Gregorio. Si él no compone libros excita a componerlos a otros. Así nacen la *Crónica Compostelana* y el *Cartulario de la catedral*. A instancias suyas compuso un libro de cánones, titulado *Polycarpus*, el cardenal romano del título de San Crisógono y se lo dedicó con un prólogo a Gelmírez. De esta suerte el cabildo compostelano del siglo XII, puesto en contacto con los libros, pudo adquirir hábitos de estudio y con ellos ciencia y cultura.

Párrafo aparte merece el antifeminismo de la *Crónica*. Fieles a su idea de exaltar al arzobispo y de confundir en el polvo a sus enemigos, los autores toman pie de las veleidades y liviandades de la reina para hablar contra ella sin disimulación y para condenar, en ella y por ella, a todas las personas de su sexo. Aunque de brava y recia condición, era D.ª Urraca, por su carácter impresionable, un modelo de volubilidad e inconstancia. Hoy era amiga del arzobispo. Mañana su irreconciliable adversaria. Y esto les lleva a filosofar sobre el ánimo débil e inestable de la mujer, que se mueve fuera de toda razón y de todo freno, y preferir, con manifiesta pasión, el varón más criminal a la mujer más virtuosa y bienhechora. D.ª Urraca es para ellos una síntesis y quintaesencia de todos los pecados. Judas y Jezabel en una sola pieza. Enemiga de la justicia y de la paz, engañadora, perjura, informal en sus tratos, criminal en sus intentos y artera siempre en sus dobles intenciones. Larga en prometer y muy avara en cumplir. Desagradecida con el arzobispo, llena de vanidad y ambición y nada amante de su hijo. Artífice del engaño y maestra del pecado. Amante de la discordia y siempre pronta a encender la guerra, no repara en escrúpulos, acude al soborno, está siempre dispuesta a la traición y no tiembla ante el sacrilegio. Sus malas artes son como una red tendida dolosamente a los pies del

adversario. Todo lo cual excita de tal suerte la ira y el mal humor de los cronistas, que se desatan en invectivas contra las mujeres en general y maldicen el pueblo donde reina un niño y donde una mujer tiene la regencia y el gobierno, que es como estar regido por el azote y por la peste. "¿Qué no osará —exclaman en un rapto de ira— la locura femenil? ¿Qué no acometerá la víbora pecadora? Cuánto osen, presuman y acometan los femeninos engaños díganoslo el ejemplo de Eva, nuestra primera madre. La mente audaz de la mujer propende a lo vedado, corrompe las cosas santas y confunde lo lícito y lo ilícito."

En esta lucha épica y desigual del hombre contra la serpiente, de la Naturaleza buena y ordenada contra las potencias monstruosas del mal, el arzobispo se nos presenta como una especie de legendario Beowulfo, combatiendo contra el mostruo Crendel, o como afortunado Laoconte que logra romper y libertarse de los lazos de la serpiente, que, como una espesa malla, le envuelven y apresan intentando su ruina. Y, en este aspecto, debe ser considerada la *Crónica Compostelana* como un antecedente, dentro de la Península, de los libros, más o menos antifeministas, que luego escribieron en romance fray Iñigo de Mendoza, Rodríguez de la Cámara, el arcipreste de Talavera, el anónimo autor de los *Castigos y doctrinas que un sabio daba a sus hijas*, y otros muchos.

Podrían comentarse otros mil aspectos no menos interesantes de la *Crónica Compostelana*, como es, por ejemplo, el que se deduce de la homilía que hizo el arzobispo a sus tropas el 24 de junio de 1113 en la iglesia de San Juan, sita en los arrabales de Burgos. Es esta homilía un modelo acabado de la oratoria sagrada, persuasiva, ejemplar y directa del siglo XII. Muerto Alfonso VI, el arzobispo ve con indefinible tristeza cómo amenazaban secarse en flor, sin llegar a granar, las risueñas esperanzas de un resurgir glorioso de la Patria. Una cruenta guerra civil dividía los ánimos y sembraba en villas y aldeas el luto y la destrucción.

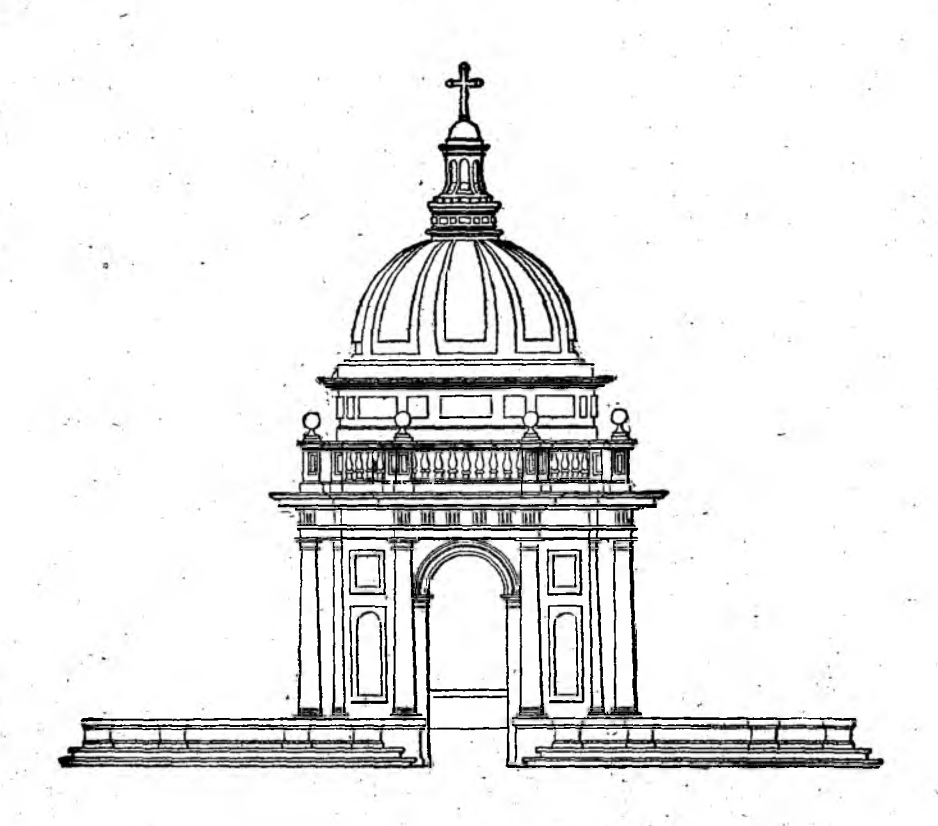
Y a favor de ella, el poder de los árabes, que se creía quebrantado, cobraba nueva fuerza y se derramaba con ímpetu aniquilador y desbordante sobre los nacientes reinos cristianos, que, combatidos dentro y fuera, parecían condenados a irremediable ruina. Tan poco halagüeños presagios, lejos de infundir desaliento y pesimismo en el ánimo del arzobispo, levantan sus pensamientos y le llevan a esperar, tras pasajeras postraciones y decadencias, días más felices y alegres. España puede padecer enfermedades más o menos graves, pero no puede morir. Gelmírez, renovando la tesis providencialista de San Agustín, del español Orosio y del galo Salirano, ve en el momentáneo abatimiento de los reinos cristianos peninsulares una amorosa permisión de Dios y un aleccionador castigo de sus pecados. Y lejos de hallar en ello irremediable desconsuelo, encuentra estímulo y acicate para levantarse del mal y vencerlo. La pesadumbre de la culpa nunca es tal que quite las fuerzas para rebelarse contra ella y para vestir las armas de la justicia y de la virtud que hacen a los pueblos y a los hombres invencibles contra toda clase de enemigos.

Magnífico es este Gelmírez que nos pinta la *Crónica*, esforzado y magnánimo. Ni las prosperidades le envanecen, ni le abaten las contrariedades. En la guerra, un león, y un pastor en la paz. Piadoso para con Dios y de ánimo liberal con los pobres y desvalidos. Tuvo rara cultura para su tiempo. Fundó monasterios, edificó iglesias y palacios, estableció escuelas y promovió siempre las ciencias y las artes. Afable y conciliador, gustó más de componer discordias que de irritar agravios. Buscó el engrandecimiento de su iglesia y de los reinos cristianos. Y cuando los mismos reyes se mostraban olvidados de sus deberes políticos y desamparaban a los ciudadanos, él asumió la defensa y la protección del pueblo y del territorio patrio contra los enemigos que por mar y tierra le combatían y asediaban. Fué modelo de lealtad y de prudencia. Sus riquezas igualaron a su liberalidad. Y en él alcanzó su mayor encumbramiento la iglesia apostólica de

Santiago. De condición noble y generosa, devolvió siempre bien por mal. Fué el más esclarecido varón en guerra y en paz de cuántos en aquel siglo florecieron. Y él solo planeó y llevó a término dichoso grandes empresas, para las cuales parece que se requería el esfuerzo de muchos hombres y el espacio de muchos siglos.

Los autores de la *Crónica* no nos dicen ni el día ni el año en que murió, que debió de ser en 1140. Como si quisieran dar a entender que aquel hombre, que fué, durante largos años, el tutor y el genio familiar de la iglesia compostelana y de Castilla, no pudo menos de ser también superior a la muerte, y que su espíritu, si se desligó del cuerpo, sepultado bajo las bóvedas del claustro de la catedral de Santiago, no pudo abandonar lo que a costa de tantos esfuerzos creó, y que continúa velando todavía con su sombra protectora sobre el sepulcro del Apóstol y sobre la ciudad que él engrandeció después de haberla sacado de la nada.

Tan ideal retrato contrasta vivamente con el que del mismo arzobispo trazan otros autores, que, si bien le consideran prudentísimo, de grande ánimo y de singular destreza, le juzgan excesivamente bullicioso, inquieto y amigo de parcialidades. Y es una muestra palmaria de cuán varios y encontrados suelen ser los juicios de los hombres. No voy a decidir ahora de qué parte está la verdad. Pero es muy probable que en este caso, la verdad, como la virtud, esté en el medio.



Poesia

Dionisio Ridruejo: *Poesía*

y

Recuerdo de Dionisio Ridruejo, por Manuel Machado, Luis Felipe Vivanco, Antonio Marichalar, Luis Rosales y Pedro Laín Entralgo.

POESIA EN ARMAS

CAMPAÑA DE RUSIA

POR

DIONISIO RIDRUEJO

I

CANCION DE MARCHA

ANTEAYER dormí en el prado
sobre el olor de la hierba,
ayer entre los pinares,
hoy en la tranquila selva,
mañana, raso con raso,
solo entre el cièlo y la tierra.
El alba de cada sol
nuevo campo me revela
y el sueño de cada noche
las mismas hondas estrellas.
En el día se recorre
lo que en la noche se sueña:

siempre la misma esperanza
bajo distinta promesa,
y en la noche se vigila
todo lo que el paso deja.
Compañía militar
en camino de la ausencia:
¿cuánto será lo que avanza
y cuánto lo que regresa?
Corazón aventurado:
¿qué miras en lo que sueñas?
La sangre, toda tu sangre;
la tierra, toda tu tierra.

II

ALTO

Dulces pinares sin nombre
en el azar de mi viaje;
instante breve de tierra,
no lugar, sino paisaje;
por un día, sólo un día,
tierra mía, de mi carne,
donde el tiempo se reclina
con el misterio y renace
a la ingenuidad del alba,
la agonía de la tarde.
Tierra mía —¿de qué tierra?—,
de mi memoria, incesante
tierra, de cualquier especie,
con llanuras o pinares,
tierra de mi corazón
enamorado y errante.

III

ENTIERRO EN CAMPAÑA

La tarde está en la nieve
y el día persevera,
mientras toda la sombra
foscamente se eleva.

Aun es figura y nombre
la carne que se llevan
hombros firmes y fieles
a la paz de la tierra.

Bajo los pasos lentos
todo el silencio suena;
cuando el cuerpo descansa
hasta el silencio cesa.

¿Es esta sangre helada
la que abrasa las venas,
la que las trenza y funde
como apretada selva?

Nadie se escucha y sólo
un corazón despierta:
éste que ya descubre
su soledad eterna.

Las almas compadecen
en comunión severa;
ya ninguno es su nombre,
la muerte es verdadera.

Tú, yo... mañana acaso...
¿Vivir en lo que queda?
La soledad es frágil;
todos en todos, cerca.

La tarde está en la nieve,
la noche es noche apenas
y es silencio en el llano
lo que el hombre se deja.

SONETOS

I

En esta verde Europa, verde y vano
jardín entre arboleda y enramada,
viene creando el alma desterrada
el yermo de su luz triste y humano.

Atrás quedó la soledad del llano,
la tarde lenta, el ansia dilatada,
y, sin sombra ni flor, libre y postrada,
la tierra para el sueño soberano.

Todo aquello que cupo en el secreto
de la sola mirada que me espera,
cuando cierro los ojos, en mi entraña,

y no halla espacio en el paisaje quieto,
manso de tan constante primavera,
donde para mi tren, lejos de España.

En el tren, julio 1941.

II

España toda aquí, lejana y mía,
habitando, soñada y verdadera,
la dura fe del alma pasajera,
alba toda y también toda agonía.

Hermosa, sí, bajo la luz sin día
que me la entrega al mar sola y entera:
campo de la serena primavera
que recata su flor dulce y tardía.

España grave, quieta en la esperanza,
hecha del tiempo y de mi tiempo, España,
tierra fiel de mi vida y de mi muerte.

Esta sangre eres tú y esta pujanza
de amor que se impacienta y acompaña
el ansia cierta de volver a verte.

Rusia, septiembre 1941.

III

Aurea, ligera espiga, luz amada,
árbol del sueño, delicada tierra;
¿Dónde te miro ya? ¿Dónde se cierra
el mundo todo en la gentil mirada?

Mira mi soledad aventurada
en la desnuda hombría de la guerra,
y, al corazón, al pulso que no yerra,
la saeta de carne confiada.

¿Y el alma en tanto? ¿No la sientes, tibia,
descansada, purísima, durmiente,
como en lecho de rosas, en tu seno?

Mira esta prisa, amor, que no se alivia
por la esperanza, transcurrir ausente
mientras mi tiempo en ti yace sereno.

Rusia, septiembre 1941.

IV

Norte arriba el espacio es quien apura,
antes que el tiempo, la otoñada fría,
tierna un instante, esplendorosa un día,
al otro yerta en la mortal llanura.

He detenido el paso. La dulzura
de las hojas es ya melancolía.
Pronto será la desnudez baldía
rastro de soledad y desventura.

Y yo paso nutriendo los instantes,
la breve inmensidad de la mirada,
y el hondo corazón, de tiempo mío.

Tiempo largo de amor, campos constantes
de fronda lentamente deshojada
y oros que mueren al colmar su brío.

Rusia, octubre. En marcha.

PAISAJE DE LA AUSENCIA

La desierta ceniza está en mis ojos
con crudo hielo y sed sin esperanza,
en esta soledad tan extendida,
en esta tierra virgen y acabada,
impasible vecina del estruendo
que mueve la pasión de mis entrañas.
Pero, oh dulce presente de la ausencia,
dichosa compañía y luz lejana,
tierra que vuelves a teñir la tierra
cuando cesa el dolor en la mirada
y ya no es todo compasión y urgencia
en este corazón que te atalaya.
Tierra de España en el vencido estío,
ciega y radiante en el solar del alma;
lejos, no del amor, lejos, te miro,
¡oh, dulce promisión bella y creada!

El misterioso hayedo sobre el valle,
el agua lenta entre colinas mansas,
la mar desafiada y prisionera
de arenas suaves y olorosas ramas,
las agrias costas y las hazas tiernas
fecunda y dócilmente cultivadas
y el almendro en alcor de primavera
malogrando su flor anticipada.
Los ríos que impacientan o acarician
ásperas rocas, vegas remansadas
y profundos pinares, con que aroma,
cuna del Duero, el corazón de España.

Y el campo de mi sueño, entero y libre,
polvo tendido, eternidad humana,
aún encendido de rastrojos anchos,
eras tardías y gavillas blancas,
donde el álamo puro ya comienza
a teñir de oro virginal las ramas
y la lluvia fugaz abre y despierta
el fresco olor en que suspira el alma.
Luego las sierras altas que reclinan
frondas que sabe el corazón y ensalzan
el cielo terso, sólido e inmóvil
sobre el inmenso páramo sin galas;
silencio y lejanía, tierra sola,
¡oh, soledad, oh, sed de la mirada!

Y luego los calientes encinares
y otras sierras aún y la constancia
hecha sosiego sobre campo y campo
que ordenan los olivos y que aclaran
praderas y marismas, llanos lentos,
mansos, al cabo, hasta el confín de plata;
¡oh, amanecer aún, oh, sueño frágil,
que dos mares acunan y no acaba!

Larga es la tierra, pero fiel el sueño,
y mientras más mi ser se desampara
y se desnuda, cerca del peligro,
más dulcemente se me puebla el alma
de ríos incesantes y caminos,
torres, castillos, cumbres y atalayas
y árboles de mi vuelo en la vigilia
que le guarda su rumbo a la esperanza.

Rusia, septiembre 1941.

CONFESION

*¿Por qué, Señor, me siento tan densamente vivo,
tan placentero y fuerte, sobre la breve tierra,
cuando esgrime la muerte su presencia de hierro
detrás del inminente rumor de la batalla?*

*Esta inmortal conciencia que habita mi recreo
se me hace fruto inmóvil de los cinco sentidos
que tejen con su gozo la eternidad soñada,
toda de tierra y tiempo, toda imagen y pulso.*

*Un transcurso de flores secuestra mi esperanza;
no son eternas rosas de tan frágil encanto,
ni aquel mirar que inclina las horas de la ausencia,
ni esta fe soleada que me canta en los ojos.*

*Señor, creo en tu sueño que despierta a la vida,
a la vida absoluta ya despierta y sin curso.
¿Por qué no abrasa el hambre de su luz infinita,
como abrasa la sangre, mi loca certidumbre?*

*Miro, Señor, la tarde incendiada de oro:
nada despide al alma y, aunque todo está lejos,
siento como el ensueño posee sus paisajes,
los dones venturosos del regreso fingido.*

*Tu voz también es dulce y el alma confiada,
bendiciente, se deja reposar en tus manos.
Señor, corta es el ansia, no son alas mis bienes,
¡oh, Dueño de mi vida, despiértame en el alba!*

Rusia, octubre.

SOLEDAD

(Tierra de Rusia.)

I

Atravieso la selva.
¿Alguien ha penetrado este silencio,
esta medrosa cerrazón de ramas,
abismo horizontal, celado y quieto?

Suelo de turba, barro que es escoria,
negro y frío fangal que guarda el fuego,
tierra anterior al hombre, tierra y bosque
viudos del caos y vírgenes del tiempo.

Un otoño sombrío
desgarra ya su luz, pudre su vuelo,
y, entre el verde inmutable de los pinos,
va despojando el robledal abierto.

Pero más hondamente la espesura
encarniza la noche en el misterio
que adivina pupilas incendiadas
y reptiles informes en su seno.

Se angustia toda el alma,
se abruma el corazón y duda el sueño
mientras la inmensa mole de planeta
sin acabar, eleva su desierto.

Sólo las dulces hojas,
que acaso trae hacia la senda el viento,
confirman con su triste mansedumbre
la verdad suspirada de mi aliento.

II

De tierra solamente,
de tierra sin color viven mis ojos,
de tierra sin esfuerzo ni agonía,
postrada y muerta ya, cielo de polvo.

Andar, andar, andar. ¿Estoy viviendo?
¿No es de la eternidad el seco rostro,
este infinito mundo abandonado,
este olvido infinito que recorro?

El viento es invisible
sin brote que pulsar, el día sólo
transcurre con su luz virgen de sombras.
Más allá del reposo,
¿quién sentirá el silencio sin un trino
y quién la soledad si en ella es todo?

Monotonía y fin de la materia,
ruina que no es memoria ni despojo.
Sueño mi muerte en ti, más que mi muerte.
Reliquia de la nada en mar de plomo.

Ni una montaña lejos,
ni la excepción señera de los olmos
o el trigal remansado que en Castilla
guían la sed hacia el nivel del gozo.

Por la estepa acabada
el espíritu vaga nebuloso
hasta hundirse en la nada del presente;
sólo mi pulso vive, sólo, sólo.

Septiembre 1941. Rusia.

III

Octubre viene al tiempo
—lejanas vides y soñados árboles—
y ya está mi camino sin caminos,
sin faz de polvo la llanura grave.

Sobre el campo abolido
reposa el cielo descendido y frágil.
Blanco día es la tierra, blanco sueño,
blanco silencio y soledad radiante.

¿Resurrección? No, gloria;
gloria sin alma, juventud sin carne,
vasta alegría sobre el vasto cuerpo
de la mansa unidad, en el paisaje.

Contra la sombra helada
y la blanca energía de los aires,
sombra de luz del vendaval de nieve,
el yerto sol combate.

Languidece fundida
en la impasible inmensidad la tarde,
la noche es imposible
y la aurora incesante.

¿Vamos en las entrañas de la luna?
¡Oh, volcán de los aires,
todo rumor sin fuego, todo espuma
y tiniebla de plata alucinante!

El viento es ya presencia,
si el viento corre con abiertas aves,
evidencia es la calma,
hermosa eternidad, si el alma pace.

El frío gana el corazón. ¿Existo?
¡Oh, miedo de cristal! Y sigue el viaje
por una horizontal de luz absorta,
nieve y nieve sin fin, nieve adelante...

Octubre. Rusia.

Al soneto del poeta Manuel Machado, leído en los salones de ESCORIAL en honor de nuestro Director, Dionisio Ridruejo, soldado de la División Azul, añaden sus camaradas en el oficio de la Revista el siguiente recuerdo.

RECUERDO DEL POETA DIONISIO RIDRUEJO

POR

MANUEL MACHADO
LUIS FELIPE VIVANCO
ANTONIO MARICHALAR
LUIS ROSALES
PEDRO LAIN ENTRALGO

AL POETA DIONISIO RIDRUEJO, CON EUROPA CONTRA LA BARBARIE ORIENTAL, SOLDADO ESPAÑOL

A ti, Dionisio, lauro y cortesía
ríndante Patria y Musa en el camino.
"Primer libro de Amor"... Fué tu destino
el llevar a la guerra la Poesía.

Tras el ejemplo del honroso paso
—de amor y de valor ardientes, suma—
vuélvanos pronto el oro de tu pluma,
nuevo y más venturoso Garcilaso.

De este verbo imperial en que se inspira
tu numen y tu gloria se recrea.
Vuelve presto al hogar que te suspira.

Basta que ya en tu escudo España lea:
No sabe del amor quien no delira.
Ni sabe del vivir quien no pelea.

MANUEL MACHADO

EPÍSTOLA

... Y esta tierra tan pobre en la mirada,
tan rica y fiel al corazón entero
que su unidad prefiere
como una encina sola en el barbecho,
la tierra de tu amor, sufrida y grave,
¿no es más lírica y alta en el recuerdo?
¿No tiene una belleza más intensa?
Como en abril retornan los vencejos,
me ha llegado tu voz soñando a España,
toda encendida y trémula en el sueño.
Sí, Dionisio, tendrá la primavera
en el Valle de Amblés su olor más tierno,
y ese otoño dorado que te inspira
será el de aquellos olmos junto al Duero...
El estío, y las coplas en las eras,
se llaman Lerma, Villalón, Arévalo,
y tu Eresma infantil suena crecido
entre desnudos árboles de invierno.
¡Cómo, al soñar, pronuncian estos nombres
tus labios, para ser más verdaderos!
Yo estoy mirando siempre
los mismos campos bajo el mismo cielo,
y olvidado del mar en la llanura
sigo al susurro del trigal atento.
Pero tú estás, amigo,
disciplinando tu experiencia, lejos...

Y el alba es una niña que te busca
por las ramas floridas del almendro;
la mañana, feliz como una novia,
quiere tenderse, azul, junto a tu cuerpo;
la cumbre ha merecido el mediodía,
pero la tarde inmensa va cayendo
en el agua más honda de tu ausencia,
y la noche camina el firmamento,
transparente de estrellas que te han visto
caminar hacia el este, con el viento.
¡Cómo, en la luz del día más hermoso,
cabe la humana soledad del tiempo!
El hombre que dialoga con la muerte
se encontrará a sí mismo muy adentro,
y esa tu voz que vuelve de la guerra
aunque tú no hayas vuelto,
le trae a España aviso y esperanza
de que contigo volverá, otro día,
más conmovido y esencial tu verso.

LUIS FELIPE VIVANCO

POESIA EN ARMAS

SE ha supuesto una cierta ironía en las palabras de Sócrates a Ion. El poeta no es quizá tan irresponsable como quiere Platón, ni tan alado. No; Ariel es meramente céfiro de la inspiración; la poesía, como tal, es cosa más grave. No sé si el poeta nace o se hace. Lo que sé es que hace. Poeta significa "hacedor". Y la poesía es un hecho. Un decir queda en vuelo; coser y cantar —ello lo dice— es todo lo rapsódico. Pero un soneto no es por arte de cálamo, sino de estilo, y ha de quedar ahí, si no hubo más remedio que hacerlo. Alguien ha dicho de la poesía de Goethe que no era lo bastante "inevitable". Las dichas y desdichas de un Garcilaso pasaron con los arpegios de su vihuela; el hecho de su vida militar y el de su obra poética permanecen, y no en paladina alternativa, sino en la vera expresión de quien fué, a la vez, "docto en la espada y en la pluma ardiente".

Un poeta, en rigor, no toma ora la espada, ora la pluma. En *Plural*, en el *Primer libro de amor*, en los *Sonetos a la piedra*, Dionisio Ridruejo milita ya al servicio de la poesía. Y desde *Poesía en armas* sienta plaza. Su obra no es puro alarde; no es virtuosismo renacentista, que hoy se entona con San Juan de la Cruz, mañana con Quevedo. En *Poesía en armas* logra un acento personal inmediato y profundo. Si dice del Caudillo:

Padre de paz en armas, tu bravura
ya en occidente extrema la sorpresa,
en levante dilata la hermosura...

o del Ebro:

Vuelve tu largo honor, ancho y pausado,
a merecer las aguas de la Historia,

su voz tiene un sentido trascendente, preciso. Así, también, cuando

siente la muerte de Morato más amarga porque empieza a brotar la primavera en los árboles:

Y es ansia de esbeltez España entera,

o cuando escribe de José Antonio, que "murió en España y la dejó ganada":

Y, por salvar la tierra con sus días,
murió rindiendo su hermosura en ella.

"No concluye aquí —decía Dionisio Ridruejo, en la página inicial de *Poesía en armas*— mi aportación poética a la exaltación del heroísmo español." No había concluído, es cierto. Faltaba su mejor acción poética, y la mejor poesía con ella: "Quien se ha puesto a servir sin condiciones no puede dar por concluído su servicio sino en el mismo día de su muerte."

A un escritor francés le preguntaron, no hace mucho, que por qué escribía: "Porque me moriría de no hacerlo." Si a un español se le pregunta que por qué va hacia la muerte, habrá de responder: "Porque si no, me moriría." Nuestro poeta ha ido a Rusia por un irreprimible deseo de vivir; que el español no vive si no se desvive. La empresa es arrojo y en ella se muestra el esforzado. Así se logra ser el que se es, realmente, y cumplir su destino por entero.

En esta su reciente poesía no es ya Ridruejo un poeta dotado e inmaturo. La experiencia guerrera le acendró; le hizo ganar pujanza. Va a lo nuestro y no nos mira verle; no le importa. Está allí. Lejos de España, y, más que nunca, junto a ella. Solo y cerca de Dios. Ahora su "España" rima con "entraña", sin poética ni retórica. Es necesario subrayar ese "estirón" que la poesía adolescente (precoz, si se quiere) de Ridruejo ha dado en Rusia. Le ha salido, en esta tensión, lo que llevaba dentro: su España y su fe; los dos amores por los que se está batiendo.

Bastará un fugaz pinarcillo, visto desde el tren, para evocar en seguida el que trae, en los ojos, de España:

dulces pinares sin nombre
en el azar de mi vida;

pero, llegado ya a la soledad sin paisaje, sin ámbito y sin limitación de la estepa rusa, en ésa sentirá, como explorador en el hielo, que

le asoma al mirar su campo de España y que se le revela en la desolladura yerta:

Ni una montaña lejos,
ni la excepción señera de los olmos.

La tierra se ha negado hasta su condición de tierra:

suelo de turba, barro que es escoria,
negro y frío fangal que guarda el fuego,
tierra anterior al hombre, tierra y bosque
viudos del caos y vírgenes del tiempo.

Y el hombre enteramente solo en medio de esa paramera agria:

Por la estepa acabada
el espíritu vaga nebuloso
hasta hundirse en la nada del presente;
solo mi pulso vive, solo, solo.

Ante esa inútil apariencia que ni siquiera finge forma tentadora, se alzará un espejismo cierto:

El misterioso hayedo sobre el valle,
el agua lenta...
... ...
y el almendro en alcor de primavera
malogrando su flor anticipada.

Cabezal para el centinela; meta al soldado, que avanza, vencedor, en dirección opuesta a su tierra, con la certidumbre de que ese arduo rodeo es el camino más recto para servirla y ganarla:

España toda aquí, lejana y mía,
... ...
España grave, quieta en la esperanza,
hecha de tiempo y de mi tiempo, España,
tierra fiel de mi vida y de mi muerte.

Esta sangre eres tú y esta pujanza
de amor que se impaciente y acompaña
el ansia cierta de volver a verte.

Se ha dicho que la poesía de Ridruejo es fundamentalmente renacentista. Habría que decir: renaciente. Se inspira —es cierto— en normas que, clásicas o barrocas, hicieron nuestra mejor poesía en los siglos XVI y XVII. Y tiene un acento clásico. Pero esa vuelta a las formas tradicionales —aun cultivando todavía el verso libre— no es un intento ambidextro y deliberado; mucho menos arcaizante. Tiene esa inminencia que tuvo, por ejemplo, *Abril* (1935), de Rosales, y que no corresponde a ese criterio mimético o retrospectivo que es evasión, en último término, ante el trance inventivo. Es actual. No sigue a los "modernos" porque esos innovadores de una generación son para la siguiente lo consabido. Ya no escandalizan, y aburren. Se pretende otra cosa. Pero, en este caso, lo que pretende esa nueva falange es un orden entero, un hombre nuevo que continúe. Lo quiere tradicional y lo quiere revolucionariamente. El haber sido tan actuales es lo que hace vivos hoy a nuestros clásicos (y en tal sentido prefería Menéndez Pelayo el Renacimiento).

Si el poeta se prueba en su prosa —y Ridruejo, por cierto, la tiene—, el hombre se prueba en un trance. Siempre será una coyuntura crítica la que decida de nosotros. El hombre —y no de letras— habrá de optar, y, al preferir, inicia la trayectoria de una ruta inédita. Esa decisión es un acto; y todo acto es una forma aumentada al caudal de las que hubiera. Dice San Pablo que la virtud persevera en la adversidad. El hombre se crece en los obstáculos. Puesto a hacer, el poeta empieza por rehacerse. Así renace el hombre, de nuevo, en sentido evangélico. ¿No apreciaron Burdach o Thode el ansia de renacer espiritual, como auténtico sentido humano del Renacimiento, desde el Franciscanismo?

Nuevo brote en el árbol de nuestro español "que muero porque no muero", Dionisio Ridruejo, ante la muerte, es el poeta rehecho, el hombre recién nacido, que exclama:

Señor, creo en tu sueño que despierta a la vida.

Si la mejor poesía de este soldado se ha reforzado en el frente es porque a nuestros voluntarios les vale de inspiración el coraje. Y no sólo su poesía; él, yunque y forja, de su propio temple. El poeta no trabaja ahora o luego: labora constantemente; la acción se le irá tornando poesía a medida que se vaya dando cuenta de ella, que se le haga conciencia. Cuando escribe, combate, y cuando combate, escribe. Cara a la muerte, está cara a la "realidad última".

Sobre la tierra helada, que ha replegado el horizonte en acecho, el poeta ha cuajado en sus versos el rocío que recibe en las haldas del capote. Así va componiendo de memoria el poema. La muerte se lo quita de la boca.

Ridruejo ha recogido esos versos nonatos, y ante el camarada caído presenta las armas de los suyos:

Si el mundo es frágil, lo que excede es firme.
Volvamos al combate, camarada.

Le ha visto irse, desaparecer, siendo todavía identificable:

Aún es figura y nombre
la carne que se llevan
hombros firmes y fieles
a la paz de la tierra.

Pero, poco después, el alma ha ido a Dios, el cuerpo a la tierra:

es silencio en el llano
lo que el hombre se deja.

Ridruejo ha encontrado, ante la muerte por España, en la estepa, cauce pleno a su fe y a su sentimiento profundamente religioso:

Tu voz también es dulce y el alma confiada,
bendiciente, se deja reposar en tus manos.
Señor, corta es el ansia, no son alas mis bienes,
oh Dueño de mi vida, despiértame en el alba.

De Soria a los Cameros hay que subir un puerto áspero y repechado. El invierno lo cubre de nieve; en lo alto se encuentra, sobre un

mástil cimero, esa campana salvadora a la que habrán de asirse los extraviados. Es el Puerto de Oncala. Por él trepaba un chico, silbando, con risueño descaro. Tiene dos remolinos en la coronilla, la voz alegre y bronca. Anda a pedradas con algún borriquillo que no acierta el sendero. Entre Eresma y Clamores ha crecido de un palmo. La voz se le ha impostado solemne, cavernosa. No hablará impunemente; un día empieza a entonar graves composiciones. Ha de ser orador y poeta; poeta en piedra. Puesto a escribir, en guerra, la pluma se le recalienta como una ametralladora. Y al primer clarinazo de la División, sienta plaza para irse a Rusia. El breve cuerpo soportará, alegre, esas penalidades que hicieron gruñir y hasta dejar la piel —y el pelo— a muy curtidos granaderos. Hay que hacer marchas bajo las estrellas; trincheras bajo los obuses, y asaltar los reductos de rojos asiáticos. Hay que echarlos; el vate sabe de antemano que, de no ir por ellos, ya se hubieran volcado sobre el "festín" de Europa. Por eso saca fuerzas de flaqueza; por eso puede con su alma, este poeta.

Un día cae, y parece, de veras para no levantarse. Ha caído en la estepa llena de asolación, vacía de paisaje. De pronto, mira a las estrellas. Ha visto allí la Patria, que se dejó allá lejos y que lleva en el alma. Y ha puesto su esperanza en Quien puede salvarnos. Asido a esa campana de la fe, da el tirón necesario. "Ha estado tan a la muerte como un caído", me dice un veterano bisoño que lo dejó hospitalizado. Cayó. Mas Dios le ha puesto en pie: "Volvamos al combate..."

ANTONIO MARICHALAR

D I O N I S I O

¿Cuándo nace el recuerdo, y para siempre
la instable vida entre sus alas queda?
¿Cómo nace un recuerdo?
Atardecía
y el cielo declinaba su entereza
sobre el valle del Arga; entre los montes
iba la luz con obediencia trémula
reclinando en la tierra su hermosura,
blanca, dorada y rosa, añil, violeta,
en corta sucesión que desprendía
su cuerpo, hoja tras hoja, en la ribera.

Era sobre una tierra donde el hombre
sólo, para su tumba, encuentra tierra.

Recuerdo que el silencio atardecía
toda la vida a su extensión sujeta,
los caminos desiertos, las murallas,
y el fresco olor que a los pinares lleva.
Oyendo unas campanas vi tus ojos;
pequeños, sin descanso y sin presteza,
jugaban con un dejo campesino
en la mirada fugitiva y quieta,
no suspicaz, pero alertada y baja,
no inexpresiva, mas cerrada, y cerca
de ser dura, quizás, si mira grave,
de ser triste, tal vez, si mira y sueña;

oscuros, pero nítidos; sin párpados,
sin camino interior, sin brillo apenas,
con libertad no exenta de mesura,
con derramada y fácil negligencia.

¿Cómo nace un recuerdo? Alegremente
destacaba en la sombra tu silueta
descarnada, pequeña, fina y dulce,
cansado el gesto y sin cansar la fuerza;
el cabello castaño —cuando ríes
la risa te reclina la cabeza—,
la piel áspera y pálida; la boca
desdibujada, exánime y risueña,
y un ademán convaleciente y claro
de corazón con luz y entre la niebla.
Recuerdo que tú hablabas descansando
todo el cuerpo en la voz, y tu voz era
la que llevaba el mundo de la mano
amplia, segura, convencida, cierta.
Recuerdo... ya no sé... ¿tú entonces fuiste
como yo te encontré? Te vi tan cerca.
Te faltaba vivir; ahora has vivido,
¿cómo serás, Dionisio, cuando vuelvas?

LUIS ROSALES

DIONISIO RIDRUEJO O LA VIDA EN AMISTAD

SI Dionisio Ridruejo hubiese vivido en el tiempo del sentencioso Séneca, es seguro que, paralelamente a los tratados *Ad Marciam de consolatione* o *Ad Serenum de tranquillitate animi,* habríamos tenido otro con el epígrafe *Ad Dionysium de amicitia.* No conozco, en efecto, persona que en tan excelente modo personalice ese necesario e impagable consuelo del hombre que llamamos amistad. Por eso justamente puedo escribir estas líneas en su recuerdo, celebrando en él, no a "mi amigo", sino, más ancha y generosamente, "al amigo".

Decir de una persona "mi amigo" es menos fácil de lo que trivialmente se cree, pero puede uno hacerlo en muchos casos sin grave riesgo de error y con mutua honra. Llamar a alguien "el amigo" —"el amigo Pérez", "el amigo Juan"— tiene en el idioma habitual, sin embargo, un dejo de bonachona o levemente agresiva descalificación. La amistad de "el amigo Pérez" es un bien mostrenco e intercambiable, carente de matices personalmente cualitativos, exento de las específicas intimidades que califican la amistad verdadera e intransferible del "amigo íntimo", y así no es difícil topar por ahí, entre las almas de Dios que uno conoce, tipos catalogables bajo el rótulo tópico de "el amigo Pérez" o "el amigo González". Lo difícil es encontrar un hombre al que pueda llamarse a la vez, con rigurosa justicia, "mi amigo" y "el amigo"; capaz de unir simultáneamente en su relación amistosa la dilatada abertura del corazón y la matizada delicadeza de múltiples, privativas y particulares intimidades. A esta rara especie de "hombre de muchos amigos", que sabe por don nativo hacer buena y distinta cada una de sus amistades, pertenece Dionisio Ridruejo, poeta, falangista y amigo.

Conocí a Dionisio Ridruejo por camino muy distante del que habitualmente recorre el conocimiento amistoso. Su nombre llegó a mí por la ancha e impersonal vía de la fama, durante los meses iniciales de nuestra guerra. Había ocurrido entonces un fenómeno histórico que se repite en todos los movimientos revolucionarios: la súbita ascensión a la notoriedad de muchos nombres hasta aquel punto oscuros o escasamente pronunciados. Las gentes suelen hablar de la buena estrella de

los distinguidos. Dejando a un lado lo que haya de inescrutable providencialidad en el destino de cada hombre —lo que haya de "estrella", buena o mala— y no tocando el problema de si la ascensión política es siempre signo de "buena estrella", esas gentes, movidas casi siempre por la impalpable dosis de resentimiento que el diablo da al hombre cada día, olvidan que todo cambio brusco en el clima histórico califica y ensalza a los mejor dotados por naturaleza o educación para la coyuntura crítica misma o para la nueva normalidad que a la crisis subsigue. Olvidan también el maravilloso espolazo que da en ocasiones la Historia a las posibilidades de los hombres; esa sorprendente potenciación de la naturaleza humana por obra de la fe entusiasmada, en cuya virtud salen místicos o teólogos de la rudeza campesina y nacen conquistadores de continentes entre los hidalgüelos ociosos. Si la arcilla humana de los españoles es la misma en 1480 y en 1520, apenas es comparable el nivel y la calidad de su expresión histórica.

De Dionisio triunfaron el corazón, la palabra y la inventiva. En una guerra civil necesaria, por fuerza había de adquirir relieve un corazón capaz de albergar sin detrimento a la generosidad, la ira y la clara justicia. Entre tantas mentes oscurecidas y alicortadas por dos siglos de continuada renuncia y parda mediocridad, la bronca palabra de aquel casi niño despertaba de su hondísimo sueño luces teñidas de una antigua, conmovida y virginal esperanza. En los umbrales de un camino político que se creía nuevo de raíz y se emprendía con tan parvo hatillo de previsiones, la inventiva de Dionisio, despierta y caudal como el río que nombra a su estirpe, ganó pronto la eminencia y el lustre del consejo. Todo esto acontecía en tierra de Segovia y Valladolid, que entonces abría otra vez sus entrañas a la Historia, y volaba a las otras tierras de España sobre los lomos aéreos de la fama o pulcramente estampado en las páginas de *La Falange*, aquel cuidado periodiquito de las prensas segovianas, o en las anchas de *Libertad.*

Este fué el primer Dionisio Ridruejo que conocí. Con su presencia física topé por azar, si no me falla la memoria, en el comedor pequeño del Hotel María Isabel, en Burgos. Tenía entonces Dionisio una cordial, alegre y abierta petulancia, como de un adolescente soñador encumbrado a capitán. Tal vez llevaba sus cordones rojinegros de jefe provincial. Es seguro que usaba, en todo caso, aquellas botas de montar, nunca por entero lustrosas, que habían de dar figura a su paso durante toda

la guerra. Hablaba entre tímido y seguro: tímido por la edad, seguro por la clara evidencia de su mensaje.

Poco tiempo después, en los comienzos del otoño de 1937, tuve con el falangista Dionisio Ridruejo mi primer contacto directo y personal como camarada. Fué en un largo y reiterado paseo a lo largo de las bardas que circundan la que fué residencia del Caudillo en Burgos. El sol de este otoño nuestro —el sol más humano, clemente y verdadero del mundo— hacía oro viejo el oro reciente que comenzaba a vestir los árboles de La Isla. Hablamos y hablamos de España y su destino, de nuestra impaciencia, del inmediato porvenir.

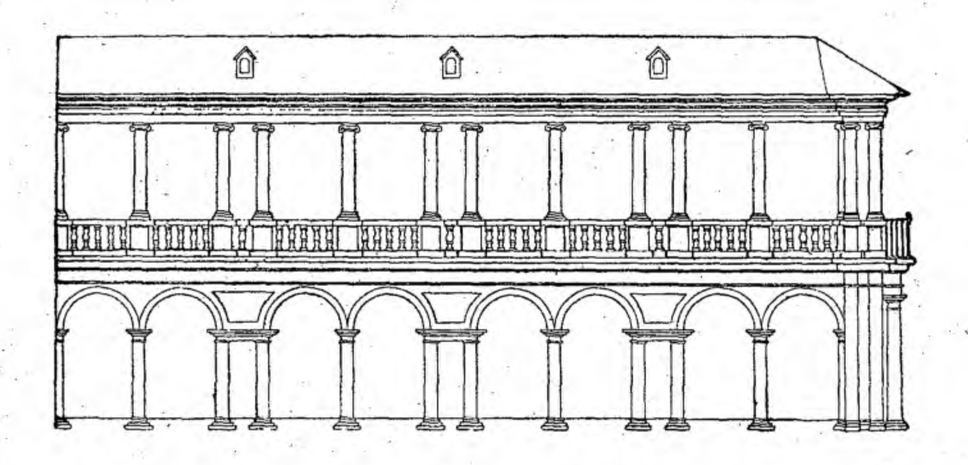
Mi relación propiamente amistosa con Dionisio empezó en Segovia, con ocasión del Segundo Consejo Nacional de la Sección Femenina. Sospecho que fué la inventiva de Dionisio la que sugirió a Pilar el pensamiento de invitarme a hablar a nuestras camaradas: mi primera aventura oral en la Falange. Es seguro, en cambio, que a una incitación directa y urgente de Dionisio se debió la segunda, también entonces y en Segovia, frente a una considerable masa de campesinos congregada ante el Alcázar. Hablamos Julio Muñoz Aguilar, Dionisio y yo, sucesivamente instalados tras un saliente de la barbacana y a no pocos metros de nuestro público. Mientras viva conservaré la impresión de extrañeza que mi propia voz, necesariamente forzada a tonos estentóreos, produjo en mis oídos, sólo avezados a escucharla en el manso nivel de la charla familiar o de la lección profesoral. Siempre he tenido por cierto que Dios no me ha hecho para conductor de multitudes; mas desde entonces lo tengo por demostrado, y a la buena amistad de Dionisio debo esta negativa revelación de mi destino.

Después vino nuestra atadura funcional en la primera Dirección General de Propaganda que ha conocido la Administración pública española; y, en medio de tantos apremios por cumplir, con más fe y ahinco que medios, la función que el recién nacido Estado nos había encomendado —ahí están los primeros libros políticos y poéticos del Estado español; los primeros "films", pasados en aquella familiar solemnidad del Cine Avenida; los primeros actos públicos de gran estilo: la concentración de Valladolid, por ejemplo; la improvisada maravilla de los autos sacramentales, y tantas otras cosas—, nuestra diaria y entrañada conversación en el despacho mayestático de Dionisio, entre los Goyas incautados a Sota y el mal gusto de aquellos elefantes de sobremesa, o en Villa Amparo, con Pilar y su equipo burgalés, o en el camino

de la Cartuja o de Fuentes Blancas... Luego, Barcelona... ¡Qué ilusión y qué esperanza —bellísimas, inquietas, irrepetibles— las de aquellos primeros días de Barcelona recién conquistada! Recordaré siempre la voz grave de Dionisio en los tremendos altavoces de la plaza de Cataluña; una voz solemne y amorosa, centuplicada y maltratada por la técnica, que hablaba castellanamente a los catalanes de la Cataluña sentimental, profunda y poética por José Antonio descubierta a la Falange. Era hora de completas, y en medio de un aguacero diluvial corríamos Antonio Tovar y yo, solos en la gran plaza, hacia la Radio de la Rambla de Canaletas. Después, Madrid, la fundación de ESCORIAL, la marcha de la División Azul, las cartas desde Rusia...

Hablar y hablar. Hablando nos hemos entendido Dionisio y yo, y hemos cimentado, sobre la tierra firme de la más pura camaradería falangista, nuestra íntima e irrevocable amistad. Hablando nos hemos defendido mutuamente nuestra esperanza de todo desánimo y de toda mezquindad. Hablando he descubierto uno de los más nobles corazones que ha engendrado Castilla. A este camarada, a este amigo en el corazón, en el pensamiento y en el habla es al que recuerdo aquí, en la estremecida esperanza de su retorno.

PEDRO LAIN ENTRALGO



Notas y Libros

NOTAS: *Hechos de la Falange; Notas al Romancero,* por José María de Cossío; *Al margen del festival de música hispano-alemán,* por Joaquín Rodrigo; *Leyendo el Génesis,* por Leopoldo Panero; *Neologismos y arcaísmos,* por José D. y Díaz-Caneja; *Poetas y mecenas,* por Miguel Villalonga; *Vida cultural.*—**LIBROS:** *Historia desde el corazón* (notas al libro de Antonio Tovar *En el primer giro),* por Pedro Laín Entralgo; *Ausias March,* de Martín de Riquer; *Tres poemas,* de Rabindranath Tagore; *La filosofía italiana contemporánea (Due scritti),* de Giovanni Gentile; *Espagne d'aujourd'hui.—Notes d'un voyageur,* de Pierre Lyautey; *Scritti di Guglielmo Marconi,* por A. Macipe; *Réplica a Ramón Carande,* por Carmelo Viñas y Mey.

NOTAS

HECHOS DE LA FALANGE

BIEN sabido es que en cada momento de la Historia busca el hombre cosas y estados de ánimo que le pongan en claro con las demandas del mundo circundante y le hagan sentir al propio tiempo su misión y su destino en esta tierra. Y si es cierto que hay tiempos en que mandan la quietud, la probidad y la certidumbre, también lo es que en otros, como ocurre en el nuestro, yerra el hombre por caminos inciertos y se afana sin tregua ni descanso por conocer lo que pasa en los rincones más alejados del planeta hora a hora. Por eso no sabe lo que dice quien, valiéndose de tópicos ya sin vigor posible, ataca el ansia informativa que nos asedia y nos posee como algo que fatiga y llena de gozo al mismo tiempo. Enjuiciar el periodismo con criterios que tuvieron sentido en esos tiempos sosegados que podríamos llamar clásicos es una ingenuidad que delata un anacronismo: el que supone hallarse estremecido por el vendaval de estas horas que corren sin entender lo que pasa en torno nuestro.

Había que formar buenos periodistas; y esto en dos sentidos: de una parte, era preciso dotar a nuestros jóvenes de todos los medios necesarios para gozar de una formación personal, y de otra, y ante todo, había que infundir en sus corazones el sentido que anima la vida de nuestro tiempo, y ese tropel de aspiraciones que bulle en la vida política y militar de España. He aquí, dicho con sencillez y brevedad, lo que se propone la Escuela Oficial de Periodismo en los cursos que acaban de empezar. Es urgente formar periodistas que no se resignen a vivir del tópico y del sensacionalismo, dando informaciones mal pensadas y peor escritas; pero es preciso que estos periodistas. jóvenes de cuerpo y de aspiraciones, no se abandonen a un juego de impresiones e ideas fugitivas de café, de esas que han puesto a Europa entera al borde del abismo. No podemos olvidar lo que ha pasado en España, ni podríamos consentir que se intentara llevarla por los mismos caminos.

En la Escuela Oficial de Periodismo se da a los alumnos la preparación técnica y científica que requieren las vicisitudes en que van a moverse; pero también se les pone en condiciones de que sepan responder con pasión y con denuedo a nuestras dificultades y a nuestras esperanzas. No buscamos esa presunta objetividad que han inventado los que llevan a las cosas un alma yerta; sabemos, como pedía Goethe, entregarnos con amor a las leyes de lo que nos rodea. Los profesores de la Escuela Oficial de Periodismo tienen preparación más que suficiente para colmar su empeño, pero, sobre todo, han sido designados por creérseles provistos del caudal imprescindible de entusiasmo y confianza que es necesario para hablar a los muchachos en estas horas que corren, y para enderezar con acierto sus primeros pasos. Sabemos demasiado que las cosas, en su prodigiosa muchedumbre de resortes y facetas, ofrecen a cada época de la Historia secretos bien distintos, y precisamente por eso, como la luz que alumbra todos nuestros quehaceres dentro de la Escuela Oficial de Periodismo, está la pasión animándolo todo. No es a discutir doctrinas con ademán bizantino a lo que se ha convocado hace pocos meses a todos los jóvenes españoles con vocación de periodistas; es a informarles de lo que se ha hecho en el pasado con la luz y el horizonte de nuestras más irrenunciables convicciones. Esto es lo que han hecho todas las épocas del pensamiento, con la diferencia de que nosotros sabemos cuál es nuestro destino y lo aceptamos, como dicen las últimas estrofas del himno de las J. O. N. S., que es obra del delegado nacional de Prensa, animador infatigable de la Escuela, con orgullo, soberbia y pasión.

Cuando el mundo entero se estremece como si en sus entrañas llevara un torbellino de ansiedad, de esperanza, de sacrificio y de muerte, venir discutiendo doctrinas con ecuanimidad y adoptando actitudes reposadas y supercultas se nos antoja una blasfemia que, por añadidura, no deja bien parado a quien la perpetra; porque el campo de batalla se extiende tanto como la superficie de la tierra y de los mares, y todos los seres humanos, con privaciones y ausencias dolorosas, soportan los rigores de estas acedas horas de prueba que nos han cabido en suerte. Y es natural que los periodistas españoles, al mismo tiempo que se forman como pide su profesión, no pierdan contacto entrañable con esta realidad que es justamente la que ha de dar noticias, interés, patetismo y sentido al nuevo periodismo que se está fraguando en el mun-

do, menos atento a los bailes de sociedad y más dócil a las llamadas angustiosas de nuestra carne y nuestro espíritu.

El delegado nacional de Prensa, que ha sentido como pocos hombres la crisis del periodismo español en estos últimos años, y que ha combatido con su pluma y su pasión en las primeras filas de nuestra revolución salvadora, se ha entregado, con el entusiasmo que lleva a todas las cosas, a las tareas que impone la dirección de la Escuela Oficial de Periodismo, seleccionando profesores que sean capaces de infundir alegría y confianza en los corazones de esos muchachos que sienten vocación de periodistas y les hagan ver cuán ancho y luminoso es el porvenir que aguarda a una profesión que, recogiendo las huellas fugitivas de cada suceso del vivir cotidiano, presta sentido al hombre de nuestros días haciéndole admirar y comprender con amor este mundo turbulento que nos rodea, nos desasosiega a veces y nos llena de fe y de esperanza.

NOTAS AL ROMANCERO

CARACTERES POPULARES DE LA FEMINIDAD EN "LA DONCELLA QUE VA A LA GUERRA"

CUANDO la hija del conde se decide a ir a la guerra, para desenojar al padre que lamentaba no tener hijo varón, bien ve, como lo ven sus padres, los inconvenientes que podían ocurrir en la aventura, y entre todos el de ser descubierta y atropellada. Por eso toma astutamente sus precauciones; pero, como se verá, no bastan.

En casi todas las versiones de nuestro *Romancero* (el de la Montaña, publicado por Maza Solano y por mí), único que manejaré para esta nota, que nos han transmitido el caso, se hace constar que el padre —y la hija— recelan el descubrimiento del heroico engaño por ser notado el color del rostro.

Tienes la color muy fina,
hija mía, para varón,

dice una versión de Bielba (Herrerías), y otra de Frama (Cabezón de Liébana),

tienes la color muy blanca
para nombre de varón,

e igualmente en otra de Buyezo, del mismo Ayuntamiento. En una versión campurriana de Villar no es del color del rostro, sino del de las manos *muy blancas* del que recelan la delación. Este inconveniente piensan obviarle ocultándolas:

Estas manitas, mi padre,
... ...
yo las compraré unos guantes
en las tiendas de Aragón.

El del color del rostro piensa la doncella remediarle de manera más radical, volviéndole moreno al sol y al aire libre:

Yo me iré a las altas peñas,
al airecito y al sol,

dice la versión de Buyezo.

Otro peligro previsto era el de los ojos, y el suceso mostró la razón de tal recelo.

Los tus ojos, hija mía,
no dicen de ser varón,

dice una versión de Cosío (Rionansa) sobriamente, y semejantemente otra de distinta asonancia de San Miguel de Aras (Voto). En la de Villar aún concreta el padre más la razón de su recelo:

Tienes los ojos muy pillos,
te conocerá el traidor,

o bien en una ciudadana e incorrectísima de Santander,

Los tus ojos, hija mía,
dicen lo que eres a las claras.

A este inconveniente propone la doncella remedio claramente insuficiente:

Ellos se pondrán morenos
con el aire y con el sol.

Como veremos, quedó demostrada la insuficiencia del recurso.

En una versión de Campo de Ebro (Valderredible) se previene otro signo femenil peligroso.

Tienes el andar muy corto,
te lo conoce el varón.

Pero inmediatamente ocurre la doncella al peligro:

Si tengo los pasos cortos,
ya los alargaré yo.

Dos signos femeniles están de acuerdo en casi todas las versiones en considerar como los más evidentes, y por ello peligrosos: los pechos y el cabello. Al primero acuden todas con la misma estratagema: sujetarles y comprimirles.

Cómpreme usted, padre mío,
un apretado jubón
para apretar los mis pechos
dentro de mi corazón;

o bien, y con el mismo fin,

Yo me compraré, mi padre,
un bujetillo cordón;

o al indicar el padre,

Tienes los pechos muy altos
te lo conoce el varón,

contestará la doncella:

Ya les oprimiré, padre,
con un justo apretador.

Menor era el inconveniente del cabello, remediado con cortarle.

Si tengo el pelo muy largo,
padre, córtemele usted,
y después de bien cortado
un varón pareceré.

Tomadas estas precauciones, concurre a la guerra, donde vive en peligrosa intimidad con el hijo del rey, no menos:

Juntos comen, juntos beben,
y duermen en un colchón.

El hijo del rey, por puro instinto de varón, sospecha del sexo de su amigo, pero al comunicar con su madre la suspicacia ha de darla indicios verosímiles. Y así como acabamos de ver, y con prolijidad, los signos de feminidad previstos por la doncella y por sus padres, y bien o mal remediados, consideraré ahora los que no previeron y dieron al traste con sus cautelas.

Clara era la insuficiencia del disimulo de los ojos. La dificultad aumentaba porque no eran ellos, sino más bien los afectos por ellos expresados los delatores.

Los ojos de don Marquitos
de hembra son, que no es varón.

dice el hijo del rey en la versión campurriana de Villar, y en la del vecino Valderredible,

por los ojos que tiene,
madre mía, muero yo.

Pero más sutilmente se precisa en la de Cosío (Rionansa) en qué consistía la delación de los ojos:

En el batir de los ojos,
que los bate con dolor.

Las señales más claras son de raíz tan puramente femenina que era imposible que las evitara el disimulo. Así las resume una versión de Bielba:

En calzarse los zapatos,
en apretarse el jubón,
en el ponerse el sombrero
... ...

Bien explícitamente se declara aquí que el apretarse los pechos, que creyó la doncella que serviría al disimulo, vino a servir para el descubrimiento. Las demás indicaciones se amplían en otros textos. En la excelente versión de Cosío se aclara respecto al sombrero,

en el poner el sombrero,
que lo pone con primor.

En otras versiones,

en poner de su sombrero,
que lo pone con dolor.

Con dolor batía también los ojos. Tales ademanes dolorosos han de comprender constantemente a la doncella. En la versión de Buyezo también se delata,

en calzar el su zapato,
que lo calza con dolor,

e igualmente en la versión de Luena,

al calzarse los zapatos
se los calzó con dolor.

Este dolor, que no disimula ni al ponerse el sombrero, ni al calzar el zapato, ni al batir los ojos, ha de jugarla peor pasada. Según esta misma versión de Luena,

al subirse a su caballo,
un suspiro al aire dió;

y aún se descubre más en una lección muy degenerada de Santander:

Al subir al caballo
la espada se la cayó,
al decir: —¡Bendito sea
y bendito sea yo!

Una observación finamente realista pone asimismo al hijo del rey en la pista del sexo de su amigo: tímidamente insinúa a su madre en la versión de Cosío,

Todos los meses del año
se le muda la color.

La sospecha parece fundada, pero exige aún comprobación. Es la madre del enamorado príncipe la que sagazmente le va proponiendo las pruebas a que debe someter al sospechoso. Todas indican astucia y sagacidad femeninas, pero tropiezan con otra sagacidad más interesada y de todas, menos de una, ha de salir triunfante la doncella.

Casi todas las versiones conservan la prueba que llamaré de *la harina*, y que concierne a una de las más arraigadas características femeninas, como las puede entender la sagacidad rural: la preocupación por la economía doméstica que desconfía de la calidad de lo que va a adquirir y lo discute, prueba y tasa.

Llévala, hijo, a los molinos,
los molinos a mirar;
si Oliveros es mujer
la harina se irá a apalpar.

La prueba fracasa rotundamente. La sagacidad femenina de la madre, como dije, tropieza con la astucia más interesada de la doncella.

Todos apalpan la harina
y Oliveros a enredar;

así en la versión de Bielba, y más expresivamente en la de Cosío,

Todos atientan la harina,
y Oliveros retozar.

Otra prueba de la que casi unánimemente dan cuenta las versiones es la que llamaré de *las tiendas*. Las inclinaciones de la curiosidad femenina debieran manifestarse en las preferencias de la hija del conde. También esta prueba la coge desprevenida, y fracasa igualmente.

Pues llévala tú, hijo mío,
a las tiendas a comprar,
si Oliveros es mujer
allí lo conocerás.

Ante la desilusión del príncipe,

Todos escogen pañuelos
y Oliveros un puñal,

o bien,

Todos apalpan las cintas
y Oliveros un puñal.

Así lo manifiesta el príncipe a su madre en la versión de Villar:

Ya la he brindado, madre,
a las tiendas a mirar,
yo me voy a los galones
y ella a los puñales va;
¡Oh, qué lindo puñalito
para en la guerra pelear!

Y en la de Campo de Ebro,

Ya la he convidado, madre,
ya la he convidado, ya;
yo me voy a los listones
y ella a los puñales va,
y sabe escoger los buenos
pa en la guerra pelear.

Y más expresiva y femenilmente en la versión de Luena:

¡Ay, qué agujas más bonitas
para señoras bordar,
y qué puñales más finos
para en guerra pelear!,

exclama al encontrarse entre todas las baratijas.

Tampoco iba mal encaminada la prueba que llamaré de *los linos*. Se atendía en ella, según la versión de Frama (Cabezón de Liébana), a sorprender en la doncella la tendencia a no desperdiciar nada que caiga en sus manos, por poco valioso que sea, y aún más cuando menos.

Llevarásla tú, hijo mío,
a los linos arrancar.

La prueba fracasa:

todos destrozan los linos
y Oliveros mucho más.

En la versión, también lebaniega, de Buyezo parece atenderse más bien a la esperanza de que rehuya el trabajo más penoso.

Llévala tú, hijo mío,
a los linos a sallar;
si Oliveros es mujer
por la orillita se irá.

Desconsoladamente manifiesta el hijo del rey:

Ya la llevé, madre mía,
a los linos a sallar,
todos se van por la orilla,
Oliveros al medio va.

Más singulares son otras pruebas que apenas aparecen en una sola versión. Así la de la campurriana de Villar.

Pues bríndala tú, hijo mío,
a tus huertas a mirar;
si ella fuera mujer
a las almendras se irá.

No resulta la prueba como se esperaba.

Pues ya la he brindado, madre,
a mis huertas a mirar,
yo me voy a las almendras,
y ella a las manzanas va;
de aquellas más coloradas
ha cogido más de un par.

No cede a esta prueba en ingenua poesía la que propone la versión de Luena, ni es menor su fracaso.

Convídala tú, hijo mío,
al jardín a pasear,
si Oliveros es mujer
a coger rosas se irá.

Pero la doncella presiente la trampa, y ya, en el jardín, exclama:

¡Ay, qué flores más bonitas
para señoras regalar,
y qué varitas más finas
para mi caballo arrear!

Otra prueba fundada de una fina observación de las costumbres femeninas fracasa igualmente

Llevarásla tú, hijo mío,
una tarde a merendar,
si Oliveros es mujer
en el suelo se asentará.
Todos se asientan en el suelo
y Oliveros de pie está.

Así consta en la versión de Frama. Faltaba la prueba decisiva, la que bien preveía la madre que había de dar resultado.

Convídala tú, hijo mío,
donde remedio no ha de hallar;
convídala tú, hijo mío,
al estanque a bañar.

Tal en la versión de Luena y en las más corrientes, pues en todas las versiones es la prueba decisiva,

Llévala, hijo mío,
a los ríos a bañar,
si Oliveros es mujer
no se querrá desnudar.

En efecto,

Todos se quitan la ropa
y se arrojan a bañar,
todos se quitan la ropa
y Oliveros a llorar.

Todavía urde, para disimular, la disculpa de una carta de luctuosas desgracias familiares; pero el hijo del rey, satisfecho de la involuntaria delación de aquellas lágrimas, tras dar licencia a la doncella para que vuelva a su casa, la sigue, la obliga a descubrirse y casa con ella.

Tal suceden las cosas en el bello romance de *La doncella que va a*

la guerra. La sensibilidad popular se ha enfrentado con tema de los más delicados: los caracteres de la feminidad. Las experiencias rurales de quienes conservan, refunden y comunican este romance se transponen al ambiente romancesco de reyes, cortes y guerras caballerescas. En ello consiste gran parte del encanto de él. Pero sustantivamente, las notas de feminidad propuestas o contrastadas, creo que instruyen de los quilates de la sensibilidad poética del pueblo, que en el conjunto de estas versiones logra calidades poéticas en tal tema que acaso fueran negadas a poetas cultos.—JOSÉ MARÍA DE COSSÍO.

AL MARGEN DEL FESTIVAL DE MUSICA HISPANOALEMAN

FÁCIL será convenir en los propósitos que guían siempre la celebración de estos modernos torneos internacionales. Sobre dos objetivos principales tendrán que llevarse los esfuerzos de los amables contendientes. Será el primero la preparación adecuada y a través de intérpretes de primera línea de versiones modelo de aquellas obras del repertorio común a todos los países, pero que proceden directamente de uno de los contendientes, es decir: será el momento de que cada nación interesada haga oír directamente su voz y diga cómo debe interpretarse su música o, al menos, como ella entiende que debe traducirse su propia música.

Luego, presentar la generación que, llegada ya a un grado de madurez suficiente, sea al mismo tiempo la que en la brecha marque la orientación de la hora, y exponga los ideales hacia los que se dirige esta generación formada en su mayoría de músicos jóvenes. Será natural que no se la conozca apenas en el extranjero, y, por lo tanto, es el momento de darla a conocer sin que sea acogida con el habitual recelo, pues que viene respaldada por una autoridad oficial.

Los propósitos restantes serán la mayor estimación, el estrechar más antiguos lazos de amistad, aprovechar oportunidades diversas etc.

A nosotros nos ha de interesar analizar los dos primeros, ya que la amistad y la admiración de España por la música alemana es conocida, pues hablar de Alemania musicalmente es hablar de la mitad de la mejor música que registra nuestra historia.

Señalaré en esta nota, por razones de extensión y porque no cumple a un compositor hacer el panegírico de la música contemporánea presentada, ya que forma parte de ella, los dos propósitos arriba apuntados de nuestros rivales en esta palestra, en que se combate gentilmente envueltos en ondas musicales y en la que la refriega no puede ser más que beneficiosa para todos.

El primero de los objetivos pretendidos fué plenamente alcanzado.

Nuestra Orquesta Nacional se pasó decididamente al enemigo (nobleza obliga), y se plegó de buen grado a todas las exigencias impuestas por el maestro Herbert Albert, director de la Opera de Stuttgart. A través de su gesto sobrio y batuta precisa llegó hasta nosotros una espléndida realización de la primera sinfonía de Brahms, y de *Till Eulenspiegel;* versiones modelo de sobriedad y ejemplo de interpretaciones alemanas de esta música, que conviene tener presente, a fin de procurar no alejarse de estas normas interpretativas.

Albert nos recordaba además la manera de trabajar, su concepto de la disciplina, resultante no sólo de una predisposición racial, como podría creerse, sino de la organización musical perfecta y ejemplar que Alemania ha logrado realizar, y que permite al profesor dedicarse al cultivo de la música sinfónica con exclusión de otras actividades musicales, que en los demás países es forzoso simultanear con grave daño de la escuela instrumental, que hoy requiere una orquesta sinfónica moderna.

Veamos, ahora, el segundo propósito: *El equipo alemán de compositores.*

Habrá podido desconcertar a los que no siguen atentamente las bruscas oscilaciones y múltiples direcciones de la música contemporánea la ninguna influencia de la obra de Strauss en los compositores presentados en estos festivales, y, sin embargo, nada más aplicable, y probablemente más beneficioso también para la música alemana, que este apartamiento de la música del, como yo llamo, "último titán".

Sería desbordar los límites de una simple nota informativa intentar un somero análisis de este alejamiento de los jóvenes compositores alemanes del autor más conocido y más prestigioso en el extranjero. Tendríamos que comenzar por fijar la fecha en que se opera un cambio profundo de orientación en la música germánica. Esta no puede ser otra que aquella en que Austria se ve precisada a abandonar su ex-

pansión en Italia y aparta su mirada de ella. Coincide con el término del período clásico.

A partir de entonces Viena ya no rige los destinos musicales del Imperio germánico. Verdad que a ella acuden todos los músicos alemanes, a excepción de Wágner, y que en Viena se riñen las más furiosas batallas entre wagnerianos y antiwagnerianos, es decir, entre lo que se supone arte nuevo y los que se tenían por descendientes —no tan directos como ellos se figuraban— del clasicismo alemán; y se asiste a la formidable paradoja de que el jefe del partido wagneriano será el neoclásico tipo: Antón Bruckner, y el que pretende seguir las huellas del sinfonismo será un continuador del cromatismo wagneriano: Gustavo Malher.

Más tarde llegará Ricardo Strauss; se reclamará del otro Ricardo, pero en realidad su procedencia directa será Liszt y Berlioz. Estos dos últimos maestros han influído más de lo que podría parecer a primera vista. Strauss lleva además un pesado bagaje filosófico, un concepto *ecléctico*, una genialidad manifiesta.

Al filo de 1914 dos posibilidades, casi dos imposibilidades se ofrecen a los jóvenes compositores: seguir el colosalismo straussiano, perdiéndose además en una peligrosa digresión filosófica, para la que la música me parece poco apta, o proseguir el laberinto cromático. Esto era, *sin duda, más atractivo*. Este fué el tirón vienés, cada vez más alejado del arquetipo austriaco: Mozart.

Quedaba a los recién llegados, a los músicos de los últimos quince años, intentar el salto por encima del romanticismo y más allá del clasicismo alemán, es decir, ir a reanudar la música alemana antes de su ida a Viena: Juan Sebastián Bach, lo que puede parecer a muchos lo más auténticamente germano. Se inicia, pues, el retorno a Bach con más necesidad, con más lógica, con más razón que en otros países que lo propugnaban por motivos de fría estética, o para emplearlo como arma contra unas delicuescencias que se podían juzgar enervantes (Debussy), o como ridícula moda.

El gran maestro de esta tendencia fué Pablo Hindemith, y esta es la dirección que continúa, aunque con menos acritud y menos maestría también, Hax Trapp, nacido alrededor de 1890, de quien oímos un concierto para orquesta, y Berger (1915), del que no pudimos oír un *rondino giocoso*, pero que conocíamos a través de una fulgurante versión de la Orquesta Filarmónica de Berlín.

Gestern e Ingerbrandt me parecen de un interés menor, representantes de una tendencia, el primero, que puede encontrar su justificación tan sólo en el lugar de procedencia.

En cuanto al segundo, su "bolero" justifica toda clase de reservas acerca de su talento.

Precisamente esta obra y los dejos exóticos de los temas del nada desdeñable concierto de Trapp los llevan a otra dirección, inclinación hacia un oriente, influencias de un modalismo que ya he observado en otros compositores, y que me parece pasajero y sin derivaciones fructíferas.

Resumiendo: Ausencia de preocupaciones filosóficas, inclinación a una música que se sirva a ella misma, sin un exagerado objetivismo o una pretendida deshumanización hoy menos posible que nunca en el área total de la música contemporánea. Estas orientaciones explican los títulos: "composición para orquesta", "concierto para orquesta", *rondino*, "bolero", y la lista sería larga.

Y la técnica, ¿está en avance, o sufre un oscurecimiento que no podría ser más que pasajero por mil razones que alargarían esta nota ya excesiva?

Sería injusto que nos pronunciáramos en sentido desfavorable; pero el envío de un nuevo equipo de compositores sería necesario, a fin de podernos pronunciar sobre este interesante extremo.—JOAQUÍN RODRIGO.

LEYENDO EL GENESIS

LAS ediciones "Escorial" acaban de publicar un nuevo libro de Emiliano Aguado. Su título es la sencillez misma: *Leyendo el Génesis.* Nos gustaría decir al modo de Azorín: el poeta se levanta todos los días con el alba; se sienta junto a una ventana desde donde se divisa amplio trozo de paisaje, y se pone a leer sosegadamente el libro más viejo de la humanidad. Al fondo hay una azul serranía cubierta todavía por leve capa de nieve. Emiliano Aguado, después de haber leído buen trecho de los versículos sagrados, se acerca a una mesa humilde y empieza a escribir. Su palabra brota mansa y flúida. Su corazón late con fuerza al sentir la hermosura de la mañana colmada

de luz. Abre de par en par la ventana y respira suavemente, con íntima delicia, descansando sus ideas, como pájaros, en las ramas de algún chopo lejano que balancea doradamente su sombra al roce de la brisa. Lo que ha escrito Emiliano Aguado es así: diáfano, sencillo, maravillosamente límpido y silencioso. La complejidad de sus ideas se va esclareciendo paulatinamente a medida que avanzamos, nosotros y él, en la lectura. Ya no hay nada que nos estorbe, que nos impida ver con diafanidad el fondo de su corazón. Late en este libro de Emiliano Aguado el anhelo integral de un hombre que siente su vida unitariamente estremecida por la infinita cercanía del misterio. Empecemos por subrayar esta radical vivencia religiosa de que es fruto la obra que acabamos de leer. De esa fe suya, tan honda y transparente, tan continua y tan viva, brota en definitiva, con fuerza irrestañable, la gracia y la caridad de su palabra. Lo primero de que nos percatamos al entrar, como por un sendero, por las páginas de este libro de humilde devoción, es de la insuficiencia de nuestro conocimiento racional, si queremos captar y aprehender lo que hay en él de más profundamente silencioso, de más original y verdadero. Como la música, la palabra sirve aquí a veces para que resuene en nuestro corazón el silencio profundo de la soledad humana.

Estamos, por desgracia y para nuestro mal, poco habituados a este género de literatura. Si hacemos memoria y pasamos revista a las obras españolas publicadas desde finales de siglo hasta las angustiadas horas que hoy corren, apenas encontraremos nada que haya sido escrito obedeciendo a la misma necesidad íntima de que han surgido las páginas, transidas de religiosidad, de este libro de verdadera poesía. Nos cuesta confesar que en la literatura española contemporánea, y aun en la de dos siglos atrás, no existe el estremecimiento religioso; no existe al menos como constante espiritual, como tradición nunca marchita que llegue a nosotros viva, refrigerante y silenciosa. Parece como si la mayor parte de los españoles que han ido pasando "por toda la espaciosa y triste España" en los últimos siglos hubieran vivido como ausentes del mundo, sin escuchar el mágico latido que duerme en su entraña, la soledad sonora y la música callada que mana perpetuamente de la escondida fuente de la tierra. La figura y la obra de D. Miguel de Unamuno, como excepción egregia, confirman cabalmente nuestro pensamiento. Cualquier cosa podrá discutírsele a Unamuno, y de hecho pueden serle discutidas algunas, salvo que el núcleo íntimo, el problema

central sobre que gira su obra entera y todo su pensamiento es de esencia religiosa. Fuera de él hay, aquí y allá, brotes dispersos, soplos de fe y de poesía, como ahogados entre una gran cantidad de palabras pulidas y de obras maravillosamente hechas; formalmente acabadas y enajenadas de sus propios límites en fuerza de delicadeza y maestría. Pero nadie hizo gravitar íntegramente su honrado corazón sobre el enigma del humano destino con voluntad tan enteriza y férrea como Unamuno. La obra de Aguado está, pues, más cerca de la de D. Miguel de Unamuno que la de ningún otro escritor español, en el anhelo que mueve a ambos. Por lo demás, hay diferencias muy palpables, de resalte inmediato, entre la religiosidad de Unamuno y la de Emiliano Aguado. Unamuno nos habla al hablarse a sí mismo, al encerrarse trágicamente en la soledad de su pensamiento. Es el suyo un sentimiento trágico de la vida, y esta tragedia brota en él del desdoblamiento interior de su razón y de su fe, de la desesperada lucha que tiene que sostener cada día por el pan de su espíritu. Sus palabras vibran al mismo tiempo de fe y de desesperanza; hay siempre en él un último residuo de amargura, de íntima desolación, de dolorido descreimiento, que infunde patetismo y tiñe de sombría belleza a sus ideas. Por esa razón los arrebatos de fe pura, los nombres luminosos de esperanza y amor que llegan a sus labios, las anhelantes y atormentadas palabras de crucifixión espiritual que siente perpetuamente clavadas en su corazón y que ha dejado sembradas en sus libros, nos conmueven tan hondamente, tan trágicamente. Es la suya una desesperación prometeica, pagana casi, ardiente y desazonada por la duda en la eterna resurrección de su carne, de su personalidad. Para Emiliano Aguado, lo más personal, lo más profundamente original que cada uno tenemos es lo que tenemos de idéntico con los otros hombres, lo que tenemos de Dios. De ahí brota la fuente de su humildad y de su fe. En Unamuno no existe, o no se siente, la tristeza que es mansedumbre, la tristeza que implica, por lo tanto, conformidad, renunciamiento e ilusión. La religiosidad de Emiliano Aguado está en íntima relación con su tristeza y su resignación inquebrantable, y fluye de su fuerza interior, de su fe una. Su creencia es afirmadora y esperanzada; no hay en sus palabras tortura, sino mansedumbre, ni en su emoción religiosa hay más lucha que la siempre latente entre la naturaleza y el espíritu, entre la íntima claridad y la ciega penumbra de nuestro cuerpo mortal. Hay, en cambio, en la esencia de su ser, en la entraña misma de su ser, tristeza; "tristeza

que es amor", como canta hundido eternamente en su nostalgia un poeta español. De tristeza rebosa su corazón y mana encendidamente su voz desamparada. Emiliano Aguado trata de asediar en uno de los capítulos de su libro la esencia y la sombra de la tristeza, y son precisamente las páginas en que lo intenta de las más lúcidas y delicadas que salen de su pluma. Pero la tristeza, como él mismo nos dice con palabras de Kierkegaard, que hace suyas, apenas si puede distinguirse o separarse de la alegría. "Ya dijo un pensador danés que las cuerdas de la alegría hacen sonar las cuerdas de la tristeza, y al revés; están demasiado juntas, quizá sean dos mitades de una misma cuerda."

Por otra parte, le separa de Unamuno una mayor flexibilidad; una más fina vibración sentimental mece a su lenguaje y acompasa líricamente su voz. Emiliano Aguado incorpora a su alma una más delicada trama histórica y estética de ensueños y de lejanías, de modo que su ser y su saber se compenetran íntimamente, y su palabra se siente arrastrada y enriquecida por el vuelo irrefrenable, balbuciente y luminoso de su visión espiritual. En este sentido es Unamuno más tosco, más violento y patético; carece casi enteramente de sensibilidad para lo mínimo y frágil, y es su fe más dramática que lírica, como esos Cristos españoles de tez ensangrentada y lacia cabellera sombría cayendo humanamente sobre los hombros contorsionados por el dolor.

Los tiempos que corremos son acerbos. Vivimos en plena desilusión, en plena bancarrota con nuestro pasado histórico inmediato. Y necesitamos buscar consuelo, nos dice Emiliano Aguado, asirnos dulcemente a nuestro corazón, y tornar en él a aquel silencio anterior a la vida en que sólo es posible escuchar la palabra de Dios. Nos sentimos desvalidos en medio de un mundo enemigo y buscamos de nuevo en las palabras incorruptas del Génesis el aliento vivífico, el suelo de maravilla en que posar otra vez nuestras plantas fatigadas. El mundo visto desde la fe, desde la hondura vertiginosa de la fe, recobra a nuestros ojos su pureza original. Dentro de este misterio y a su luz todos los problemas del hombre moderno, sus zozobras, sus presentimientos, sus gozos y sus incertidumbres quedan como envueltos en una bruma tenue y luminosa, igual que el campo a la caída de la tarde, y como cubiertos de sueño y de esperanza. La fe nos hace percibir calladamente lo que hay en nuestra vida de efímero y lo que hay en ella de duradero; de esa doble percepción nace, de un lado, la tristeza, y del otro, la alegría de nuestro corazón, como la umbría y la solana de un mismo valle y de

una misma hermosura. A la luz de su fe, sosegado y fortalecido por ella, va entrando Emiliano Aguado por los parajes abruptos o dulces del alma humana, recogiendo de todos el silencio o el susurro de su soledad, escuchando anhelantemente su encerrada quejumbre o su libre júbilo, ese júbilo tan invisiblemente sostenido "de los lirios del campo y de las avecicas del cielo".

Una de las dimensiones más hondas de este libro es su maravillosa lucidez. Envuelto, como parece, todo él en una niebla suave y melancólica a través de la cual se atenúan y se remansan los contornos de las cosas y de las almas, hay, sin embargo, en su hondura misma, en la médula de su espíritu, un aliento de claridad tan alegre, un discernimiento tan puro, un afán tan exacto y dulce como el centro de una mañana de otoño o primavera. Esta lucidez suya, de razón y de corazón, de poesía y de verdad, abre entre sus palabras y sus ideas un silencio y una luz semejantes a los que se derraman en el claro de un bosque y como que se juntan deleitosamente entre el apretado verdor que le circunda de estremecimientos. Y así se siente todo su pensamiento vivificado por esa frescura y claridad misteriosa que brota al mismo tiempo de nuestra alma y del mundo que nos rodea y penetra hasta lo más secreto de nuestro ser y alumbra allí o revela desde los más leves y tristes pormenores de la existencia cotidiana hasta los más difíciles problemas que se ofrecen desveladamente a nuestra contemplación. Todos estos problemas, éticos o estéticos, intelectuales o sentimentales, cobran en sus manos nueva forma y vigor, y como íntimamente sentidos y vividos en función de su fe y de su intuición metafísica, nos llegan siempre bañados de luz y de silencio y como trémulamente entrevistos a través de su alma, desde esa región adonde, según sus propias palabras, "no llegan el ruido y el desánimo". Su saber teórico y su saber religioso se funden y se complementan de continuo: ahí es donde radica precisamente uno de los valores más claros y genuinos de este libro: en la manera estrictamente original que tiene de acercarse a los problemas más graves, ardientes y delicados que al hombre se le ofrecen a lo largo de su peregrinación espiritual por la tierra y por la historia. Toca los temas y los toca en su raíz, y aunque a veces parezca que se esfuma su pensamiento y que pasa de uno en otro sin agotar expresivamente su intuición, lo hace movido por la urgencia inefable de su inspiración y obedeciendo a un sentido más alto y más vibrante de la armonía total que tañe con sus manos y con su alma. ¿Cómo entender

verdaderamente este libro si no es poniéndonos en idéntica tensión espiritual, en solidaria trabazón cordial y lírica con el hombre que se oculta y se revela entre sus páginas estremecidas? Porque hay libros para leídos desde fuera, libros sin intimidad verdadera, como también hay hombres sin verdadera intimidad, y otros que son únicamente comprensibles a costa de la pérdida de nuestra libertad, de la entrega tácita de nuestro corazón, que se siente así gozosamente desposeído de su tristeza propia, de su propio calor y ajeno casi a su duración en el tiempo, hasta que recuperamos después esa misma libertad perdida, más ancha y más rica de amor y soledad; y abrazándola de nuevo la sentimos más silenciosamente nuestra.

Por lo demás, esos temas de que nos habla en su humano y humilde desvelo, y que no pueden ser desglosados del conjunto sucesivo de sus ideas, ni arrancados caprichosamente del manso surco de su pensamiento, sin hacerles padecer violencia y romper su unidad nativa, vienen a nosotros cargados de la energía acumulada a lo largo del libro y desde su mismo arranque espiritual, de modo que a su encuentro sentimos, más que sorpresa, necesidad. Así, por ejemplo, nos sucede cuando nos habla de la tristeza, de la originalidad y la personalidad, del valor del silencio como medio de expresión, del presentimiento y la añoranza, del destino del hombre y de otras infinitas cosas o cosas infinitas que apenas si tienen nombre, que apenas si pueden ser conocidas por puro enamoramiento y que sentimos que nos pertenecen para siempre como el recuerdo de nuestra propia vida. *Leyendo el Génesis* es un libro más para gustado sintética que analíticamente. Su medida no es la meramente criticista y pormenorizadora, sino la unitaria y cabal de un alma que se abre ante nosotros en la sabrosa plenitud de su alegría.

Emiliano Aguado se siente visitado por el perpetuo milagro de la creación. La pasión serenada y limpia que se derrama imaginativamente en su palabra brota de su fe, pero su fe se apoya y se sustenta luminosamente en lo que fray Luis de Granada llamó "Maravilla del Mundo": en la gracia unánime y en la hermosura ilesa de la tierra que llena de púrpura a las rosas y de suavidad a las aguas, de nubes a los cielos y de olas a la mar. Esa relación constante y amante en que se mantiene con todo lo creado, desde la mínima y dulce florecilla hasta el infinito silencio de la noche estrellada, es la que da a su prosa esa sensación de caricia, ese halago y estremecimiento de hierba

dulcemente revuelta por la brisa, ese concierto natural y sobrenatural entre su soledad y el mundo. Parece que su palabra quiere devolvernos en toda su pureza la hermosura más honda de las cosas, ese hálito de luz y de misterio que flota sobre la tierra desde el primer día de su creación, y que sintiéndose vencida y desarmada se entrega a nosotros sin más prendas que su humildad y su tristeza. Por eso cuando leemos esta prosa tan intensamente humilde, esta prosa que parece estar siempre intentando desasirse de todo aquello que no sea el puro temblor, la pura expresión espiritual de un alma sencilla y desnuda, nos sentimos reconfortados y como oreados de paz y de silencio. Porque habíamos llegado a sentir como una carga pesada nuestro propio cansancio y a desear esa gozosa naturalidad, ese desaliño casi con que brotan en este libro las palabras movidas por un orden espiritual más tenso y diáfano que el puramente formal. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que carezca de adorno y hermosura; pero resulta tan natural el adorno y tan humilde la hermosura que apenas si nos damos cuenta de su existencia más que a través de la emoción suave que va dejando en nosotros, como el agua cuanto más transparente, que casi no parece existir, nos revela más plenamente su belleza y el íntimo latido de su ser.

Antes de acabar esta nota queremos acentuar nuestro propósito y hacer hincapié en todo lo que tiene de insólita la aparición de este libro en el momento actual de la cultura y de las letras españolas. Estamos envueltos en un espeso vaho de impotencia creadora y de inanidad artística; vivimos en una época amanerada y neoclásica, como ya ha sido cumplidamente advertido desde las páginas de esta revista. Pensamos honradamente, sin vanas alharacas ni segundas intenciones, que la obra de Emiliano Aguado pertenece a otra estirpe y cobra su fertilidad en tierras más severamente sencillas y puras, más hondas y claras, y que, aparte su valor intrínseco, mucho o poco, el tono, la intención y la humana transparencia de su palabra la separan y la distinguen de la mayoría de las cosas que a diario oímos y leemos.—LEOPOLDO PANERO.

NEOLOGISMOS Y ARCAISMOS

AMERICANISMOS QUE NO LO SON (1).

OFRECEMOS otra muestra del vocabulario sajambriego, entresacando palabras relacionadas con la nieve:

Trapo, m.—Copo muy grande de nieve.

Trapear, imp.—Caer trapos de nieve; nevar a grandes copos.

Torbenar, intr.—Llover, y más comúnmente granizar o nevar con mucho y fuerte viento, que mete la lluvia, nieve o granizo por entre las tejas de los tejados, o en los portales, soportales u otros lugares, a pesar de hallarse cubiertos. Ú. t. c. tr.

Torba, f.—Acto y efecto de torbenar.

Torbeno, m.—Torba. / Sitio en que suele torbenar.

Embrozada, f.—Nieve helada adherida al ramaje o ramillas terminales de los árboles y arbustos, o a las plantas y hierbas, en pequeña cantidad, y sin haber pasado por el estado de *mollina* o reblandecimiento, que da a dicha vegetación maravilloso aspecto florido. Especie de rociada o espolvoreo general de nieve, de duración fugacísima, a menos que no siga nevando y persista, en cambio, una helada sin ningún viento.

Zorozo, m.—Ventisca. Chubascada de nieve medio helada, o de granizo menudo y frío que azotan la cara con sensación punzante de lluvia de agujas. / Golpe de nieve con gran cerrazón del horizonte. / Golpe de lluvia con viento frío. / Turbonada.

Amollinar o *mollinar*, tr.—Producirse la *mollina;* reblandecerse y enaguazarse la nieve por aumento de temperatura, acompañado o no de lluvia o viento más templado.

Mollina, f.—Reblandecimiento y condensación de la nieve caída, producido por lluvia o viento templados y, en general, por un ascenso de la temperatura ambiente.

Argao o *argado* y *argayo*, m.—Desprendimiento estrepitoso de nieve mezclado con piedras, troncos y raíces que ruedan por la ladera de una montaña o por los canales del mismo nombre que en ellas suelen existir comúnmente al producirse la *mollina*, arrasando y arrastrando al

---

(1) Véase el núm. 12 de ESCORIAL.

fondo cuanto encuentra a su paso. / Estruendo estrepitoso. / *Dar más ruido que un argao.* Hablar mucho, atropelladamente y a voces. (De la misma raíz de estas palabras existen otras que no pertenecen al grupo de que estamos tratando, como *argayada, argayar...)*

Trabe, m.—Barrera o parapeto que con la nieve forma el viento al borde de determinados precipicios o en otros lugares en que la acumula en mayor cantidad.

Terreñar, intr.—Descubrirse o reaparecer el terreno o suelo que la nieve cubría o cubre, al deshacerse, derretirse o ser arrastrada ésta por las aguas u otros agentes. Ú. t. c. tr.

Terreño, p. p. irreg. de *terreñar.* / adj.—Dícese del suelo en que se ha quitado o se ha barrido la nieve.

Terreñera, f.—Redondel o pedazo de suelo ya descubierto o reaparecido por haberse quitado o deshecho la nieve que lo cubría.

Barayón, m.—Aparato para cada pie, formado por una tabla elíptica con agujeros para meter los tarugos y pellas de la madreña o el tacón del zapato, y correas para sujetarlo debajo del pie, a fin de que al andar sobre la nieve ofrezca al hombre ancha base de sustentación y no se hunda mucho en ella. Se construye también con dos largueros curvos y un tabladillo discontinuo en medio que los une. Ú. m. en pl.—Con barayones se camina bien sobre la nieve, aunque ésta exista en gran cantidad y espesor, sirviendo también para deslizarse sobre ella, si bien para esto son menos adecuados.

Abarayonar, intr.—Andar con *barayones.* / Andar sobre la nieve sin hundirse mucho en ella, a la manera de quien lleva *barayones,* por habilidad especial, por tener pies anchos o llevar calzado de esta condición.

Barayón, barayones y *abarayonar,* términos son que bien valdría la pena incorporarlos a nuestro léxico nacional en lugar de *esquí, esquís* y *esquiar,* o por lo menos con preferencia a ellos, juntamente con otros que de antiguo se usen en otras regiones españolas, evitándonos así andar de prestado sin ninguna necesidad.

Para terminar estas notas por hoy, vaya una palabra de otro orden y gran abolengo, pero muy ignorada, que merece los honores de su desempolvamiento:

Llumbres o *lumbres,* f. pl.—Epidermis o capa exterior de la corteza del abedul, que, enrollada en forma de espiral alargada, cucurucho o barquillo, y una vez seca, se usó mucho y se usa aún algo como alum-

brado en algunos lugares y entre pastores, pues arde con hermosa llama, gracias a sustancias, como la esencia de trementina, que contiene.

Con este alumbrado recibieron al Cid los monjes de Cardeña cuando el Campeador fué a despedirse de su familia al salir para el destierro.

Ofrecemos la noticia, con todo respeto y admiración, a D. Ramón Menéndez Pidal, y brindamos la idea a los organizadores de solemnidades, en alguna de las cuales, indudablemente, valdría la pena de encender *llumbres,* que de seguro sería fácil obtener. Particularmente en León, Asturias o Burgos, estaría esto muy en su punto, y no faltará ocasión próxima muy oportuna para ello.—JOSÉ D. Y DÍAZ-CANEJA.

POETAS Y MECENAS

EN Francia ha muerto uno de sus viejos poetas, acaso el más representativo, por lo absorbente de su bohemia y anacronismo. Edmundo Haracourt pertenecía a la época en que ser poeta, más que un oficio o afición, era una idiosincrasia regida por la fatalidad. Ante el Poeta cedía todo: desde la indumentaria hasta la Etica, pasando por la Gramática y la Higiene (1). Se comprende, pues, la mixtura de horror y orgullo que suscitaba en los padres burgueses la eclosión poética de alguno de sus retoños. Recuerdo de mi infancia es la visión y escándalo de tal catástrofe en el contorno familiar de mi ambiente. Era un joven de veinte años el favorito de las Musas: su vocación poética estalló en un opúsculo de papel y versos satinados, y en la adopción del equipo reglamentario para artistas de fin de siglo, compuesto de pipa, chalina y melena. Todo ello realzado en el mozo por su gallarda resistencia a

---

(1) El literato tenía derecho al pernod, a los estupefacientes, a la inmoralidad y a la cochambre. Más allá de los Pirineos, y dentro del género fogoso, estilo Bernanos, más de un *cher maître* exhibe todavía sus uñas negras y sus dientes amarillos.

examinarse de la única asignatura que faltaba a su doctorado en Derecho. Resistencia simbólica y tres veces sagrada, por rebelde, juvenil y poética. El doctor Montañés (cuyas alabanzas eran aún más venenosas que sus sarcasmos) llegó a decir, en el "Escorpión-Club" (1), que el joven poeta había aprobado, en secreto, y con buena nota, la asignatura públicamente repudiada. A este matrimonio morganático entre la Musa y el Foro no tardó en seguir otro, menos platónico y más inesperado, entre el poeta romántico y una robusta nodriza asturiana, que era pasmo de la ciudad por su atavío y volumen. La neurastenia exigía sus disparates, y, en aquellos tiempos, no se podía ser poeta o republicano sin estar neurasténico.

Edmundo Haracourt ha legado a la retórica patria su famoso verso heptasílabo, con sabor de *slogan:* "*Partir, c'est mourir un peu*". El poeta se nos ha ido de este valle de literatura, al fin muerto del todo, después de una larga vida y de un arte breve en los que se mantuvo fiel al ritual bohemio: frecuentó el café Vachette, donde era de rigor intoxicarse junto al *pauvre Lelian;* hizo sus armas en el escuadrón simbolista de Moreas y hubo de acogerse al refugio del Estado por ley del *primum vivere*. Pudo asistir en vida a los funerales de su propio recuerdo y a la gloria póstuma de su heptasílabo. Esto fué todo.

Ya en la vejez, un ministro izquierdista, a cuya vaga erudición de *normalien* escapaba el nombre de Haracourt, le despojó de su empleo. Las reclamaciones del poeta fueron acogidas con las vaciedades de rigor: "—Su excelencia lo sentía mucho, pero era preciso marcharse a tiempo." Y pues el cesante decrépito era, o había sido, más o menos poeta, el señor ministro quiso rubricar sus evasivas con cierta retórica. "*—Partir, c'est mourir un peu.*" "*—De acuerdo, señor* —contestó el atribulado Haracourt—; *pero, ¿sabría usted indicarme el autor de este verso?*" Monsieur Delbos (así se llamaba el ángel deshauciador y ministerial) perdió su aplomo de figurón enfático y radical-socialista: "*—¿Ronsard? ¿Lamartine? No; Víctor Hugo. Lo escribió al partir desterrado por sus ideas republicanas.*" "*—Pues no, señor ministro.*

---

(1) Este era el nombre de la tertulia presidida por el Doctor Viperino, en la librería de Ruiz (Véase *Miss Giacomini).*

Este verso es mío... Me quita usted mi empleo. Me quita uster mis versos. ¿Quiere usted también mi cartera?"

Aunque se la vea venir, reiterada y anacrónica, la anécdota es simpática. Nunca está de más su poco de ingenio y romanticismo. Y es siempre agradable ver al poeta en las nubes y al ministro en ridículo. Sin embargo, hay que reaccionar a tiempo y con toda suspicacia, antes de que la ternura degenere en tontería y la amnesia en ignorancia. A principios de siglo, cuando la bobería laicista, Haracourt había escrito el ditirambo de Waldeck-Rousseau, comparándolo, con excesiva generosidad y política hipérbole, nada menos que a Pericles. No eran tan locos como aparentaban aquellos rebeldes, favoritos de las Musas y ahijados del anticlericalismo. Pero monsieur Delbos también podía sentir afán y gratitud de elogios: ello explicaría el relevo del poeta simbolista por algún *enfant terrible* de vanguardia, absurdo en metáforas y contundente en esos modernos "reclamos" que son como *ersatez* despechugado de las cortesanas adulaciones.

Desconfiemos de los poetas. ¡Qué no se dijo de Andrés Chenier! Republicano hay que todavía no le ha perdonado su muerte a la Revolución Francesa. En la segada y pensadora cabeza había algo genial que la estúpida guillotina malogró para siempre. Pero otro poeta, Alfredo de Vigny, tuvo la crueldad de revelar el secreto del llorado aborto: "*Me siento consolado de la muerte de Andrés Chenier, ahora que sé que lo que el poeta llevaba a su tumba era un poemazo interminable titulado* Hermes. *Iba a desmerecer; allá arriba lo sabían, y le pusieron punto final.*"

Durante el siglo XIX se extingue el mecenazgo particular. El poeta se empereza y deriva hacia la insolencia. Ya sólo puede soportarlo alguno que otro monarca legítimo (es decir, educado y paciente). Citemos el caso de Víctor Hugo como representativo de ingratitud y poca delicadeza. Víctor Hugo está a sueldo de los Borbones; ello no impide a su fiera independencia escribir dramas "históricos" en los que ridiculiza a la dinastía de sus protectores y falsea la historia de su patria con fruición y criterio de promiscuador de viernes santo. Ni siquiera tiene el pudor de suprimir las alusiones grotescas al Soberano cuyo pan come.

Naturalmente, la censura no puede autorizar aquellas truculencias teatrales. Y es entonces el rey absoluto y agraviado de Francia (Carlos X) el que presenta sus excusas a Víctor Hugo, y le recibe en audiencia y escucha sus quejas y le ofrece una nueva pensión de cuatro mil francos sobre la que viene percibiendo. Pero ya Víctor Hugo, merced a la *réclame* de la censura, puede permitirse el lujo de rechazar el dinero a toda orquesta y deslealtad: *La conducta de monsieur Víctor Hugo no asombrará a quienes le conozcan; pero es necesario que el público sepa qué nuevos derechos a su estimación acaba de adquirir el joven poeta. La juventud no es tan fácil de corromper como se creen los señores ministros.* Así se expresaban, con seriedad de jumento y frivolidad de *midinette*, los dos periódicos más encopetados de la oposición: *Le Journal des Débats* y *Le Constitutionnel.* Sólo un buen rey podía tolerar esto.

Toda la arrogancia de este altivo poeta con el rey anciano y su gobierno valetudinario se tornará meloso y medroso servilismo ante la plebe arrabalera. Dieciocho años después, al caer la monarquía de julio, Víctor Hugo tendrá un éxito de furores y denuestos en la Plaza de la Bastilla, y habrá de guarecer su frustrada imitación de Chateaubriand al cobijo de una Alcaldía de barrio. Y relatará el episodio con dulce mansedumbre: *Yo sabía que el pueblo es justo, y no tuve la menor inquietud.* Ante la plebe amenazadora, el poeta fiero con los reyes inofensivos será como el sándalo, que perfuma el hacha que le hiere.

Los alfilerazos de la ingrata burguesía terminaron por agotar la regia paciencia de sus protectores natos. Los monarcas fueron abandonando sus tronos, ganosos de ir a "vivir su vida", o sea el retrasado despiste de una vida viajera de grandes hoteles y aburrimientos. El mecenazgo pasó, envileciéndose, del príncipe al "comité" político; y los reales epitalamios fueron sustituídos por cantos a la Imprenta, al Telégrafo, a la Vacuna, al Sufragio Universal y al Jurado. ¡Cualquier cosa!, con tal que diera dinero y ocasionara reclamo. Por si no le bastaran sus desdichas al pobre señor de Malesherbes, Víctor Hugo se complació en atribuirle las siguientes tontinas en un canto a la "Institution du Jury en France": *Ah Combien de bienfaits promet ă nos heveux-ce code pro-*

tecteur, qu'appellent tous mes voeux! Themis ne verra plus sieger dans son enceinte-ces automates sourds à l'humanité sainte...

No menos sandeces puso Quintana en boca de los Austrias españoles con motivo de unas pláticas de familia arrabalera, sostenidas por espectros de dichos señores junto al panteón del Escorial, y al filo de media noche, si mal no recuerdo:

... Yo los desastres
de España comencé, y el triste llanto
cuando expirando en Villalar Padilla,
morir vió en él su libertad Castilla.

Desde el Emperador al "Hechizado", pasando por el no muy cuerdo príncipe Carlos, se organiza un pugilato de reproches y frases hechas que interrumpe, sin venir a cuento, Isabel de Valois, toda melindres y platónico adulterio con su hijastro el príncipe Carlos:

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!

Casi todos los poetas y pintores del siglo XIX se dedican a cultivar su huertecito político-progresista. A D. Gaspar Núñez de Arce se le transforman las odas en artículos de fondo. Y D. Ramón de Campoamor, con toda su guasa y escepticismo, escribe un poema ferroviario en el que a los jefes de estación les llama "genios de las artes" y a las locomotoras "monstruos de acero".

Siempre he creído que el reinado de Fernando VII reservaba grandes sorpresas a quien tuviera el buen acuerdo de estudiarlo con simpatía previa (1), situándolo en la incertidumbre política del comienzo de siglo. Multitud de detalles confirman nuestras sospechas y deseos; en tiempos del "Deseado", las cosas no fueron tan mal como vociferaban y querían los doceañistas de las Cortes de Cádiz. De haberlos dejado hablar, hubieran hecho en España lo mismo que en Francia aca-

(1) Y no digo con imparcialidad porque ello no es posible. Vamos siempre a las cosas guiados por nuestros prejuicios. La imparcialidad sólo puede conducir a la inanidad del asno de Buridan o al caos del liberalismo décimonono.

baban de hacer constitucionalistas y girondinos. El crimen de Fernando VII fué impedir tanta imbecilidad. No quiso ser un Luis XVI, y fuerza es convenir que estuvo en su derecho al no querer entregarse, con las manos atadas, a la enfermiza sensiblería de unos señoritos que deseaban apresurar su muerte para luego llorarla. Merced a la cobardía y soborno del liberalismo español perdimos nuestro imperio colonial. Riego se sublevó por no afrontar los riesgos de la guerra de América, y Mina combatió allí contra España. Cuando los ministros y generales constitucionalistas de Fernando VII no eran unos sinvergüenzas, eran unos tontilocos, al estilo de "Rosita la Pastelera". Fernando VII, con todos sus defectos, era muy superior a su desdichado contorno. El "tabú" de su despotismo y pérfidia ya no puede resistir a la multitud de episodios que indican todo lo contrario. Citemos, por ejemplo, ya que de poetas hablamos, el caso bien representativo del duque de Rivas. En 1817, antes de "bordar campos" y rebeldías con su "jaca torda", el futuro duque de Rivas era cortesano sumiso y ardoroso, a la vez que poeta. Cierta mañana de octubre, Su Majestad revistó los escuadrones de la Guardia Real, y desfiló a su cabeza, luego de terminarse el incruento artificio del honroso paso de armas. Con ser tan mínimo, el bélico suceso inspiró al joven poeta la cortesanía de una oda en dieciocho estancias, a trece versos cada una (1).

La cosa empezaba así:

Dad, sagradas deidades de Helicona,
vuestro sublime aliento al pecho mío,
para cantar al ínclito Fernando, ...

hasta llegar a la siguiente advertencia:

¡Musas, Musas! ¡El es! Miradle al frente
de los gallardos fieros escuadrones,
el purísimo sol oscureciendo
con su regio esplendor. La omnipotente
espada empuña... ¿qué?... ¿tembláis, naciones?

---

(1) Véase *Acción Española,* junio 1936.

Desechad el temor, que no el horrendo
Mavorte en ira ardiendo
la da a la diestra fuerte,
ni están de nuevo abiertas,
dando paso a la muerte,
del doble Jano las terribles puertas.
Es pacífico alarde... Mas no en vano
tembláis, aún de un alarde castellano,

para terminar con este paroxismo geográfico:

Corra tu voz por la anchurosa Esperia
y ¡viva el rey!, repita el castellano,
y ¡viva el pueblo astur!, viva resuene
en el fuerte Aragón, en Celtiberia,
y lo repita el leve valenciano,
y en la encantada Turdetania suene.
La Península llene,
el piélago profundo
pase, y ¡viva Fernando!
repita el Nuevo mundo,
el mar del sur los vivas escuchando,
y en cuanto alumbra el sol y el cielo abarca
viva tu nombre, altísimo Monarca.

Leído a Su Majestad, el engendro fué de su real agrado. Las alabanzas nunca suenan mal a quien es objeto de ellas. ¿Iba a ser Fernando una excepción, flor de recato, entre la unánime vanidad de los hombres? El caso es que no lo fué, y que el ditirambo le pareció digno de ser impreso y divulgado. Que por algo era el relato de su inédita y única empresa militar...

Pero, con ser rey absoluto, a quien se le habían de dar vidas y haciendas, Fernando VII no había contado con D. Francisco Marín, censor del Reino. El cual se opuso a la impresión de aquel retórico disparate, pues era (además de juez) persona de buen gusto literario. Fueron inútiles amenazas y conminaciones: el Sr. Marín se mantuvo inflexible, y D. Angel Saavedra (tal su futuro condestable de Borbón a Carlos V) acudió en representación de su agravio a la Real Majestad de Fernan-

do VII. El "déspota", que tanto gustaba del hiperbólico ditirambo, se limitó a ordenar que el poema fuera examinado por dos profesores competentes. Pese al furor de los poderosos Saavedra, y al notorio agrado de Su Majestad, los nuevos censores emitieron dictamen risueño y desfavorable. Con séquito de ironías, optó el uno por la negativa, y con no menos eutrapelia, afirmó el otro que el poema era malo, pero "que a falta de pan...". Y en su calidad de torta, pudo, al fin, deslizarse el engendro cortesano por entre las mallas de la censura. Por lo visto, no era Fernando VII tan perverso y temido como lo pintaron sus detractores. Acaso muchos de ellos recargaron las negruras de sus cuadros sombríos para hacer olvidar episodios análogos al que acabamos de transcribir.

Todos los Catones más o menos severos y austeros a que alcanza mi experiencia personal —decía un personaje retirado del poder al escepticismo— *no pasaron de ser unos flamencos fracasados por el miedo y la falta de gracia.*

Y cuando estaba de buenas, y quería que no le entendieran, solía aclarar el personaje: *Entiéndase por falta de gracia aquello que los andaluces llaman "malage" y que los filólogos jamás lograrán apresar en un concepto."*

El poeta viene a ser una agudización de la humana sensibilidad. Se comprende, pues, que lo que a nosotros nos moleste, al poeta le desespere: por ejemplo, el éxito de un colega. El autor de estas líneas se jacta de tener los mejores amigos del mundo. Y lo atribuye (es inteligente) no a sus cualidades, que son discretas, sino a sus desventuras, que son muchas. La desgracia del amigo le permite a uno ser generoso y fiel; ante ella se puede ejercitar ese cordial mecenazgo de los espíritus refinados, mixto de tutela y abnegación. Incluso se puede llegar a ser elegante, porque ahora resulta que la verdadera elegancia radica en la bondad, y que monsieur Des Esseintes fué un cursilazo y que el "divino" marqués de Sade no pasó de ser un infeliz, del cual asegura un médico viperino (el Doctor Montañés de *Miss Giacomini)* que ni siquiera estuvo enfermo.

Al poeta no le queda otro remedio que ser una pura desdicha si quiere gozar los beneficios múltiples y diminutos del "mecenazgo atomizado". Quiero decir: de la amistad. Un poeta sano y triunfante sería

una provocación. Recuerdo que en los albores tontilocos de la segunda república, sonó mucho el nombre de cierto Sr. Cossío, bien para alcanzar la cumbre de una presidencia franciscano-republicana, profusa en pájaros, niños y flores, bien como austero prototipo de laico misticismo, a lo Giner de los Ríos. *Pero, ¿quién es y qué ha hecho este señor tan bueno, del cual nadie sabe nada?*, se preguntaron los españoles. *Está muy enfermo y recluído en un sanatorio*, aclaró un enterado. Y todos nos mostramos conformes en acatar el prestigio de tanto anónimo y enfermedad.

El Parnaso se ha convertido en clínica. Que nadie ose entrar en él sin llevar sus radiografías, sus análisis químicos y su diagnóstico médico y desesperado.—MIGUEL VILLALONGA.

VIDA CULTURAL

EN la Delegación Provincial de Educación, el académico D. Lorenzo Riber inaugura el aula de Cultura.

En la misma Delegación, Emiliano Aguado diserta sobre Ramiro Ledesma. Foxá sobre Ruiz de Alda, Narciso García sobre Onésimo Redondo y Bravo sobre José Antonio.

Jaime Foxá dió otra conferencia en la Delegación Provincial de Educación; el Sr. Sánchez Castaños, en el Centro de Estudios Universitarios.

En la Asociación de Padres de Familia, D. José M.ª Sánchez de Muniain; el Sr. Casariego, en la Sociedad Económica Matritense.

En el Museo Naval, en la serie de conferencias acerca de la Aviación, han intervenido D. Esteban Terradas y D. Santiago Magariños, el teniente coronel Villalba, coroneles Azcárraga y Calvo, D. Julio Martínez Santa-Olalla, general Aymat, D. Javier Conde, etc.

El Sr. Clemente de Diego inaugura el curso de la Real Academia de Jurisprudencia. El Centro de Estudios Eclesiásticos organiza uno acerca de San Juan de la Cruz.

En la Escuela Social disertan los camaradas Girón, Lissarrague y Aguilar. En la Escuela Oficial de Periodistas, el marqués de Valdeiglesias, D. Narciso García Sánchez. En la Residencia Teresa de Cepeda, el

profesor Lafuente Ferrari, la doctora Mariuti y los doctores Cansiglio y Ricci.

En la Delegación Provincial de Educación, fray Justo Pérez de Urbel, en el ciclo Metodología de la Liturgia, así como en el Círculo "Medina". En el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, D. Luis Araújo Costa. En la Jefatura Política, el Sr. Tripero Amaro.

En el Instituto Francés, el embajador de Francia M. Pietri. En Barcelona, el poeta y académico alemán Will Vesper. En la Asociación de Escritores y Artistas, el académico Sr. Rogerio Sánchez. En San Plácido, el Sr. Sánchez-Cantón. En el Centro de Estudios Universitarios, el P. N. Rodríguez y el Sr. Sánchez Castañón. En el Círculo "Medina", Antonio Tovar.

En ESCORIAL, lectura de poemas de Dionisio Ridruejo, escritos desde Rusia.

Invitado por el Consejo de la Hispanidad ha venido a España el escritor uruguayo Sr. Real de Asúa.

El embajador de Alemania, en la inauguración de "Pintores alemanes en el frente".

Ha reanudado su publicación la prestigiosa revista *Estudios Eclesiásticos.*

La Delegación Nacional de Educación de F. E. T. y de las J. O. N. S. ha iniciado la publicación de una revista pedagógica titulada *Servicio,* que abre sus páginas con un editorial del ministro Sr. Ibáñez Martín. Lástima que el gusto artístico de la presentación no corresponda a su interesante contenido.

LIBROS

HISTORIA DESDE EL CORAZON

NOTAS AL LIBRO DE ANTONIO TOVAR "EN EL PRIMER GIRO".

SI la Filología es la ciencia del habla humana, su mejor sentido será siempre aplicarla a entender lo que los hombres han hablado y lo que todavía nos hablan desde su fenecida existencia a través de la letra escrita y conservada. Esta es tentación demasiado fuerte para no seguirla cuando el aprendizaje o el alcanzado magisterio en las duras artes del lenguaje han puesto andaderas al incierto pie del hombre; y así se comprende que los filólogos, desde que existe su magnífica disciplina, queden raramente en lingüistas o técnicos del lenguaje y se conviertan en genuinos historiadores, en hombres morosamente preocupados por escrutar y adivinar la vida estremecida o pensadora que late por debajo de la fría letra muerta. Tan es así, que en la patria por excelencia de la filología moderna —la Alemania sabia— es frecuente confundir en el uso los términos "historiador" y "filólogo". Este sencillo suceso lleva en sí mucho meollo, nada menos que la relación entre el habla y la Historia. Pero yo no quiero abordar aquí tan pavoroso problema. Voy a limitarme a exponer en orden unas cuantas ideas que me ha sugerido la lectura del agudo e incitante libro *En el primer giro*, que el filólogo Antonio Tovar, mi constante camarada, acaba de dar a las prensas (1).

La aventura historiográfica de los filólogos debe partirse en dos períodos, más estrictamente separados en el método que en la cronología. Un primer momento es el que podría llamarse del deslumbramiento, y tiene lugar cuando la filología se ha constituído como ciencia. Hállase entonces el mundo empapado por la emoción y el orgullo de las cien-

(1) *En el primer giro*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1941. Un vol. de 162 págs.

cias naturales y exactas. La recién nacida filología científica ha enseñado al hombre a leer y criticar los textos sobre que se apoya la narración histórica. ¿Es extraño que el filólogo piense tener en sus manos un método científico apto para hacer auténtica e incontestable la historiografía, limpia de los prejuicios que un conocimiento insuficiente de las "fuentes" escritas pudiese poner en su mente? Es el tiempo de Wolf, de Niebuhr, de Ranke. El historiador filólogo y crítico cree haber llegado ya a la tierra prometida: el método nos pondrá ante los ojos los hechos históricos con toda objetividad, libres de las impurezas pragmatistas y de las adherencias ideológicas o religiosas que el historiador no avisado incrustaba hasta entonces en su relato. La narración histórica nos cuenta lo ocurrido *wie es eigentlich gewesen*, "como propiamente aconteció", que decía Ranke. Es muy curioso, lo apunta Fueter, que el anhelo de esta presunta objetividad científica tuviese sus raíces en el corazón mismo de la actitud romántica: en la pasión del Romanticismo por lo puro, incontaminado, primigenio y popular. Las "fuentes" del filólogo traerían por su arcaduz las purísimas aguas de la romántica Arcadia.

Ya la mirada aquilina de Hegel había puesto sobre la pista del engaño. Aquella historiografía de los filólogos críticos, aparentemente objetiva y exenta de supuestos, traía su gato encerrado. A despecho de su buena fe, el historiador "objetivo" —escribía Hegel— "trae consigo sus categorías y ve a través de ellas lo existente". La famosa "imparcialidad" de Ranke no era sino el supuesto histórico de la convivencia humana en el Estado moderno: "imparcialidad" no quería decir en este caso "verdad", sino exposición a gusto de todos o, más precisamente, a no disgusto de ninguno. La *Historia de los papas*, de Ranke, tiene el arte de no disgustar a católicos ni protestantes, pero no por ello es más cierta que la de L. v. Pastor, escrita para católicos. Dilthey profundizó más en este problema de los supuestos historiográficos cuando descubrió la estructura en círculo esencial a la comprensión hermenéutica de la realidad histórica; y Heidegger, más tarde, ha demostrado su constitutividad ontológica.

La Historia tiene que ser escrita, necesariamente, desde una situación humana; la pura objetividad de la narración histórica sería uno de los *idola* baconianos. Tal es el resultado actual de la meditación sobre la tarea historiográfica. Pero ello no hace sino plantear nuevos y graves problemas. ¿Hasta dónde debe llegar la necesidad y desde

dónde comienza la arbitrariedad subjetiva en esa participación que en el relato tiene la propia situación histórica del historiador? ¿Cómo se engarza esta situación mía con la de los hombres pretéritos sobre que versa mi relato? He aquí los problemas más arduos de la historiografía actual. Yo no trato de enfrentarme con ellos en el estrecho ámbito de estas notas críticas. Basta a mi empeño tenerlos presentes y mostrar la actitud del filólogo en nuestro tiempo.

Con más o menos conciencia teórica y expresa de este trasfondo filosófico, todos los filólogos verdaderamente actuales proceden bajo su dictado. No es preciso recurrir al tonante y ya viejo ejemplo del filólogo Nietzsche, empeñado en comprender a Grecia desde su alma, frente al más científico y positivo Wilamowitz. Hasta en los filólogos más entregados a la "artesanía filológica" puede descubrirse sin esfuerzo el nuevo *pathos* del historiador. Leí hace poco un libro reciente de Carcopino sobre los cultos herméticos en el Imperio romano, e iba descubriendo por debajo de aquella filigrana crítica cómo los hallazgos del autor reflejaban en cierto modo la conciencia religiosa de nuestro tiempo, latentes sin duda en su alma. Otro tanto puede decirse de la historia filológica de nuestro Antonio Tovar, tan aguda y apasionada, tan sincera y abiertamente escrita desde su corazón de español de este tiempo.

Sean cualesquiera las respuestas que uno dé a las preguntas antes planteadas, algo puede decirse previamente a ellas. Me refiero a cierta posible división en las actitudes del historiador respecto a su narración hermenéutica: la historia desde la cabeza y la historia desde el corazón, desde la vida. Uso deliberadamente el término "cabeza" y no el de "razón", para señalar que tanto uno como otro tipo de filólogos historiadores no son "racionalistas". Los que hacen historia "desde su cabeza" operan con un manojo de supuestos no reductibles a la pura y exclusiva razón: también la cabeza tiene su sangre y su latido. Casi huelga indicar que, por su parte, la historia desde el corazón necesita inexorablemente una trama de datos objetivos y de esquemas intelectuales.

Los filósofos filólogos representan arquetípicamente el modo de situarse ante tal quehacer que antes llamé "desde la cabeza". Los sutiles esfuerzos de Heidegger por comprender en su sentido último las palabras griegas *fainómenon, alétheia* o *logos*, y los de Reinhardt o Zubiri frente a Parménides, son ejemplos evidentes de aquella actitud frente

a la tarea historiográfica. Está claro que todos ellos interpretan el pasado, le adivinan si se quiere, desde una *situación intelectual,* la suya. ¿Pensaba el griego al decir *alétheia* lo que Heidegger interpreta? Tan sólo sabemos que es posible y que esa interpretación es válida para la situación actual de nuestra mente. El historiador auténtico —no limitado por tanto al mero acarreo de materiales— no puede pasar de esta meta: dar interpretaciones posibles del material histórico y conseguir que sean válidas para su tiempo. Adquirir suficiencia técnica para que esas interpretaciones sean *verdaderamente* posibles, y aun probables —es decir, no contradichas por *ninguno* de los datos positivos a la mano del hombre y apoyadas sólidamente sobre ellos—, es lo que constituye el difícil oficio del historiador. Adivinar una interpretación que sea válida para el tiempo en que uno vive es el arte secreto, a tan pocos concedido, del hombre vocado al quehacer historiográfico; aquello por lo que el historiador ha podido ser llamado profeta al revés.

La vocación y el temperamento de Antonio Tovar le han hecho elegir el otro camino que se ofrece al filólogo historiador de nuestro tiempo; hace su historiografía desde el corazón. Por debajo de un aparato documental y erudito siempre suficiente o magnífico, excepcional entre nosotros, late el alma misteriosa, atormentada y agonal de nuestro tiempo. Mira Antonio Tovar a la historia antigua desde un corazón vivo que ha descubierto el misterio, y con él la angustia y el entusiasmo, la esperanza y la nostalgia, la voz inefable del espíritu y el olor inquietante de la sangre, los imperativos de la creencia y de la lucha. No puede olvidar el hombre actual, sin embargo, que durante muchos decenios, siglos incluso, se ha enorgullecido ejercitando el magnífico instrumento de su razón, y mucho menos que gracias a ella puede dominar en alguna medida a la Naturaleza con la técnica y a la azarosidad del tiempo con el Estado. Acaso el nudo de nuestro drama consiste en la dificultad de soldar la ya antigua necesidad de la razón, a la que no podemos renunciar, y el renovado imperativo del misterio y de la fe.

Este estremecido encuentro con el misterio es justamente la experiencia íntima y última desde la cual puede interpretarse en su esencia la incipiente obra filológica de Antonio Tovar. El Mediterráneo que Tovar descubre no es el mar de la claridad, del orden y de la geo-

metría que, por ejemplo, conoció en su tiempo bonancible el filólogo Menéndez y Pelayo:

el ancho mar de Píndaro y de Safo

al que se precipitan en raudal *los áureos venusinos metros.* Tovar, en cambio, ve un Mediterráneo misterioso, con helénicos marineros aterrorizados por "las formas del miedo en Cíclopes o Escilas y las de la droga del viaje sin regreso en los bienaventurados países de Lotófagos y Feaces", lleno de ruidos embriagadores y de músicas ritmadas con el corazón; y ante sus playas no se siente transido por la claridad, la *sofrosyne* y el orden, sino por la nostalgia de Nausícaas que pueden volver cualquier día. De la Antigüedad interesa a Tovar, en este su primer giro, ese siglo II, siglo de transición opaca y dramática entre una fe que muere y otra que nace; o esa misteriosa transfusión de la fe antoigua en la nueva que se descubre en la fundación del templo nuevo sobre el solar del viejo; o la disolución polémica y desgarradora de la democracia helénica; o los "sentimientos" políticos de Platón, en contradicción con la pregunta, hasta ahora tópica, por sus "ideas" políticas... Toda la obra de Tovar se halla atravesada por este signo del misterio y de la lucha. Lucano, en la *Farsalia,* "peleó en su interior una batalla que prefiguraba nuestra última guerra civil", y es interpretado desde el punto de vinsta de lo que tal vez sean nuestros nietos. Claramente se lee una vez este propósito de escribir historia desde el corazón: "En las notas que preceden no hay sino esfuerzo por ver claro, por examinar la Historia con los ojos abiertos a nuestra guerra en las experiencias de nuestra extraordinaria vida diaria de españoles..."

Aquí está, a la vez que en su pulcritud y suficiencia técnicas y eruditas, la excelencia y el riesgo de la obra de Antonio Tovar. "Quizá sólo así se vitaliza el pasado", dice con plena razón nuestro autor. Antes hemos visto la constitutiva necesidad que el relato histórico tiene de apoyarse en la situación histórica del propio historiador. Mirando a la Antigüedad desde su pasible corazón de español, Tovar ha alcanzado a darnos una versión viva, caliente y aun apasionante de los sucesos remotos. Algo de nuestra sangre se mueve en las venas de ese Lucano y nuestra pasión política late en las tentativas helénicas por en-

contrar "la clave victoriosa de un régimen que estuviese por encima de las clases".

No paran aquí, sin embargo, las ventajas del procedimiento. Esta participación de la propia vida en la obra filóloga le ofrece a Tovar un rico haz de perspectivas inéditas para el estudio de la filología. En los *Apuntes sobre la filología clásica desde España* propone a nuestra futura investigación una serie de interesantísimas orientaciones dimanadas de nuestra peculiaridad histórica y cultural: la revisión de la vida y del pensamiento religiosos de la antigua Grecia desde una mentalidad contrarreformista o la valoración filológica de nuestra prehistoria. Apenas hay que ponderar lo que puede esperarse de inédito cuando estas sendas comiencen a ser recorridas.

Junto a la excelencia, el riesgo. Es evidente que la participación que en el relato tiene nuestra propia situación histórica lleva consigo el peligro de alterar —so capa de hermenéutica— los *hechos* pretéritos. Un cuidado exquisito nos es requerido para no meter en el corazón y en la cabeza del hombre antiguo sentimientos, ideas y sucesos intransferiblemente nuestros, exclusivos de nuestra propia historia. Frente a la ambición desmedida y vana de la historiografía naturalista, empeñada en saber lo que Platón *dice* —sin tener en cuenta quién es el que hace la pregunta y convirtiendo al hombre que pregunta en "el hombre" genérico—, hoy sabemos que sólo podemos entender a Platón si nos preguntamos por lo que Platón *nos dice a nosotros;* pero, eso sí, cuidando de que sea él quien hable, no nuestra concreta experiencia actual. ¿Vigila siempre Antonio Tovar el estricto cumplimiento de esta exigencia? ¿No habrá quizá demasiado tiempo nuestro en la interpretación de Lucano o en la visión de la decadencia helénica? Tales son las preguntas que tímidamente, desde mi apenas comenzada carrera de historiador, me atrevería a hacer a este ya eminente filólogo.

Titula Tovar a su libro *En el primer giro*. Hay en ello demasiada modestia. Si son necesarios siete para la total rendición de la muralla filológica, pienso que Antonio Tovar lleva cumplidos seis largos. Poco falta, pues, para que esa esquiva ciudad de la Antigüedad clásica, tan deshabitada de curiosos españoles desde hace dos siglos, nos ofrezca su siempre actual e inédito tesoro por obra de un español joven y de nuestro tiempo. Este libro, al menos, me parece prenda segura de la ópima cosecha futura.—P. Laín Entralgo.

Scritti di Guglielmo Marconi. Roma. Real Academia de Italia. 466 páginas.

La Real Academia de Italia ha consagrado un volumen a los escritos de Guillermo Marconi. En él se recopilan y transcriben las conferencias pronunciadas por el inventor italiano ante diversas Sociedades científicas de Roma, Londres, Nueva York y Estocolmo.

Estas disertaciones del sabio ingeniero boloñés son de interés singularísimo para el dedicado a los temas de radiotelegrafía, puesto que en ellas aparece, cronológicamente jalonada, toda la obra de Marconi, en quien, a pesar de la gran cantidad de émulos, colaboradores e imitadores en el campo de la transmisión inalámbrica, se compendia esencialmente todo el progreso técnico de la colosal empresa.

Se inicia el libro con la conferencia dada por el inventor ante la Institution of the Electrical Engineers de Londres, cuando la radiotelegrafía estaba aún en su incipiencia y no lograba atraer sino muy pocos secuaces y entusiastas, y termina con una exposición acerca de la propagación de las micro-ondas a través del espacio ante la Real Academia de Italia el 14 de agosto de 1933.

Entre esas dos fechas, que marcan el alfa y omega, respectivamente, de la labor expositiva del Grande, como Marconi es conocido entre los hombres de ciencia italianos, se señala un grupo de conferencias, como la de los efectos de la luz solar sobre la propagación de los impulsos electromagnéticos a gran distancia y la relativa a nuevos métodos de producción y utilización de las oscilaciones eléctricas en la radiotelegrafía, que apuntan a momentos resolutivos de las inquietudes de Marconi, en que éste busca el contacto con su escogido público.

Una vasta porción del volumen lo dedica la Real Academia de Italia a exponer la biografía de Marconi, y no sólo por motivos sentimentales espontáneamente nacidos del amor que la diserta institución ha de sentir por un hombre que tanto contribuyó a universalizar su patria, sino porque la génesis y el progreso de la radiotelegrafía no sabría explicarse sin el conocimiento simultáneo de la personalidad creadora de Marconi.

Ante todo, Marconi se nos presenta como un patriota sin mácula, que en su fervorosa adoración por el suelo en que se meció su cuna no abdicó nunca su privilegio de italiano, ni aun cuando, en el cenit de su fama, recibiera tentadoras ofertas para aceptar la ciudadanía inglesa,

aun siempre reconociendo caballerosamente el apoyo que las Sociedades científicas de Londres le habían prestado para realizar lo que en un principio se consideró como una irrealizable quimera. La Real Academia concede generoso espacio a la indiferencia con que los trabajos de Marconi fueron acogidos en Italia, bien que apuntando oportunamente que en aquellos momentos el fascismo no había triunfado todavía.

Repleta está la obra de emocionantes recuerdos episódicos, preludios casi todos de realizaciones magníficas. "Villa Griforme", en Pontechio, donde, con la humilde colaboración del leñador Mignani, consigue transmitir las primeras señales, cuya recepción acusaba éste agitando un pañuelo. Posteriormente las señales logran contornear una colina, y el feliz resultado esta vez lo revela su Alfonso Marconi, hermano del inventor, con un disparo de fusil. ¡Qué portentoso adelanto el de la invención marconiana, a partir de la "S" convencional, compuesta de tres puntos, hasta llegar a los millares de palabras con señales selectivas!

Como todo hombre extraordinario, no podía carecer de detractores que hayan llegado audazmente hasta tratar de disputar a Marconi la originalidad y, con ella, la gloria de su invento. Cierto es que los trabajos de Hertz y de Righi habían abierto una perspectiva nueva en la penetración de los secretos del éter. Sin embargo, ni los más obstinados iconoclastas podrán negarse a la evidencia de que los experimentos de sus predecesores no habrían pasado nunca de una exploración académica de las peculiaridades de irradiación de las ondas electromagnéticas, y que fué Marconi el que, alterando la concepción hertziana, creó el sistema antena-tierra, piedra angular de la radiotelegrafía.

Nos parece, pues, admirable la idea de la Real Academia de Italia de recoger y editar las obras de uno de sus más preclaros hombres de ciencia, que con su vida austera y difícil creó una nueva era de la civilización y el progreso. — A. MACIPE.

Poesías de Ausias March. "Poesía en la mano".—Selección, traducción, prólogo y notas de Martín de Riquer. Editorial Yunque. Barcelona.

No es Ausias March un poeta cuyos versos de amor nos hayan he-

cho soñar en la juventud, despertando en nuestras almas un sin fin de aspiraciones nobles e imposibles. Porque tampoco es el mismo poeta juvenil dado al ensueño, sino de edad madura, creador de una lírica interior que se apoya en el concepto y en la sentencia, quedando la imaginación casi agotada en ellos. Además, por la monotonía de la forma resulta aparentemente monótona en el fondo—cuando, en realidad, es poesía que revela una gran riqueza psicológica— y queda alejada de nuestra moderna sensibilidad estética. Menéndez y Pelayo en su estudio sobre Boscán elogia así a Ausias March: "Si el mayor triunfo de la poesía lírica es la revelación del hombre interior, Ausias March le consigue en grado sumo y con medios extraordinariamente sencillos, puesto que rara vez sale de sí propio ni busca en la Naturaleza ni en la Historia apoyo o contraste para su desnudo pensamiento." Y Unamuno le llama: "levantino diamante erótico". Es decir, un diamante cuya evidente luz cristalizada es al par profunda y calurosa. Esto es lo que más nos sorprende hoy día al leerle: la temperatura cordial con que maneja sus más artificiosos argumentos. Aún está perennemente vivo el poeta dentro del artífice conceptual de la palabra. Por eso, después de haber gozado de extraña manera con la lectura de sus versos, nos hacemos esta pregunta: ¿Qué sentido personal tiene en él la vida amorosa distinto del que tiene en el Petrarca o en los trovadores provenzales? Y también esta otra: ¿Cómo se conjugan en su verso, hasta pertenecer al misterio, inteligencia y pasión? Porque tal vez en él, como en todo verdadero poeta, lo intelectual es más cuestión de técnica que de esencia.

Martín de Riquer estudia muy acertadamente en el breve prólogo la personalidad del poeta y las características de su poesía. Después, en las notas finales, estudia también —limitándose concretamente a los poemas que publica y traduce— la influencia que ha tenido su temática amorosa en los poetas castellanos del Siglo de Oro. Respecto a la traducción, ha seguido el criterio establecido por los directores de la colección —criterio, a nuestro juicio, equivocado— de dar una exacta versión interlineal para ayuda de la lectura del texto en la lengua original, en vez de dar —como él hubiera podido hacer— una buena traducción literaria.

Tres poemas, por Rabindranath Tagore. Ediciones de La Gacela.

La poesía de Rabindranath Tagore ha sido venturosa como pocas en la clara y pura versión que de ella se ha hecho al castellano. Poesía pensada y sentida en habla bengalí y retraducida la mayor parte de las veces al inglés por su propio autor, en una difícil recreación de su inefable sustancia, ha llegado a nosotros como la voz de un niño perdido en la callada anchura de una selva, cargada de frescura y de inocencia, vibrante de silencio y de corazón. Canta o suspira esta voz tan lejos de nosotros que a veces sus palabras se confunden con el rumor del viento o con el leve ruido del agua y de los pájaros, y se mezclan al estremecimiento mismo de las alas y de las flores. No sabemos quizá lo que nos dicen, como cuando nos hablan en un lenguaje que no es el nuestro, y que no entendemos. Pero es tan pura la voz y tan humana que nos basta oírla para reconocerla y para amarla.

Para que esta poesía sea tan esencialmente traducible y tan enteramente transparente debe existir en ella una especial virtud. Rabindranath Tagore mantiene a las sombras de su fantasía y a los espirituales símbolos de su imaginación en una relación dramática con el mundo. Los valores en que se apoya no son estricta y únicamente líricos. Una relación agónica y desesperanzada, una misteriosa negación de la felicidad en la felicidad misma, que brota del alma de su raza, hace latir desamparadamente a sus criaturas mientras las enlaza entre sí, como la mano de un niño las flores diversas que arranca y que junta en un ramo donde se embeben los aromas y da olor único la tierra a su corazón.

Los tres poemas dramáticos que hoy traslada con tersa pulcritud P. Camacho al castellano no son, seguramente, lo mejor, lo más hondo y significativo de la poesía de Rabindranath Tagore; pero sirven en todo caso de muy dulce pasto a nuestro recuerdo, y traen a él las aguas que corrieron por el cauce infantil de nuestro ensueño. Las viejas palabras de ilusión y melancolía con que nos habló un día el poeta bengalí conservan siempre ese alado estremecimiento de lo que es verdad y es poesía, y nos acarician con ese aliento de amor y de suavidad que privilegia el corazón de los hombres sencillos. Como la voz de un niño perdido en la callada anchura de una selva, la poesía de Rabindranath Tagore nos llama desde lejos por nuestro nombre, por el nombre que ya hemos perdido, y nos lleva hacia él a través de los pra-

dos bañados de lirios y de los cañaverales donde el viento susurra sus eternas canciones, antiguas como el mundo y tristemente verdaderas como nuestro primer corazón.

La filosofia italiana contemporanea (Due scritti), por Giovanni Gentile. Biblioteca del Leonardo. Sansoni-Firenze. 1941-XIX.

Reunidos en un pequeño volumen aparecen dos trabajos recientes del autor del famoso "acto puro" y de un sistema de idealismo contemporáneo, de todos conocido. El primer estudio acerca de *La filosofia italiana contemporanea* fué escrito para una revista alemana. El segundo es un discurso leído en un Congreso de Filosofía, en Florencia, y versa sobre "Algunos caracteres de la más reciente filosofía italiana". Son de 1940 y 1941. Pero, a pesar de su tema objetivo, ambos ensayos se refieren principalmente al autor, y si no a él concretamente, a su aportación filosófica y a los antecedentes y consecuencia que ha tenido en Italia. Es difícil que una personalidad tan destacada como es la de Gentile dedique su atención entera a la obra de los demás. Sin querer escribirá siempre *pro domo*, y al hacerlo, no dejará, en estas páginas, de traslucir un dejo de cansancio, que él mismo califica de "senilidad", y que es, en definitiva, el esfuerzo practicado para salir de sí mismo.

Espagne d'aujourd'hui.—Notes d'un voyageur, por Pierre Lyautey. Sequana, 1941.

Desde los viajeros románticos del siglo XIX todo viajero en España pretende ser un viajero romántico. Pierre Lyautey, activo periodista francés, especializado, por tradición familiar, en cuestiones africanas, no ha prescindido, en su paso por España, de ese romántico sentir. De aquí su entusiasmo; y de aquí también, acaso, su irresistible amor a la anécdota pintoresca que, sin falsear el dato, en su caso, añade elementos de sugestión y atractivo para el lector francés. Entre tanta malevolencia como a diario aparece en la prensa extranjera, fomentando de intento la mala inteligencia, destaca la buena intención de P. Lyautey.

REPLICA A RAMON CARANDE

Sobre el problema de la tierra en la España de los siglos XVI *y* XVII.

(Conclusión.)

El bloqueo a que alude Carande no fué efectivo ni a partir de 1539 ni después. Veinte años más tarde, las Cortes de 1559 se quejan de "la gran cantidad que se ha sacado" (pet. 20), y las de 1593-98 aluden a ello. Los economistas mencionan siempre el trigo entre nuestros artículos de exportación, y los embajadores venecianos, como Navaggiero, Badoero, a quien cito en el libro. Si no se exportase, ¿aludirían a ello los economistas y se lamentarían las Cortes? La importación de trigos extranjeros no obsta al hecho de la exportación, como pudieran creer los profanos. Era consecuencia de la política de precios para equilibrarlos, aparte los años de malas cosechas. Y la copiosa salida de granos era lo que frecuentemente obligaba, en contradictorio círculo vicioso, a importaciones para operar sobre los precios y normalizar el mercado. Importaciones que, por otro lado, hay que referir en su mayor parte a la época de descenso de la coyuntura, y no antes. De ahí que reiteradamente los labradores pidan "que no se traigan trigos por la mar". (Información de los corregidores, Apéndice de mi libro); al igual que los economistas.

La misma desorientación cuando intenta probar la insuficiencia cereal castellana por el hecho de cubrirse el déficit crónico de Valencia mediante las importaciones sicilianas. ¿No recuerda que los reinos de Castilla y Aragón conservaron su organización política y económica distintas; que las Cortes castellanas no extendieron su acción al Reino aragonés y viceversa, y que la insolidaridad económica entre ambos reinos era frecuente (las Cortes castellanas piden no se exporten carnes ni trigos a Aragón); que el alza de precios, mayor y más temprana en Castilla que en el extranjero; las aduanas interiores, y, sobre todo, las inmensas dificultades de transporte desde la meseta del Duero, Andalucía, etc., les hacía mucho más económicas las importaciones de Italia a los valencianos? Por esta causa, en la página 91 menciono el dato de que *a todo el litoral* le era menos costoso la traída de paños u otros productos de fuera, de Inglaterra que de Castilla.

Y hay que recordar el carácter de la política económica de nuestro Imperio, que articulaba en grandes unidades económicas a los países y zonas, incluso geográficamente lejanas, más íntimamente vinculadas por el mar, la economía, la producción y la geopolítica; y después, entre dichas unidades superiores, el vínculo económico era más débil. Así el Levante español se halla económica y comercialmente más ligado a los dominios italianos que a Castilla: el litoral cantábrico muy ligado

con Flandes (1); y América más estrechamente a Castilla que al Reino catalano-aragonés. La inédita *floresta española* que menciono en mi libro, al describir a Valencia describe su engranaje económico con Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Florencia, etc. En Palermo tenían síndico encargado de regular este engranaje y las importaciones trigueras como una organización permanente (2), no afecto de crisis más o menos crónicas, que hubiera que remediar, como cree Carande.

Imposible negar la exportación de granos a Indias; afirma que se hizo a base de trigos exóticos, según el testimonio de Haring. Aparte de que éste no lo demuestra en tal forma taxativa, hay otros datos irrecusables. La emperatriz gobernadora, en 1525, escribía al virrey Mendoza encargándole se intensificara el cultivo del trigo en Nueva España, "porque habiendo sido muy escasa la cosecha en España, es de temer que las Indias, proveyéndose como se preveen de nuestros Reinos, padezcan detrimento". Dato que cito en mi libro. Y en 1538, por disposición confirmada en 1633, se establece "que los mercaderes que lleven harina a Indias no estén sujetos a tasa". (Ley VI, título 13, libro 4.º de la Rec. de Indias) (3).

En ello no es necesario insistir.

En suma, existió exportación agrícola, de trigos, aceites, vinos, etcétera, que contribuyó a extender el área de cultivos y la producción. Es lo que se estudia en el libro. Que la expansión cereal, en exportación, extensión de cultivos y duración próspera fué menos intensa y más corta que la del olivo y viña, es cierto, pero ello no obliga a negar el hecho de la exportación, atribuyendo fenómenos de la fase de depresión a la de auge, como hace Carande al hablar de que el cultivo cereal fué ruinoso. Si durante la coyuntura de auge su producción excedió o no del consumo, es asunto que yo, que nunca estaré pagado de mi virtud milagrosa para resolver las cuestiones de plano, no abordo. Aporto, sí, algunos datos como elemento de juicio. Así la información

---

(1) Por esto parte de él se provee de trigos extranjeros, del norte, y parte del litoral queda fuera de la pragmática de 1539, por razones de mejor ordenación económica.

(2) Por otro lado, hubo también importación de trigos castellanos, véanse los datos documentales sobre ella en Espejo, *La carestía de la vida en el siglo XVI, Revista de Archivos*, 1921, página 200.

(3) Tan conocido es esto que ha pasado a los historiadores extranjeros y no de asunto económico; así Kaser en su libro *Riforma, controriforma*, Florencia, 1928, página 42, dice que hasta tal punto era vital la aportación económica española a Indias, que «le colonie, che fino alla seconda metà del secolo XVI erano rimaste completamente trascurate, dettero alla produzione della madre patria contributi vitali, acquistando il suo vino, l'olio, *il grano* e sopratuto grandi quantità di manifatti: come la sabbia asciutta assorbe l'umidità, così le Indie assorbivano la produzione spagnole». Y el malogrado Bermúdez Cañete, con su autoridad, escribía: Las Indias necesitan de España telas, armas, libros y, sobre todo, su *trigo* y su vino, y como allí no hay más que oro y plata, ofrecen altos precios a los comerciantes que les importen de España esas mercaderías.

de los corregidores, en la que, afirmándose que no se cultiva sino la mitad o tercera parte, se dice que la cosecha dará suficiente para comer y sembrar en numerosas zonas; el testimonio de las Cortes de 1573; los años "abundosos", en que fundados en ello piden los labradores la supresión de la tasa, e incluso, con las salvedades indicadas, la exportación misma. Que las Cortes, obsesionadas por la carestía, pidiesen su prohibición, nada indica, puesto que la solicitan incluso de la salida de lanas, de que España rebosaba. Pero, repito, es cuestión en que no es posible pronunciarse.

La difusión del bienestar.

Donde yo digo que en los negocios y especulación consiguientes a la explotación agrícola ligada a la exportación a Indias y Europa "participaban más o menos directa o mediatamente todas las clases sociales, especialmente en Andalucía", me atribuye que "la coyuntura beneficiaba a todas las clases sociales", y le parece "incongruente", porque "las pragmáticas y actas de Cortes recogen testimonios de la penuria campesina, y de otra parte las copiosas y frecuentes levas de soldados para las campañas del emperador, la emigración a Indias y el desplazamiento de campesinos a las ciudades, puedan coincidir con una prosperidad tan difundida en todas las clases sociales".

Todos saben que los testimonios quejumbrosos de pragmáticas y Cortes no pueden acogerse sin crítica, porque obedeciendo a objetivos oficiales o a deseos de disminución fiscal, trato favorable en el orden económico, a petición de mejoras o propuestas, habían de recargarse las tintas del cuadro. Es inadmisible historiador sin crítica psicológica. Pero es el caso que las actas de Cortes que invoca aluden durante la coyuntura a extraordinario bienestar. Las de 1573-89 afirman optimistamente, aludiendo a tiempos anteriores, que labradores y ganaderos tan pobres que no labran ni crían, o en tan poca cantidad que no tienen sino tasadamente lo que han menester para un pobre sustento, y aún les falta para éste, *no sólo no son la mayor parte del Reino, pero ni de treinta y una, como no lo son en cada pueblo, en particular*, y en éstos, "será mucho que de ciento sean *la veintena parte*". Y lo mismo dicen de artesanos y oficiales urbanos: se refieren al proceso de congestión productora, en que no cabiendo los telares en las ciudades, henchíanse de ellos los lugares circunvecinos, y no había hombre, mujer, por viejo e inútil que fuesen, muchacho ni niña de ninguna edad que no hallase trabajo en que ocuparse, "gente ocupada, ejercitada, rica y contenta", a quien no preocupaban las carestías, porque lo uno lo sacaban de sus oficios y lo otro de su trabajo. Las Cortes de 1552 hablan de que antes faltan jornaleros que jornales, pidiendo se obligue a trabajar a los vagabundos; y las de Valladolid, de 1545, nos dicen era tal

la demanda debida a la exportación y al aumento del consumo interno, que las fábricas tenían comprometida su producción para seis años. Testimonios que incluyo en mi libro (págs. 15, 28, 78, etc.), pero de los que prescinde Carande. Y las consecuencias difusivas de riqueza y bienestar eran entonces mucho mayores, merced a la índole familiar y repartida de la producción, fábricas y telares que hoy, en el régimen moderno de concentración. Si ganaderos, labradores, artesanos y mercaderes se hallaban en auge, ¿habrá que postular la penuria en las clases altas: nobles, eclesiásticos, grandes propietarios, etc.?

Estimar consecuencia de la penuria campesina el magnífico espíritu aventurero que enrolaba en los ejércitos y en las empresas de Indias, es inadmisible. Nobles opulentos, hidalgos bien hallados, menestrales, campesinos de buen pasar —junto a los desarrapados—, lo dejaban en busca de gloria y de aventura. Forman núcleo importante de los pasajeros a Indias, como se comprueba por el catálogo publicado. La agricultura les aseguraba un bienestar, pero las Indias el dorado señuelo de grandes fortunas.

Y nadie con criterio económico puede considerar signo de postración y penuria el desplazamiento campesino a las ciudades durante el ascenso de la coyuntura. La copiosa demanda industrial de brazos obreros en las ciudades, que rompe incluso la estructura gremial y hace echar mano del salariado libre, iniciando el sistema capitalista de empresa, el *Verlagssystem*, crea oferta de jornales altos que atrae, lo mismo que el brillo de las ciudades y la tendencia al señoritismo, a *ahidalgarse*. Y no hay que olvidar que paralelamente existió una emigración inversa de la ciudad al campo, motivada por la intensificación productora —el "haberse dado los nobles a ser ganaderos y labradores de cuantía", como describe Leruela—, que, como es lógico, exigía el aumento de brazos en la agricultura. Absentismo de doble faz, signo evidente de prosperidad difundida, que documento en mi libro (capítulo 1.º, pág. 26 y sigs.).

No es posible creer que el bienestar fué patrimonio de una minoría, dogmatizando sobre las características de todo proceso de inflación de beneficios, como si tales caracteres fuesen algo de mecánica fatalidad, y es arbitrario, amén de desenfocar el total proceso histórico —económico de entonces—, el afirmar que la coyuntura nació y creció *exclusivamente* en función de la elevación de precios y la distancia con los costos, cuando otros muchos factores, de todos conocidos, son causantes y operantes en ella.

Y es completamente inadmisible *reducir* a un mero hecho de inflación de beneficios la evolución de la economía española del 500 —transformación profunda en que van insertas premisas esenciales de la revolución económica moderna y de las técnicas, espíritu y génesis del capitalismo—, como hoy reconocen todos, desde Brentano y Ro-

scher hasta Sombart, etc. El bajo nivel de salarios, que afirma no puede documentarse.

Recordemos las peticiones constantes de los labradores, las Cortes, la información de los corregidores, que inserto, de los economistas, para que se tasaran los jornales, ante su alza continuada (1). Y el dato, antes citado, de las Cortes de 1573-89. La subida de la mano de obra, como factor que agravaba el de los costos, preocupaba hondamente a los técnicos, los tratadistas, que proponen la tasa, o el empleo para su abaratamiento, de los vagabundos, de los penados, de los negros, etcétera (pág. 204 del libro). Los salarios bajos, "característicos de la inflación de beneficios", no existieron, como vemos.

Historia económica e historia social.

Después de afirmar hechos evidentes, que el cultivo del olivo se extendió por las tierras propicias —¿cómo no?—; que en el ciclo de auge había gérmenes de declive —hecho no menos indudable—; que el encarecimiento habíase iniciado ya en el final de la Edad Media, advierte como omisiones en que incurro que la extensión de la vid se hizo a expensas de la hoja de cereal; que la roturación de tierras, de pasto sólo en los primeros años, fué productiva, y causó estrago en el pasto y en el monte, y por ello las reclamaciones de la Mesta eran justificadas, a lo cual aludo, incluso con referencia a Leruela y otros (páginas 24, 61, etc.), y que no conviene apoyar la creencia en el progreso agrícola de los cereales en el testimonio de las roturaciones —cosa que yo no hago en página alguna del libro—, concluye que pude "extraer" estas conclusiones, que en efecto extraigo, como se ha visto. Y termina diciendo que su insistente comentario obedece a "descubrirnos" que en la era de la prosperidad estaba el germen de la postración —hcho de todos conocido—, y que el secreto de mis fallas está en que en "la segunda parte del libro *estudio tan sólo la vida social de la época*".

En efecto, en la segunda parte trato en extensos capítulos (I a IV) de la política de *retorno a la tierra; colonización en las tierras de los nobles, en las comunales; colonias agrícolas; difusión de la pequeña propiedad y del patrimonio agrícola; laboreo forzoso de tierras*, etcétera. ¿Todo esto son temas económicos o de *vida social?* Y a conti-

---

(1) Puede documentarse en el mencionado estudio de Espejo sobre la carestía en nuestro siglo XVI. Como conclusión de él señala el paralelismo entre el alza de precios y de jornales a través del siglo: el trigo en grano con tasa subió en un 556 por 100; la carne en 920 por 100; el aceite en 265 y el vino en 600. *Los jornales crecieron en 600 por 100;* los sueldos medianos y pequeños en 200 por 100, art. cit., pág. 223. No hubo, pues, el desequilibrio entre jornales bajos y precios altos que se pretende. «Entonces, como hoy y como siempre —concluye Espejo—, el asalariado con seguridad en su trabajo era el más beneficiado o el perjudicado menos».

nuación dice Carande que en la segunda parte me enfrento con los temas de la concentración territorial, régimen de la propiedad, etc., que por lo visto no son temas *económicos,* sino *sociales.* ¿Qué es lo social y qué lo económico para Carande?

MERCADOS Y PRODUCTOS.

Que una de las causas decisivas de la decadencia económica fué la disminución progresiva del mercado de Indias, a medida que acrecía su producción propia, y de los europeos, a causa de las guerras y coalición antiespañola —Francia, Holanda, Inglaterra— y la competencia económica de estos países, es algo tan evidente y conocido que huelga razonarlo. No hay historiador ni economista que lo pusiera en duda; Carande lo niega, porque la elevación de precios, mayor y más temprana en España, y el ser país exportador de primeras materias, facilitaba mercados. Y concluye: *la crisis no era de mercados, sino de productos*".

Frente a eso está la verdad diamantina de los hechos. Pasemos revista, mediante la investigación documental extranjera (1), a las barreras que la hostilidad y la competencia extranjeras levantó a nuestra exportación.

Francia.—Para debilitar a España, Enrique IV y Sully, en la imposibilidad de hacerlo por las armas, prohiben todo comercio con España en 1603, y "son gouvernement veilla avec un soin jaloux l'application de cette défense" (2), contra "esta nación tan fiera y orgullosa de su potecia comercial en el siglo XVI" (Mathorez). Luis XIII, que incluso expulsó a los servidores españoles de la reina, secunda esta política, y no digamos Luis XIV. Y lo mismo con los Países Bajos. Nuestras ciudades comerciantes —continúa Mathorez—, ya no serán sucursales francesas de Cádiz o Bilbao, y nuestro comercio no se verá más monopolizado por los forasteros del sur de Europa.

A partir del XV, merced a los tratados y privilegios obtenidos de la alianza castellana en la guerra de cien años, los comerciantes españoles se habían ido adueñando de las fuentes de riqueza del país, y en el XVI sus florecientes colonias asumen en gran parte el alto comercio, exportación, arriendo de impuestos, minas, fábricas, etc., y son el más eficaz vehículo de la expansión comercial y política española en Francia. En los tratados de paz, como la capitulación de Madrid, se reafir-

---

(1) Giliots van Severen, *Cartulaire de l'ancienne consulat de la cité de Bruges,* Bruselas, 1911; Goris, *Les colonies marchands méridionales à Anvers,* Lovaina, 1925; Mathorez, *La pénétration des espagnols en France, Bulletin Hispanique,* 1912, basado en los Archivos franceses. Pirenne, *Hist. de la Belgique,* tomos III y IV.

(2) Noël Valois. *Arrêts du Conseil d'Etat,* n.° 8.328.

man sus privilegios, reconociendo incluso fuerza de obligar en Francia a las disposiciones del Consulado de Burgos. A partir de Enrique IV el proceso se cortó radicalmente. Testimonios españoles, como el de Barbón Castañeda, 1628, que menciono en el libro, página 181, confirman esta ofensiva económica francesa.

Flandes.—La guerra de los Países Bajos sustrajo a España el más rico mercado europeo, reduciendo casi a la nada las opulentas colonias españolas de Brujas, Amberes, etc., con lo que se comprende —escribe Luzzato— que a la muerte de Felipe II la decadencia fuera evidente y se acusara sobre todo en los burgueses productores y en la *población rural española.* La exportación decrece sin cesar. Amberes exportaba por valor de seis millones de libras en 1545, de las que buena parte eran productos españoles (Goris, págs. 217-36; Luzzato, página 298). Artífices, mercaderes y financieros pasan a Holanda. Amsterdan deviene el centro del tráfico comercial y bancario. Felipe II y Felipe III cortan el comercio con Holanda, a lo que esta nación contesta en igual forma, extendiendo la prohibición a las demás naciones, "como más poderosa en la navegación", y se convierte en el máximo enemigo económico de España. La falta de una marina que oponerle deja a Flandes española impotente ante sus enemigos económicos —Francia y Holanda— y dificulta el comercio hispano-flamenco, como estudia Pirenne, tomo IV, página 432 y siguientes.

El intenso comercio con el Hansa y Alemania, que culminó en tiempo de Felipe II, y se hacía por intermedio de Flandes, cortóse en el siglo siguiente, consecuencia además de la guerra de treinta años, y lo mismo con Suecia, con quien firmó tratados el rey Prudente.

Inglaterra, adonde emigra buena parte de los productores flamencos, creando manufacturas nuevas, se convierte en rival de España en Europa y América, en guerra económica perenne. La guerra de Portugal interrumpe otro mercado.

Y, simultáneamente, América, como fruto del ingente esfuerzo productor de los españoles, comienza a bastarse en gran parte. Hacia 1580, el Padrón descriptivo y las Relaciones geográficas de Indias lo acusan. Disminuye el número y cuantía de las flotas y hallan ya "mala salida" los envíos españoles, atestiguan los registros de la Casa de Contratación en 1617 (1). Cuanto antecede es sobradamente conocido, pero es conveniente recordarlo ante las afirmaciones de Carande.

Todo contribuye a cerrar trágicamente a España sus mercados. Extinguido en buena parte el alto negocio exportador, languidece la gran producción. Cosecheros y grandes propietarios abandonan el cultivo o disminuyen el área de sus explotaciones. La atonía de ellas determina la de grandes núcleos de población rural y extensas zonas. Cunde la

---

(1) En Artíñano, *Hist. del comercio de Indias,* pág. 159. Barcelona, 1917.

inhibición productora, y este proceso, unido a la elevación de costos, impuestos, tasas y demás factores adversos, que determinan la reducción del consumo y nivel de vida —tan afectado esto último por la falta de mercados—, es causa de que, sin salida, las cosechas perdiéranse en el campo.

"Se despueblan muchos lugares de Castilla y otras partes, de pura abundancia de frutos, y vemos el pan y la uva en las heredades por segar", escribía, en 1618, Sancho de Moncada. Irrecusable testimonio. De aquí la inhibición productora: "Había materiales y gente más de lo que sobra", afirma Hurtado de Alcocer, mas no se cosechaban. "Había infinitas tierras baldías, que no hay quien las atienda ni cultive", reitera, en 1647, otro economista inédito, Mexía de las Higueras. Testimonios que en mi libro expongo, página 111. *¿Era falta de productos, o de mercados?*

CENSOS.

Los hechos y problemas económicos no son algo caído del cielo, ni viven aislados en soledad monolítica, en medio del proceso histórico, sino enraizados en él y manando de todas sus fuentes. Son algo más que productos técnicos de laboratorio, cuya misteriosa naturaleza tan sólo puedan comprender y definir unos cuantos "iniciados". Esta *deshumanización* de lo económico tiene una doble raíz y "servidumbre" psicológica y técnica. Su conversión en algo *eleusino* permite acotarlo como parcela exclusiva de aquéllos, sin cuyo salvoconducto o visto bueno no es posible penetrar a los demás mortales en el recinto sacro. Y cuando en la vida y la política económicas no arbitran aquéllos soluciones o fracasan éstas, cabe atribuirlo a la compleja y misteriosa esencia de problemas tales, sobre cuyos sagrados cánones deberán abstenerse de enjuiciar o comentar los no iniciados.

La deshumanización a que aludo y la radical incomprensión que origina son más perjudiciales en la historia económica, necesitada de enfoque que sepa captar y acoger la honda, múltiple y densa vitalidad que lo histórico encierra. A aquélla obedecen en nuestro caso varios de los interrogantes y sorpresas que Carande expone, y su crítica de aquellos aspectos que precisamente serían un mérito del libro, si alguno tuviera. Así, su reiterado reproche de ocuparme de lo social y no tan sólo de lo económico: ¿es posible en los problemas económicos, y más en lo agrario, y muchísimo más todavía en los problemas de la tierra, prescindir de lo social, amputándolo de lo económico? Por no hacerlo así, afirma, por ejemplo, que malogro "el examen de un tema interesante" al tratar de los censos redimibles. ¿Por qué detenerse especialmente en ellos, cuando tantas otras cargas crediticias pesaban sobre nuestra agricultura?, pregunta.

He aquí una manifestación rotunda de la deshumanización a que

me refería. El aspecto crediticio (1) no es ni mucho menos lo más importante al estudiar el problema de la tierra entonces. Porque los censos, aparte de este aspecto, tuvieron múltiple influencia económico-social —vinculación que se impone siempre porque así se da en la realidad—, y las otras cargas crediticias no, no tuvieron más que la suya, la específicamente crediticia, no se estudian con detención, como los censos; y por lo mismo no se aborda "el desentrañar el engranaje de la política general con la economía de aquel tiempo", como pretende, y sí solamente el régimen fiscal en lo que se relaciona con el problema de la tierra, no aquel desentrañe, que sería materia extemporánea, postiza y fuera de lugar.

Y los efectos económico-sociales del régimen de censos fueron, entre otros: fomento del absentismo; ausencia de interés de cultivador directo, disminución del área de cultivos y de la producción; incremento de la concentración territorial; desvalorización del suelo; explotación del censatario; fomento del ocio y parasitismo de los "poderosos", desigual distribución de la riqueza; injusticia social... (2). Por todo esto era obligado dedicarles un capítulo al estudiar el problema de la tierra.

Tributos.

Del carácter poco meditado de la crítica de Carande da idea su negación de que hubiese creación de nuevos tributos y aumentos fiscales de entidad en la España austriaca y de que repercutiesen en la decadencia agrícola. La duplicación del almojarifazgo, fatal a las exportaciones; el aumento de la alcabala y los encabezamientos; la creación de los cientos, de los millones, perjudiciales e indirectos; las siete rentillas, las tercias reales; las annatas; el arbitrio de saca de lanas aumentado sucesivamente, y dañosísimo, que agostó este ramo; la subida o creación de otros impuestos, que levantó el clamoreo de productores, economistas, de todos, y contribuyó a asfixiar literalmente producción y riqueza, por lo visto, *ni existieron ni pesaron sobre nuestra economía.* Y todavía afirma que aludir yo a los impuestos nuevos y aumentos fiscales es tener una "representación borrosa" de la cuestión, y que no siento vocación por la historia de la hacienda. Creo no vale la pena de insistir sobre el tema (3).

(1) Dice que «doy por sentado» que los censos fueron un «brote del espíritu de especulación», cuando lo que digo —pág. 35— es que abrieron campo al espíritu de especulación. En la página 33 expongo la serie de factores, y no sólo el de especulación, que les dieron desarrollo.

(2) El «poderoso» merced a ellos devoraba al agricultor, y la masa del pueblo vivía en miseria desesperada, como la mentaba fray López Bravo, citado en mi libro.

(3) Los datos de Noriega, como los demás inéditos que cito, tienen la autoridad de sus autores. En este caso, la de ser un ministro de Carlos II, y, por tanto, con mayor conocimiento y sentido de la responsabilidad en sus afirmaciones dirigidas al

El sacrificio de Castilla.

La exposición es fatigosa, pero necesaria. La verdad libera siempre. Nueva alteración de lo que yo expongo. "Que las tierras periféricas llegasen a tener mayor densidad de población y más actividad que las altiplanicies centrales, lo denomina el autor el hecho de más trascendencia en la historia económica durante la Edad Moderna."

No son estos mis términos. Lo fué, sin duda, el que entonces, y por las causas que estudio, se preparase el tránsito y se echaran las bases de la supremacía y el auge en la producción, la población, la riqueza, la economía y la política económica de España, perdiéndolas Castilla hasta hoy. Frente a mi interpretación, Carande lo atribuye a la geografía. La virtud política de Castilla —dice— no llegaba a cambiar la acción de los agentes naturales. "Que una costa ubérrima y un suelo de tan ponderado equilibrio económico como el catalán llegase a tener más población y actividad económica que la meseta del Duero, no parece requiera explicación por vía de privilegios políticos." En primer lugar, no se trata de Cataluña ni de la meseta del Duero tan sólo, ni de privilegios políticos. Que durante dos siglos, no Cataluña, sino toda la periferia levantina permaneciera al margen de las cargas fiscales, militares, de sangre, y por inhibición voluntaria, de la empresa de Indias, supone un ahorro de desgaste en economía, población y bienestar, que la situó en inmejorables condiciones de prosperar y sobreponerse económicamente a la destrozada Castilla. Y tan excepcional situación debió de determinar, como es lógico, la emigración de negocios y población del centro a la periferia. Que no hay que ponerlo en la cuenta de "la costa y el clima ubérrimos", lo muestra el que en la Edad Media, con la misma costa y clima, y con una geopolítica favorable, en apogeo comercial y político en el Mediterráneo y Oriente, supremacía en Aragón, etc., su población fuese mucho menor que la del Centro, y su potencialidad económica no grande. Su vigor procedía del comercio marítimo flotante. En cambio, ahora, con geopolítica desfavorable, escasa producción fabril y sin beneficiarse de la riqueza de Indias, su población y actividad económica ascienden inesperadamente sobre el resto de España.

Crítica de fuentes.

"Descuida el autor la crítica de las fuentes que utiliza. ¿Por qué citar a La Iglesia, por ejemplo, al par que a Soetbeer, Haring y Hamilton, cuando las cifras del primero distan de las del alemán lo que 17 mi-

---

monarca. Las cifras de 80 y 17 millones no pueden tomarse al pie de la letra. Finalmente, Noriega no afirma, ni en mi libro se dice, que la pérdida de ingresos al Tesoro procediese exclusivamente de los abusos recaudatorios.

llones de 1.000 millones, etc." Sabe Carande que en todo el libro no hago una sola cita de cifras de La Iglesia, ni de Soetbeer, Haring y Hamilton, porque no venía a cuento. Lo que hago es (pág. 15) enumeración bibliográfica sobre los caudales de Indias, empezando por los autores más antiguos hasta los más recientes, y como en toda enumeración de este tipo, en que se presenta la evolución bibliográfica sobre un asunto, es forzoso mencionar a todos los autores. Si el crédito de Haebler ha padecido después del trabajo de Bernay —y sería discutible—, no han padecido los datos sobre aumento de producción en que funda Haebler el párrafo que cito. Finalmente, no utilizo a los embajadores venecianos para cifras y datos, sino para reflejar la impresión de bienestar en todas las clases sociales que les causó Castilla, a título de confirmación valiosísima de los datos que expongo.

Y respecto al manuscrito 9372 de la B. N., se insertan en Apéndice tres documentos inéditos, el citado y los 6734 y 2355. Este último, algo más dificultoso por su arcaica prosodia lusitana, y en su transcripción, personal del autor, no se registran faltas. El primero, objeto del gozo de Carande, como él mismo reconoce, no ofrece dificultad alguna de lectura; puede hacerla todo quien *sepa leer*. Precisamente la nula importancia y dificultad de ella motivó el descuido causante de las aludidas faltas (1). Por otro lado, el libro, como otras publicaciones mías, está basado en material manuscrito, que he tenido que transcribir y utilizar.

Sobre el hecho de ensañarse y exhibir gozosamente las faltas de transcripción de manuscrito de tan vulgar lectura, y silenciar la inexistencia de ellas en los de mayor dificultad paleográfica, *yo omito el comentario y lo dejo para que lo formule* in pectore *el lector.*

Por otra parte, no hay libro en que no puedan señalarse errores bibliográficos, de citas, de pormenor, o en que no pueda decirse al autor que pudo estudiar tal o cual otro tema.

* * *

Después de lo expuesto, ¿qué queda de las requisitorias de Carande? El lector, aun el más profano, juzgará (2). No me han de privar a mí del sueño; ¡qué libre y seguro de ellas se encuentra quien ni investigue ni labore! Pero quiero a mi vez formular una pregunta. ¿Por qué en la república de las letras ha de ser lícita la malevolencia sistemática en lugar de la noble elevación cordial? Críticas justas y fun-

---

(1) Varias de ellas serían discutibles, pero no he de hacerlo, pues sería impropio de dos profesores universitarios y de la altura de ESCORIAL ponernos a disputar sobre unas letras más o menos.

(2) Me he ceñido en esta nota a los datos que figuran en mi libro, sin aducir otros que podrán añadirse fácilmente en caso necesario.

dadas, bien venidas sean, por duras que fueren; pero son inadmisibles las basadas en la ausencia de lectura a fondo de lo que se critica o en interpretaciones arbitrarias de lo que se censura.

Cuando medita uno en la causa de no tener elaborada documentalmente nuestra Historia de España y en que en materia de libros escolares no haya nada equivalente, por ejemplo, a la obra de Calmette sobre la Edad Media o a la reciente *Nauvelle Histoire d'Espagne*, de Legendre, y no hayamos pasado del zurcido de retazos de Aguado Bleye, yo veo una causa en la psicología a que responde la crítica que comento: el espíritu de minucia, que valora más alto una letra o una coma que un intento constructivo, y ese "perrodelhortelanismo" ibérico, ufano y ganoso de ensañarse con el esfuerzo ajeno.

Frente a eso, la Falange consagró el símbolo cordial de la mano tendida y abierta, y proscribió cerrarla; proscribió las pugnas y rencillas. Yo, no obstante, mantengo la mano abierta aún para los autores de críticas tales, y les invito a la cordialidad y la armonía, a esa hermandad falangista, de que en tan alto grado necesita España, en lugar de cizaña y discordia.

CARMELO VIÑAS Y MEY.